

Las madres secretas

Mónica Crespo



Una pareja inicia un proceso de maternidad subrogada; una madre se enfrenta a la naturaleza depredadora de su hija; una escritora huye para escribir; una mujer ave y la prohibición de volar; una pareja en la que él se queda embarazado... Las madres secretas explora las aristas y los espacios marginales de la maternidad, las frágiles relaciones de pareja, las relaciones entre madres e hijos, las contradicciones ante el deseo de ser madre o no, la construcción cultural de este fenómeno biológico, la tensión entre la creación artística y la maternidad. Los personajes de estos relatos muestran este complejo equilibrio a través de sus conflictos.

Mónica Crespo

Las madres secretas



Título original: *Las madres secretas*
Mónica Crespo, 2017

Revisión: 1.0

 16/03/2020

A mi madre, a mi padre

A Carlos

«La influencia esencial sigue siendo la realidad. Todo es afuera, empezando por la palabra que te viene de afuera y te hiere cuando sos un bebé y esa es una herida que no cierra nunca. Y cuando la circunstancia exterior coincide con la circunstancia del corazón, uno escribe sobre ello».

JUAN GELMAN

GAMUNIA

Puede ser que fuera un miedo cerval a la soledad lo que prendió en ella, un instinto equivocado, tan fuerte; lo suficientemente fuerte para que el hambre fuera amor y el amor deviniera en la muerte de ambos. Puede ser que él no corriera, que se parara aterrorizado frenando la huida, y puede que tal vez, algo en la leona se modificara y frenara su impulso asesino. Y entonces, los dos, leona y ciervo, se quedaran paralizados, sin saber qué hacer, ambos esperando: ella cerca de él, con una paciencia seca e incómoda; él, sin entender cómo aún no había muerto.

El ciervo, una cría incapaz de valerse por sí misma, permanecía quieto, acurrucado y tembloroso; la leona a su lado. De vez en cuando lo lamía con esa lengua áspera y gruesa diseñada para la sangre. Le lamía los cuartos traseros y el lomo como un bocado que se saborea con deleite, sin decidirse aún a devorarlo. Al día siguiente, los dos se despertaron enlazados. El pequeño ciervo se elevó tembloroso sobre sus finas patas y caminó unos pasos, ella lo siguió con la mirada.

Los observábamos perplejos, con horas de sueño acumuladas, esperando en cualquier momento el desenlace, entre la angustia y la duda, sin tener muy claro a quién de los dos deseábamos salvar: si al ciervo que había sobre vivido al ataque de Gamunia o a ella, que tras perder a sus crías, que tras haberse quedado exhausta por amamantarlas, que tras haber permanecido sin comer durante semanas, ahora, cobraba una presa y, aun así, no la devoraba.

Pasaron los días y la debilidad de él fue en aumento ante la imposibilidad de amamantarse; cada vez se movía menos, en ocasiones, el instinto o el hambre lo sacudían y parecía intentar mordisquear alguna brizna de hierba. Gamunia, tumbada, confundida en el color de la sabana, lo miraba desde sus párpados entrecerrados por el fuego de la tarde. Él se levantaba torpemente y de nuevo se tendía tembloroso sobre sus patitas de aguja y pelo. Gamunia nos preocupaba. Habían pasado cinco días y tratábamos de comprender qué operaba en ella; no sabíamos si era un juego con su presa, pues si el ciervo se movía e intentaba huir, lo perseguía, lo capturaba sin esfuerzo, lo agarraba entre sus fauces y sujetándolo, lo mordisqueaba peligrosamente, para después lamerlo y lamerlo y lamerlo, y quedarse de nuevo tranquila, con él aún encogido entre sus patas delanteras.

Con el paso de los días, el ciervo aprendió a no huir, a que era en vano intentarlo y a que quizá, solo tenía que esperar junto a ella, quedarse allí quieto. Al séptimo día, Gamunia seguía sin

separarse de él; inmóvil, sin cazar, sin beber. A veces, veíamos desde la distancia cómo lo lamía, con qué intensidad lo lamía, en ese límite frágil entre el amor, la obsesión y el hambre que esperábamos que de un momento a otro fuera a traspasar. Y sin embargo, todo cedía y la hierba dejaba de parecer fuego encendido a su alrededor, y su lengua de ser llama carnívora. Simplemente, se detenía y miraba para otro lado o bostezaba ojeando la estrecha línea de un horizonte amarillo. ¿Cuánto más habría que esperar? Un atardecer acudimos al lugar donde permanecían acostados desde hacía días, pero no estaban. Entre unos arbustos la tierra conservaba las huellas de sus cuerpos. Creíamos que todo había acabado pero nada se leía en la tierra o en la hierba. Caminamos en silencio, y al atardecer, no demasiado lejos, los encontramos refugiados bajo la sombra de un gran árbol *warka*, acostados, dormitando. La piel pegada a las costillas de Gamunia; el hocico afilado y huesudo del cervatillo, que ya no lograba sostenerse. En ese momento llegaron las hienas y trataron de robarle a su presa. Gamunia la defendió torpemente, pero hirió a dos o tres hienas que se alejaron con gritos estridentes y costados desgarrados. Ella volvió junto al ciervo, y se tumbó a su lado.

En la novena madrugada, todo cambió. Gamunia se despertó e, inquieta, comenzó a moverse alrededor del ciervo que permanecía tumbado, con la cabeza escondida entre la hierba. Comenzó a rodearlo con un giro de patas gruesas y poderosas que mostraban y ocultaban a nuestros ojos el cuerpo del ciervo. Él levantó la cabeza de la hierba, mirando desde abajo a Gamunia, tensa, elástica, leona al fin. Lo agarró por el cuello y el ciervo pareció desfallecer entre sus fauces. Ella comenzó a trotar con el ciervo en la boca, después a correr. Sin comprender, la seguimos. Cuando llegamos a un claro, a un sendero de tierra abierto quizá por hombres, vimos cómo lo dejaba en uno de los bordes donde la maleza crecía alta y verde. No comprendíamos por qué no lo había devorado. Gamunia emprendió ese ligero trote de los leones cuando se disponen a cazar con la decisión de los de su especie, y entendimos que él ya no era su presa. Se había alejado unos tres metros de donde había dejado a su ciervo, cuando un león apareció avanzando por el sendero de tierra. Ella se giró, e impávida vio cómo el ciervo se levantaba y salía del escondite. El león, de un salto, mordió el delgado cuello y se llevó al ciervo entre sus fauces. Gamunia, inmóvil, adelantó insegura una pata delantera, débil e incapaz. Y se quedó en medio del camino, mirando largo rato cómo se alejaba.

Tres hombres *amhara* pasaron con un trote ligero y constante. Los abalorios y cuentas de su ropa siseaban a su paso, vieron a la leona pero pasaron de largo. Avanzaron por el sendero de tierra persiguiendo a su presa.

EL INSTINTO

Al principio no me di cuenta de lo que ocurría ni de lo que llegaría a ocurrir. Yo le daba el pecho a mi bebé. Preciosa, recién nacida, tan blancas y sonrosadas eran sus manitas apoyadas en mi seno. Fue creciendo y cada vez se hizo más fuerte. Había días que me dolía cuando la amantaba y la sentía aferrada a mí como si tuviera dientes. Yo apretaba los puños y seguía dándole de mamar porque creía que era lo mejor para ella. Había ocasiones en las que lloraba de dolor. Mientras ella dormía saciada yo temía, como un animal aterrado, volver a escuchar su llanto reclamando más alimento.

En ocasiones, llegaba a hurgar en su boca buscando alguna encía abierta por la que apuntara algún extremo blanquecino y afilado que lo explicara, hasta que ella lloraba, y yo me veía a mí misma y veía a mi niña estirada sobre mis rodillas, con mis dedos urgentes en su boca, retorciendo sus labios, volviéndolos hacia arriba. Oía su llanto desgarrador, me abrazaba a ella apretándola contra mi pecho, atravesada por la culpa de ser una mala madre; una madre tal vez loca, de ser una desequilibrada que maltrata a su criatura. Y mi llanto se unía al suyo y ambas llorábamos la misma pena entrelazada al unísono, hasta que nos calmábamos y sentía en su respiración la confianza reparada. Entonces me decía a mí misma que nunca más, que eran cosas mías, que era demencial. Que era el cansancio, el revuelo de hormonas tras el parto, la falta de experiencia. Que era cuestión de tiempo, que llegaría a ser como ellas, como las buenas madres del parque que paseaban sus bebés rollizos. Que algún día sería una de ellas e interrogaría a la recién llegada con un bebé escuálido sobre si comía bien, si dormía bien, si aún tomaba pecho, si había comenzado con las papillas de cereales, porque cuántos meses tiene, está un poco pequeña para su edad, ¿no? Yo algún día sería una de ellas y estaría al otro lado, del lado de las buenas madres en formación, cochecito junto a cochecito, cerrando filas frente a la nueva aún insegura. Y sobre ella caería toda la culpa y la vergüenza que atesoraba cada tarde frente al escuadrón de carros con bebés prietos y rosados. Mientras tanto, yo, como cada tarde, esperaba pasar la prueba y, una vez más, con una breve despedida y un regusto amargo iniciaba el camino de regreso a casa, mientras el verde del parque cuajado de pequeños puntos carnosos se volvía lejano.

Me levanté y me acerqué a la cuna. Aceché su respiración observando cualquier señal de alerta, de gesto o movimiento en su cara de bebé aún sin rostro. Dormía plácida, y en su boquita sonrosada se entreveían sus encías desnudas e inocentes. Un llanto sordo humedeció mis mejillas.

La tomé entre mis brazos, me sumergí en su olor y me sentí complacida por primera vez, después de meses, por el deber cumplido, por ver crecer a mi niña sana y hermosa, a pesar de todo. A pesar del dolor y del miedo, yo era su madre. Hasta el día en que me mordió. Apretaba y succionaba, succionaba y retorció mi pezón hinchado y dolorido entre sus encías y era tal su voracidad que no podía satisfacerla. Yo sostenía con el brazo izquierdo a mi niña sobre el pecho y mordía con desesperación los nudillos de mi mano derecha. Ya no me quedaba más leche y ella estaba rabiosa. Por un momento su boca liberó mi pezón amoratado para súbitamente, abalanzarse sobre él y morderlo con tanta fiereza que me hizo sangrar. Grité y la aparté de mí, casi se me cayó de los brazos. Sujeté mi pecho con la mano en la que antes hincaba mis propios dientes. Doblada sobre mí misma, doblada sobre ella, lloré hasta que la imagen de mi hija tras las lágrimas se volvió monstruosa e insondable; y lo vi, agazapado, palpitando en ella.

Por un instante, mi llanto, mi dolor, el tiempo, se detuvo. Hasta que ella comenzó a llorar con desgarró y sequé mis lágrimas y pude ver la imagen limpia de mi hija, ese llanto conocido que me conmovía y me disparaba hacia ella con todos mis instintos alerta. Y ellos se ocuparon de todo y me convirtieron de nuevo en madre que ama y protege a su cachorro por encima de todo. Y aunque todavía era muy pequeña, decidí que ya era el momento, y la desesperación, que es un resorte que te salva o te empuja al vacío, en este caso, me quiso salvar; quiso salvarnos a ambas.

Me dirigí a la cocina y preparé un puré con las frutas que me parecieron más maduras y varias galletas, tal y como había oído muchas veces detallar al escuadrón de las buenas madres del parque en sus conversaciones sobre si era mejor la manzana roja o verde o si era mejor no echarle manzana porque *seca* o porque lo que sea. Si a ellas les funcionaba, también valdría para mi niña. La tomé en mi regazo, y tras muchos pucheritos y movimientos de un lado a otro evitando la cuchara, lo fue tomando; primero con rechazo y luego con fruición.

Acudí a la pediatra y le expliqué que ya no tenía leche suficiente y que llevaba varios días dándole frutas. A ella pareció no extrañarle y me animó a hacerlo siempre que completara con cereales y leche de continuación, cuyo nombre me apuntó en un papel con el membrete de la consulta y una letra ininteligible. A la salida estrujé el papel en una bolita y lo tiré. Mi hija era diferente y solo yo me ocuparía de ella. No le hablé de mi seno vendado, ni de cómo mi hija se había aferrado ávida a mi pecho sangrante. Quién me iba a creer. Pensaría que estaba loca. Yo, verdaderamente, temía enloquecer.

Mi marido que viajaba cada dos o tres semanas a Brasil, y permanecía allí otras dos semanas, me trataba como una madre obsesiva y nerviosa. Veía en su mirada la reprobación y el brillo acerado de la duda. A menudo me preguntaba si necesitaba ayuda y me sugería que tal vez fuera buena idea que su madre viniera de Toledo para ayudarme con la niña, que total a Madrid no le costaba nada acercarse y que me veía muy cansada. Yo me negaba con frases que tejían cortinas de humo sobre mi angustia y mi terror. Sonreía ensayando un efecto tranquilizante de seguridad afianzada, de madre experta, en cada una de nuestras despedidas. Pero de nuevo, las mismas palabras, ¿estarás bien?, ¿segura?, y yo estiraba aún más las comisuras de los labios hacia arriba. No podía permitir que Doña Pilar viniera, aunque total a Madrid no le costara nada acercarse desde Toledo. Y mi madre, tan lejos, cómo contarle.

Lo peor llegó cuando le empezaron a salir los dientes. Estaba rabiosa, como todos los niños,

con fiebre, las encías inflamadas y el culito irritado. Nada nuevo bajo el sol, dijo la pediatra ante mi mirada de concentrada expectación. Había algo que nadie percibía, ni siquiera su padre. Yo esperaba que entre viaje y viaje, él se diera cuenta y así podríamos compartir la carga. Dicen que a los niños, cuando se les ve todos los días, no se aprecian sus cambios. Yo esperaba, con la respiración contenida, que él lo dijera, la mirara y viera lo que yo veía; que al cogerla y abrazarla, lo sintiera. Sintiera lo que yo sentía. Esa oscuridad rugiendo quedamente en ella. Pero no. Para él todo estaba bien, yo siempre exageraba, especialmente desde que había nacido la niña. Me había convertido en una mujer excéntrica y obsesiva. Pero cómo explicarle a él lo que solo sabe una madre. La niña estaba rabiosa y punto. Eso era todo. Y por eso mordía, eso era todo. Pero yo la sentía. Me seguía con la mirada como un lobo a su presa.

Durante los meses siguientes intenté alejarme de ella. La mantenía en su cuna o en el parque de juegos, que trasladaba a donde yo estuviera, con todos sus juguetes y sus muchos mordedores. Me sentaba en el suelo frente a ella y la observaba tras la red del parque. Ella me miraba con la fijeza penetrante con la que solo saben mirar algunos animales. Las dos lo sabíamos. Y ella me decía sin palabras que me pertenecía, que era carne de mi carne, y carne era lo que quería. Yo entonces no soportaba más su mirada, me ahogaba en un sollozo y me iba a otra habitación para que no me viera. Pero aún sentía su presencia pegada a la piel, y también su demanda.

La niña fue creciendo sana, y fuerte, era alegre e inquieta y yo creí que todo se había silenciado o había desaparecido o nunca había existido. Había días en los que pensaba que tan solo habían sido delirios de madre primeriza, angustiada por el cansancio, las ausencias del marido, los llantos nocturnos, las noches en vela y todo el cansancio acumulado que, en ocasiones, nubla la razón y distorsiona el entendimiento, como me había transmitido mi marido de parte de Doña Pilar. Sí, mi hija era preciosa, vivaz y despierta. Nada malo podía haber en ella.

Un sábado a mediodía, entré a la cocina y la encontré sentada en el suelo de espaldas a la puerta. El trasluz del ventanal difuminaba su figura. Había un silencio extraño y un deglutir viscoso que solo comprendí cuando seguí el rastro de sangre que el hígado de vaca había dejado desde la encimera blanca hasta la barbilla, manos y boca ensangrentadas de mi hija. Ella me miró con ojos brillantes y satisfacción oscura. Yo di un paso atrás, antes de que el asco y las arcadas me mantuvieran encorvada y me pudiera acercar para retirar los restos de hígado y sangre de las manos y ropa de mi hija. No dije nada. La tomé en brazos y la llevé al cuarto de baño. La desnudé lentamente, tratando de comprender, y la sumergí en el agua templada y jabonosa. A mi niña le brillaban los ojos. Esa luz terrible que yo conocía y que creí que no volvería a encontrar de nuevo en ella. Sus mofletes estaban arrebolados de placer. Limpié con mano temblorosa la sangre seca de su cara hasta que apareció la piel blanca, limpia, inocente. Mientras la veía chapotear y jugar en el agua con su pez de goma, apoyé la cabeza en el borde de la bañera y pensé en el futuro, en qué ocurriría a partir de ese momento, en qué sería de ella, qué sería de mí, de nosotras, ahora que había sucedido.

Con el paso del tiempo lo entendí. Recordé el embarazo, aquellos terribles meses en los que la debilidad me iba devorando y en los que, bajo la mirada atónita del médico que seguía la

gestación, perdía peso en vez de ganarlo. Me indicaba mucho reposo e infinidad de vitaminas y complementos nutricionales, además de una serie de dolorosas inyecciones que aún no sé qué tipo de beneficio se suponía que me iban a aportar. Pero mi estado de debilidad era el mismo y mi vientre, apenas abultado, parecía más bien hundirse. Sin embargo, ella estaba bien. Nació una niña preciosa, con un peso adecuado, sin ningún defecto o deficiencia. Todo normal. Y cuando la sacaron de mi interior y oí su llanto, supe que era ella, que era mi niña.

Cuando la llevo al colegio temo por los demás niños de su clase. Siempre la llevo bien alimentada, pero aun así, una ansiedad sorda me golpea. Cada mañana, va de mi mano sin dejar de parlotear y dando saltitos entrecortados, mirándome con esos enormes ojos negros de pestañas largas y densas. Yo siempre la escucho con atención y contesto a todas y cada una de sus preguntas. Es tan curiosa que a menudo me arranca una carcajada que no puedo contener. A pesar de mi estado permanente de alerta. Ella tiene otra manera de asomarse al mundo.

Esta mañana, cuando llegamos a la puerta del colegio, la abracé y ella se enrolló a mi cuello con sus bracitos blandos y prietos. Me rozó la cara con su mejilla y cuando despegó sus labios y dijo adiós, su aliento, ese olor nauseabundo y ferroso, me estremeció de repulsión y la aparté con brusquedad. Vi cómo una de las madres, de las buenas madres, esbozaba con las cejas un gesto de desaprobación que arrugó su frente. Me sobrepuse y entregué un caramelo de menta a mi hija. Esperé a que las puertas se cerraran tras ella para emprender el camino de vuelta a casa. No sé cuánto tiempo vamos a aguantar así. Ni cuánto tiempo podré soportarlo. Cómo contener esa naturaleza en un ser tan pequeño.

No le quito el ojo de encima cuando juega con sus amiguitas de colegio. Al menor gesto sospechoso yo me lanzo sobre ella, y claro, muchas madres piensan que estoy completamente loca; pero ya me he acostumbrado a sus miradas y cuchicheos. Ellas no tienen ni idea. A veces, la pillo chuperrateando con fruición los dedos de una amiguita, se echa sobre ella sujetándole la mano con esa fuerza que solo yo conozco, impidiéndole escapar mientras llora desconsolada buscando a su madre. Y yo veo cómo la llama nace y crece en los ojos de mi hija y oigo el sonido de un gorgoteo incesante que si no corro a detener será imparabile. Como ahora corro hacia los columpios y libero a la niña, y le digo que solo es un juego, que ella solo quería jugar. Pero la niña huye despavorida con pucheros y un hipo incontrolado que se quiebra entre el miedo y la congoja. Me llevo a mi hija aparte para reñirla, para explicarle, una vez más, que no puede hacerlo; la amenazo, le suplico que no lo vuelva a hacer. Abro el bolso y saco una pequeña caja de plástico azul, tomo entre mis dedos asqueados una pieza y se la doy. Ella la deglute ansiosa y voraz, y yo miro para otra parte, vigilando que nadie nos vea: una madre en el parque reprendiendo a su hija. Solo que cuando ella se acerca para abrazarla y darle un beso, la madre gira la cabeza para evitar el olor de su boca menuda de labios brillantes.

—Mamá.

—¿Qué, tesoro?

—¿Tú a mí me quieres?

Sé que no debo amenazarla y reñirla tan duramente, y que la niña que acabo de rescatar está perfecta, tan solo un poco asustada o tal vez, confusa. Pero no esperaba la pregunta.

—Pues claro, cariño, ¿por qué dices eso?

Un temblor en la voz me delata. Mi hija me mira fijamente con esos enormes ojos negros para los que no hay secretos.

—Ya sabes que no me gusta que hagas eso.

—¿El qué?

Me lo pregunta adoptando un aire inocente que no sé si identificar como fingido.

—Lo sabes.

Continuamos caminando en silencio. Mis mandíbulas se aprietan con fuerza, la una contra la otra. Conozco perfectamente los juegos de mi hija y me enfurecen. Pero no puedo decirle nada. Yo sé que su naturaleza la pone a salvo, al otro lado de sí misma donde la ocupa toda, agazapada, y la llena por completo haciendo desaparecer los ojos dulces que se vuelven metálicos, llenos de llamas negras.

—Es tarde, nos vamos a casa.

Pero en el mismo y preciso instante en que la última sílaba sale por mi boca, un estremecimiento de angustia me sacude y me encojo como quien espera un golpe. Y espero la pregunta que no tarda en llegar:

—Mami, ¿qué hay hoy para cenar?

Oigo sus pasos afelpados acercándose a mi cama. Se asoma al borde de las sábanas. Siento su respiración sobre mi boca y esa intensidad conocida. Abro los ojos y me encuentro con los suyos. Me toma de la mano, juntas atravesamos el vano oscuro de la puerta del dormitorio, y como cada noche, salimos a cazar. Ella es quien elige. Yo la guío y trato de contenerla para que pase desapercibida. Cuando sucede miro para otro lado. Ella es otra. Yo soy otra. Todo lo que sucede en unos minutos le sucede a otra, en otro lugar.

Escucho el gorgotear en su garganta y los gritos ahogados, ajenos. Pero no oigo nada y cuando regresamos juntas a casa, ella vuelve a mirarme con sus ojos oscuros; aquietados. Ella, tranquila, yo aterrada. Ahora ya no temo que se vuelva contra mí como cuando era una cría ansiosa, ahora temo por mí. Temo por que algún día no pueda soportarlo más. Porque este amor es una pesada carga, un mandato que condena, un dolor sangrante y áspero. Temo por si algún día la otra mira mientras bajo mi niña unas piernas se sacuden, por si la otra la golpea con una piedra que encuentra justo al lado del cuerpo convulso y aplasta el cráneo de su propia hija, por si la otra mira los dos cuerpos tendidos y siente el peso de la piedra abandonando su mano.

GEMELOS

Cuando se ahogó todo quedó en silencio. Estaba en el agua tibia, me acerqué y no pude hacer más que tomar su cuerpo de rana muerta, lo envolví en una toalla blanca, me senté con él en mi regazo. Su cuerpo desmadejado estaba caliente y suave, como siempre. Me acuné a mí misma con él. No pude llorar. Así que lo abandoné en el suelo, envuelto como una crisálida, y tomé a mi —ahora— único hijo, sacándolo del agua de la bañera. El sonido del gotear de su cuerpo me hizo reaccionar y ocuparme de él. El cordón que solía ponerles en las muñecas se había desprendido. Eran tan idénticos que ni yo misma los distinguía. Ahora no sabía cuál de mis dos hijos seguía vivo. Decidí que los dos. John sería Eric y Eric sería John. Nadie lo notaría, no permitiría que me juzgaran. Vestí a mi hijo vivo, cuya identidad se había duplicado y vestí a mi hijo muerto, que se había desvanecido. Ya nada sería lo mismo, pero debería serlo.

Cuando nacieron, John y Eric, mi alegría fue inmensa, y por supuesto doble. Desde entonces, siempre había sido todo doble: las noches en vela, el cambio de pañales, los llantos y pucheros. Y también los gorgoritos y las miradas tiernas y plácidas; y un denso olor a bebé inundándolo todo doblemente. ¿Cómo había podido ocurrir siquiera? ¿En qué momento mi mano dejó de sostener y empujó con rabia hacia abajo?

John bajaba por la escalera de madera. Cada mañana zapateaba los escalones que resonaban bajo sus pies, de la misma manera, cada mañana. Sorbía la leche en cucharadas pausadas y largas, y yo deseaba que acabara, que terminara el desayuno de sopas de pan y leche tibia azucarada. Y él cada mañana lo terminaba. Yo me retorció las manos en el delantal blanco mirándolo desde la puerta de la salita que comunicaba con la cocina. Él de espaldas, desayunando. Hubiera sido tan fácil. No lo podía soportar, y comenzaba a carraspear nerviosa y le llamaba constantemente:

John, date prisa, vas a llegar tarde al colegio, termina el desayuno, haz el favor.

Y él lo hacía. Cada mañana lo terminaba. Yo lo veía alejarse desde la ventana. Y rezaba para que el día fuera largo y porque ya había pasado otra mañana más. A veces fantaseaba con envenenar la leche, con ser libre, con poder olvidar el cuerpecillo de ranita muerta y los ojos de rana viva, y no sentir ese peso, esa losa inmensa aplastándome mientras lo veía de espaldas sentado a la mesa, confiando, con la leche tibia y estúpida en su garganta, aún pura, a pesar de todo. A pesar de que solo queda uno, a pesar de saber y no querer saber y vivir así, confiando en que quien más le quiere nunca le hará daño. Y quién lo asegura. Le digo adiós con la mano en el

mismo, preciso e invariable momento en que él gira la cabeza y mira hacia la ventana, como cada mañana.

Me apresuro, me pongo las medias, hoy se me enredan en el tobillo y no consigo subirlas, exasperada pego un tirón, las desgarró y tiro con fuerza para zafarme de ellas definitivamente. No consigo serenarme. Hoy hace exactamente siete años, y he de salir hacia el hospital. Me siento sobre la cama y miro las agujas del reloj: el minuteró recorre la esfera amarilla y la banda color verde del centro dibuja un ecuador imaginario tras el cual habré de ponerme en marcha sin dilación. Cuando la aguja del minuteró atraviere el ecuador de la esfera amarilla, ya no habrá tiempo. Mientras, me detengo mirando la esfera; siete segundos perdida en la nada, detenida en una franja verde que no es nada. Como yo, un ecuador vacío, tan solo un lugar para ser atravesado. El ecuador es atravesado por la aguja del reloj amarillo.

Me pongo los zapatos, sin medias, y salgo golpeando la puerta tras de mí. En el portal, la vecina de todos los días; la detesto, saludo cordial con una sonrisa de par en par. Es la de todas las mañanas, sale sin ensayar. Pobre vieja, ella ni siquiera tendrá un ecuador verde para detener el tiempo. No tiene hijos ni familiares, cuando sea más vieja morirá sola y el olor de su cuerpo nos alertará a todos los vecinos. Hasta entonces, la saludo cada mañana. Ella siempre me pregunta por mis hijos; no quiero, pero contesto: «En el colegio Aurora, como cada mañana». Y recuerdo el cuerpo blando y cálido entre mis manos. Y supongo que su cuerpo también será blando y cálido, sumergido en el agua caliente. Los viejos y los niños no son tan diferentes. La sumerjo mentalmente. Ella no lo sabe. Miro sus labios abriéndose y cerrándose a cámara lenta, lo llenan todo, pero no suenan en mí; son labios mudos sumergidos, como un Titanic lechoso. La veo rodeada de agua y la escalera comienza a encharcarse, siento el agua en los tobillos. Ella dice algo, y luego dice «adiós». Las aguas se retiran y yo vuelvo a oír. Escucho el sonido del contador de la luz como un disparo, alguien en la planta baja acaba de iniciar la subida del primer tramo de escaleras. No es John. Conozco su zapatear. Sí, porque no camina zapatea. Lo hace de un modo exasperante, como todo en él. A veces deseo haberme ahogado yo en aquella bañera. Quizá lo hice, quizá yo también me ahogué y sigo ahogada, ahogándome cada día, cada mañana. Y deseando repetirlo. Repetir un gesto terrible, terminal. Terminal, terminal de estación, con un gran reloj, y atravesar el ecuador ¿libre? Cada día más presa, más agua en mi interior, más agua en los recuerdos, más piel mojada y rana muerta, más rana ahogada.

John regresa. Entra en casa, lo cambio de ropa y le revuelvo el pelo peinado con esmero esa misma mañana. Le obligo a salir de casa. Le cargo a la espalda la correa de cuero con los libros de Eric. Debe ir al colegio. Encontrar un colegio de tarde para niños de ocho años fue complicado. El colegio católico de Saint James me ofreció esa posibilidad. Un colegio para niños pobres, para familias sin recursos, donde los profesores, tras las horas lectivas de las mañanas, continuaban sus clases por las tardes. Allí iba Eric, un niño pobre. Tenía que tener cuidado con Aurora, esa vieja cotilla no me quitaba el ojo de encima. Siempre me preguntaba por los niños, por John: ¿es este John? No, es Eric, le contestaba yo de inmediato. Son muy iguales, ¿no?, me contestaba la vieja. Sí, demasiado, a veces ni yo misma los distingo.

John cada día se resistía más a llevar esa vida doble, duplicada. Desde pequeño lo habíamos hecho como si fuera un juego, cuando era un poco más mayor como si fuera un espía, pero ahora,

la carga era cada vez más pesada.

Cuando pasó lo de Eric... Cuando sucedió, yo entraba y salía con John en brazos, y cuando me preguntaban por mi otro hijo yo contestaba: justo iba ahora hacia el hospital, el pobre está ingresado, con meningitis, pobrecito mío. Y desde entonces, Eric no dejó de entrar y salir del hospital. Durante aquellos ingresos, mi hijo John recuperaba el color rosado de las mejillas, entraba y salía a su antojo, corría, jugaba, saltaba. Eric, el pobre, por su debilidad no podía correr, ni fatigarse, ni saltar. Andaba a pasos cortos, acallados, con el pelo lacio y revuelto. John era ruidoso, y sus pies estallaban sobre el mármol del portal que golpeaba en vez de pisarlo, especialmente cuando Eric estaba ingresado. ¡Pero qué ruidoso que es este niño!, me decía Víctor desde la portería, Emma, es como si cuando Eric no está este niño tuyo anduviera desatado. Son los nervios, se pone muy irritable cuando se separan. Ya sabe que están muy unidos.

Un día John llegó y me dijo que no volvería al colegio por la tarde. Está bien, cariño, le dije, era tal su determinación que no me atreví a obligarlo. De pronto, ya no me pareció un niño. Me pareció un hombre, un hombre en miniatura que se negaba. Desde ese momento supe que aquello nunca más podría seguir siendo... Y ¿Eric?, le pregunté con voz quebradiza.

Él me dio la espalda y se encerró en el baño. Al cabo de un rato salió vestido con la ropa de Eric. Lo miré y no me atreví a decirle nada. Él me miró fijamente y tampoco dijo nada. Esperé. Tragué saliva y una presión en la boca del estómago me impidió hablar. Tan solo me quedé allí, de pie, en el otro extremo del pasillo, desde el que vi cómo Eric desaparecía para siempre tras la puerta del cuarto de baño.

Cuando la puerta se volvió a abrir, John salió, me dio un beso en la mejilla, se dirigió a la cocina, se preparó un bocadillo de queso y salió por la puerta de la calle con un balón de fútbol al que daba patadas.

Me quedé de pie, en el mismo lugar durante un tiempo, miré por la ventana y lo vi jugando a fútbol con dos amigos. Después entré al cuarto de baño. No sé si para buscar a Eric. Vi su ropa en el suelo en un montón flojo al que le faltaba un cuerpo. El vacío de sus prendas me produjo un miedo atroz y miré la bañera y volvió su cuerpo de rana, y el agua tibia y jabonosa a mis manos, y la sensación de dos bocas succionando de mis pechos, y el llanto aterrador de las noches sin dormir. Llené la bañera y me sumergí en ella. La ropa tiraba de mí hacia arriba, mi falda azul se hinchó como un globo aerostático que se elevaba sobre mí, el agua se movía alrededor de mi cuerpo, apretándose, tratando de conquistar el tejido de la ropa y sentí cómo el agua atravesaba mis zapatillas de felpa, y penetraba los tejidos hasta alcanzarme.

Miré la ropa del suelo. Me pareció distinta, con una alternancia entre las prendas, antes zapatos-pantalón-camisa, ahora ¿camisa-pantalón-zapatos? Cerré los ojos y sentí su presencia, los abrí de nuevo, y lo vi allí, de pie ante la bañera, la ropa del suelo se elevaba sobre mí, y el rostro de Eric fue lo último que vi.

Me desperté sofocada y empapada en sudor. John estaba frente a mí. Me zarandeaba por el hombro. Sobresaltada, le grité: ¡Tú quién eres!

Él me miró con extrañeza, y al cabo de unos segundos, me contestó con otra pregunta: ¿Y tú quién quieres que sea? ¿Eric?

Me miraba esperando la respuesta. Déjame, le dije empujándole con torpeza para salir de la

habitación. Entré al cuarto de baño y en el suelo vi las prendas que continuaban en el mismo lugar, zapatos-pantalón-camisa. Me agaché para recogerlas y metí los dedos en los zapatos como un gancho, los solté aterrada, estaban mojados. Salí atropelladamente del baño y me choqué con él, de pie frente a mí. No se movió para dejarme paso, dejé caer las prendas de ropa que aún llevaba conmigo, cayeron al suelo entre los dos.

Él me pareció más alto, más delgado y grave.

No hagas tonterías, John, en casa no tienes por qué hacerlo.

Intenté levantar la voz y metí las manos en los bolsillos de la bata para que no me temblaran. Él no contestó. Solo se acercó un poco más. Intenté decir algo, pero me temblaba el mentón y me mordí el labio inferior. Entonces, él se acercó aún más, o no sé si yo me incliné un poco, pero él no tuvo necesidad de elevarse, porque sentí su voz penetrando mi oído con la intensidad de dos voces en una: tienes que hacerlo, me dijo.

Por aquellos días Eric debía salir del hospital, su último ingreso se había prolongado varias semanas más de lo esperado, al pobre se le había complicado su enfermedad con un fuerte cuadro de asma y necesitaba oxígeno, y claro, no podría volver a casa todavía. El tutor de Eric me hizo llegar algunos contenidos de las materias que estaban viendo en clase, para cuando se encontrara mejor. Le agradecí su interés y volví a casa.

Aquella misma noche, Eric falleció. No hubo funeral, comuniqué a los vecinos que lo llevaba a la tierra de la familia. Él nunca la había visitado y sabía que le hubiera gustado descansar allí, expliqué. Todos me dieron sus condolencias. Todos, también Aurora, que tocó el timbre y cruzó la puerta antes de que yo pudiera abrir la boca, y también a ella le conté, a ella, sentada en una butaca de la sala, con una taza de café en las manos, desde la que observaba a John. ¿Te encuentras bien, hijo?, le preguntó. Sí, contestó él con desgana.

Hay que ver cómo se parecen, ¿verdad? Se llevó la taza a los labios viejos y dio un sorbo corto y áspero al café con leche, bueno, continuó, dejando con una delicadeza alargada la taza sobre el platillo, así, en cierto modo, siempre los tendrás a los dos contigo, querida. Sí, asentí, y entonces, con terror, tuve la certeza de que eso siempre sería así. Lo miré y vi la gravedad de Eric ocupando a John y la impaciencia contenida de John mirándome desde unos mismos ojos.

MADRE EXPERTA

Me pregunto si dejará de llover. Es una lluvia fina, insidiosa, que obliga a quedarse en casa. Toda la tarde ha pasado con la misma calma atónita de ver el mundo tras una bruma grisácea e indiferenciada en la que se ha convertido la calle que miro desde hace horas por mi ventana.

Ahora veo una mujer que empuja un cochecito. El cochecito es negro, brillante, acharolado. Está vacío. Sujeta a un niño que camina de la mano. Llueve sobre ambos y el pelo se les escurre pegado a la frente, él tironea hacia atrás, ella lo arrastra, tensión contenida, da un breve y fuerte tirón de muñeca intercalado con sus pasos; los de ella, con determinación, los de él, retrasados. El niño, se para, se niega, eleva su brazo y lo estira como un títere de comedia, la madre tira del hilo, y en el niño, de pronto, el brazo relampaguea; el movimiento se repite de forma intermitente como una rutina conocida, entrecortada. Sin embargo, ahora, la madre tensa el hilo, tira del extremo, al niño se le dispara el brazo, ella tira de nuevo, tira una vez más, la última antes de que ocurra lo que nadie espera, tira con fuerza del hilo y el brazo del niño relampaguea; relampaguea el niño y cae fulminado al suelo.

Es mi vecina. El carrito, vacío. Me pregunto. El niño que camina llora cada noche, yo lo escucho. Me pregunto hasta cuándo, cuándo parará el llanto; me cambio de habitación para no escucharlo. A veces, lo detesto. Me sumo a la perversión de su madre y también deseo pegarle, para que calle, para que no grite, no llore, no gorjee entre los mocos transparentes que seguro caen sobre su boca, sus labios, su barbilla. Me pregunto hasta cuándo soportaré el silencio, los saludos cordiales en el descansillo de nuestras puertas, los «hoy parece que va a llover», «hoy parece que saldrá el sol», «Jorge, saluda a la señora», y Jorge que se esconde tras su madre.

Un día le di un caramelo de menta, él me lo arrancó de la mano y corrió escaleras abajo, cuando llegó al último peldaño de nuestra planta, lo tiró lejos, como un balón metálico, que resonó escaleras abajo. Me quedé arriba preguntándome, hasta cuándo. Deseando que creciera, que él mismo pudiera darse cuenta, que él se defendiera.

Su madre es una madre experta, disciplina a sus hijos como dios manda. En la severidad de la buena ley. Es austera y servicial con los demás. Rígida e inflexible con sus hijos. El último, el bebé, no ha vuelto. Como vino, se ha ido. Solo queda el cochecito vacío. Y nadie pregunta, todos somos culpables de mirar para otro lado.

Algunas tardes, desde la ventana, veo a Jorge, de espaldas, columpiándose. Toma impulso con los pies hacia el cielo, el cuerpo hacia atrás, y en el punto más alto del vuelo del columpio estira mucho el cuello y su cuerpo se despliega en un impulso largo, y cuando regresa en el balanceo, el cuerpo pequeño se pliega, los bracitos y piernas recogidos, y en su espalda veo pequeños omoplatos que se yerguen bajo su camiseta, y deseo que vuele lejos de nosotros. Mientras aún pueda hacerlo. Vuela, pajarito, colúmpiate en el arco de una parábola perfecta.

Cuando Jorge dejó de llorar por las noches, me sentí aliviada. Nadie dijo nada. Tampoco decíamos nada cuando tenía brazos escayolados con frecuencia; cuando se apartaba bruscamente con un gemido si en el ascensor alguien le tocaba la espalda; cuando miraba para el suelo, siempre, siempre, huidizo; cuando en los días de calor llevaba camisetas de manga larga; cuando no iba a la piscina como los demás niños; cuando dejó de balancearse y volar en su columpio preferido... Cuando desapareció, nadie dijimos nada.

Y yo empecé a aguzar el oído cada noche, tanto que parecía que se me iba a dar la vuelta hacia afuera, desenrollarse desde mi interior, desde el último pliegue del laberinto del oído para adherirse a la pared como un tentáculo. Pero afuera solo había martillo y yunque, y para que cuando quise recomponer el equilibrio, ya era demasiado tarde. Yo lo sabía, todos lo sabíamos. Pero es más fácil no ver, no oír, no hablar.

Años más tarde supe que Jorge había regresado. El funeral de su madre. Un hombre recto, hecho. Miraba de frente, me miró a los ojos cuando nos encontramos en la escalera. Me sentí frágil e insegura, bajé la mirada y me agarré a la barandilla para dejarle paso. Cuando llegué al portal vi cómo colocaba un cartel de *Se vende* con un número de teléfono que supuse sería el suyo. No hacía calor, pero llevaba una camiseta de manga corta. Busqué en su cuerpo o en su forma de andar la silueta, el ritmo desgarrado de su cuerpo de niño, alguna marca en la superficie de la piel de esos brazos ahora cubiertos de un vello denso y claro, pero no encontré nada. Coloqué la mano sobre su hombro con suavidad para decirle, «Jorge, te acompañé en el sentimiento», su hombro me contestó esquivo con un acto reflejo. «Perdone, señora, no le conozco». Se alejó por la calle, cruzó la carretera y entró en un coche donde una mujer joven y una niña, con un lazo en pelo le esperaban. La mujer le recibió con un beso desde el asiento del copiloto, él relajó los hombros, colocó las manos sobre el volante, se giró y dijo algo a la niña que estaba sentada en el asiento de atrás. Encendió el motor y me miró con reconocimiento, por primera y última vez, mientras se alejaba.

Necesito ayuda. Mis manos no se cierran sobre los vasos, me cuesta sostener el tenedor, pesa como si toda la gravedad de la tierra se empeñara en aplicar su ley sobre mi mano, que intenta sostenerlo. Camino con dificultad, me ayudo de un tacataca, «un andador», me corrigió la chica tan amable que me lo vendió. No he tenido hijos. Cuando mi marido y yo nos separamos, supongo que los dos pensamos que la vida era larga y en su trayecto habría otros viajeros. Quizá, también hijos. Mi exmarido murió hace años. Ahora es cuando más lo echo de menos.

La desconocida que me han enviado los servicios sociales del ayuntamiento toma de mi mano el tenedor y ahora lo sostiene ante mi boca, queda suspendido en el aire, como un cometa brillante

y pulido que se dirigiera a un agujero negro. Soy solo eso, un agujero negro. Lo que entra a través de mí desaparece al otro lado, todo, la comida, las pastillas, las palabras, las emociones... me cuesta identificarlas, colocarlas cada una en su saquito de esperanza, ya no sé bien lo que significan, muchas se mezclan, por eso pienso en saquitos de esperanza para que allí germinen y regresen como meteoritos a la tierra, vuelvan a mí desde el otro lado del agujero negro y me impacten como flechas de fuego. La chica que sujeta el tenedor con impaciencia ante mi boca ahora cerrada no es siempre la misma. Esta es antipática. La de hace un mes, también. He cerrado el agujero negro, hoy no quiero que desaparezcan más cosas. La de ayer no me trató bien. Me caí, me caí, con el tacataca; ella me gritó, ella me pegó cuando no quise moverme. No podía moverme, encajada entre las dos camas de la habitación en la que dormíamos mi exmarido y yo, me azotó como a un animal que no quiere tirar del yugo. Noté cómo las lágrimas me mojaban el pecho blanco del camisón satinado. Satén blanco para el animal viejo, pronto, mortaja para la vieja muerta. Espero. Y cuando me cruzo con mis nuevos vecinos, dos hombres jóvenes muy guapos y arreglados, me pongo todo lo recta que puedo, y me apoyo y me ayudo de la mano de la mujer que camina junto a mí, para pasar al otro lado, entrar en mi casa, mientras ella cierra la puerta y corre los candados. Me encojo como la luz que agota el día. Y afuera, llueve. Miro por la ventana, y los dos hombres bajo un mismo paraguas se cogen de la mano.

NO EXPLIQUES TU VIDA A NADIE

— **N**adie tiene por qué saber —no, nadie tiene por qué saber—, ¿no te parece?, ¿no crees que es mejor así? Vivir tranquila, sin justificarte ante nadie, de todos modos, no tienes por qué hacerlo, yo no digo que tengas que hacerlo, ¿sabes? Sino todo lo contrario, me entiendes, ¿verdad? Pero, mujer, no pongas esa cara, las cosas vienen como vienen y hay que tomarlas tal cual, ¿cómo era eso que decías siempre?, venga, no mires para otro lado como si no te acordaras. Tú solo tienes que ser tú misma de nuevo; sí, aunque ahora te parezca difícil, ¿cómo era aquello que decías cuando estábamos en la universidad? No lo recuerdo ahora, era muy bonito, tú siempre fuiste muy libre...

Lo miro y callo. Él observa la espuma de la jarra de cerveza como si buscara una verdad. Cruzamos un silencio. «Yo soy mía y del viento», recuerdo, qué tontería.

—Anímate, mujer, yo te presto lo que necesites para ir tirando, además puedes quedarte en mi estudio si quieres, mi socio está de viaje y yo casi he acabado un proyecto y tendré unos días para nosotros, será divertido, como en los viejos tiempos, yo con mis planos, la escala milimetrada, y tú, entre tus papeles y notas; no, no me digas eso de que en tu desorden está tu orden, con esa letra tuya; jeroglíficos, son jeroglíficos...

El habla y habla. Sus labios se abren y cierran de forma intermitente. Yo miro su boca húmeda. Parece una babosa que sube y baja, que zigzaguea sobre su cara. Por un momento desaparece, pero de nuevo vuelve a discurrir entre sus palabras.

Cuando calla, yo contesto, intuyo que tengo que hacerlo, que espera algo de mí. Pienso en su oferta, en su estudio luminoso, en los techos altos y las columnas metálicas pintadas de blanco. La luz, la blanca luz que lo atraviesa todo. Cómo podré acostumbrarme a esta pérdida. Paredes blancas. Batas blancas. Féretro blanco. Y después nada.

Él mastica algo con la boca abierta como si fuera un chicle; ¿será la babosa? Entre patata y patata del plato que nos separa, salen nuevas palabras. Yo he querido citararlo aquí, en esta hamburguesería cochambrosa. No tiene ni idea. Nunca se ha enterado de nada, o no ha querido enterarse. Sé que le molesta que elija estos lugares. Pero ahora se entrega al plato de patatas fritas con dedos infantiles, dedos de aceite y sal pegada. Entonces, ¿qué me dices?, ¿te mudas mañana? Miro hacia la barra, muy cerca de nuestra mesa, a la plancha una china fríe hamburguesas y el humo se eleva sobre ella. Observo el cacho de carne cruda sobre la plancha ardiente vigilada por

una china de ojos grandes y boca pequeña. Es extraño.

Vivir a la intemperie. Ella siempre había vivido a la intemperie, sin casas, sin compromisos, sin hipotecas ni facturas que pagar. Solo lo esencial. Siempre de paso, de una ciudad a otra, de un estado a otro, sin quedarse nunca demasiado tiempo en ningún lugar. Y ahora todo en blanco. El mundo en blanco. Afuera y adentro blanco doloroso. Siempre buscando un lugar. De habitación en habitación, viviendo con lo mínimo, tratando de no pertenecer a los objetos, a la necesidad de las cosas, viviendo en una maleta y acomodando un nuevo hogar improvisado cada vez. Un entrenamiento de viajes, familias de acogida y centros con grandes dormitorios llenos de olor a niños esperando.

A menudo cambiaba de colegio. Sabía que durante unos días era la novedad y que todas las miradas la seguirían en cada movimiento. Y cuando entraba en la clase, la inauguraba aguantando la respiración y buceaba bajo todas ellas hasta alcanzar el pupitre lacónico que la esperaba como una roca. Recordaba también la luz de aquellos días, la luz de las aulas llenas de caras vacías y expectantes. Yo buceaba bajo todos ellos. No me costaba hacer amigos, no tenía nada que perder, sabía que no me iba a quedar, quizá unos meses, un curso o dos como mucho; por eso era valiente, nada de lo que hiciera importaría, nadie me pediría cuentas, ni me recordaría. Simplemente me iría igual que había llegado, y eso sería todo.

¿Por qué no era ella la elegida? Cuando lo comprendió supo que ella no era como las otras. Siempre eran otras las niñas elegidas. Pero tuvo suerte, nunca la trataron mal, solo que aprendió a vivir siempre de paso, cargando con los mínimos apegos, solo lo imprescindible y en cuanto tuve oportunidad armé mi petate y me fui a todas las guerras que se fueron encendiendo como grandes gritos. En mi agencia, al principio con reservas y trabajos mediocres, después, como una más en un mundo de hombres. En el límite, allí me sentía a salvo, en casa. En un lugar de nadie, cualquiera que te acoja es el mejor refugio posible, el hogar. Y allí estaba yo para contarlo. Lo mejor y lo peor, conviviendo en la mínima raya de existencia. Todos en el mismo alambre.

Se acabaron las palabras. Y aquellos desgarros son voces partidas, mensajes telegráficos de dolor ajeno, insignificante. Duelo, dolo, Dolores. Así se llama mi madre. Eso dice mi partida de nacimiento. *Padre: desconocido*. ¿Habría un lugar al que van los padres desconocidos? Como el limbo de los niños muertos o un lugar donde se pierden porque son desconocidos ¿y nadie los reconoce? Los hijos de padres desconocidos sí vamos a un lugar. Allí nos acumulan, un *stock* en espera, clasificado e higienizado; el olor a cloro y lejía te penetra de por vida, es un olor a piscina. Por eso yo no sé nadar. Me negué. El primer día que nos llevaron a la piscina me negué a sumergirme en un baño de orfandad. En ese caldo me mantenía a flote desde hacía años. Todas las niñas saltaron con los corchos azules entre las manos dando grititos agudos. Yo me quedé mirando, vestida, transpirando con el pelo pegado a la frente y al cuello, y la ropa emplastada al cuerpo. Así durante un mes. Cuando vieron que no podrían convencerme dejaron que me quedara en la biblioteca.

La abrían solo para mí. El primer día la tutora me dijo: «entra y elige lo que quieras». Empecé a leer *Momo*. No lo entendía bien pero me gustaba. A veces solo miraba la portada, una niña en una calle vacía y una tortuga. Después vinieron más cosas. Un día una foto de un hombre hindú con una tela blanca enrollada en la cabeza y con un pene enorme que se apoyaba en el suelo entre sus

dos piernas, como una gran pata de elefante. Al lado, niños cubiertos de moscas con ojos emborronados. También, un campo devastado de tierra seca y una bala gigante medio enterrada, y junto a ella, mujeres con delantales rotos, buscando... Yo salía de la biblioteca seca y fría, ellos salían de la piscina, mojados y calientes, y nos reencontrábamos en el aula. Todos olían a cloro, humedad y cansancio. Yo a polvo y madera vieja. Realmente nunca llegamos a entendernos; pero yo estaba de paso. No podía olvidarlo, no puedo olvidarlo. Dejar el alambre es confiar, permanecer. No supe hacerlo. Por él, mi niño, traté de hacerlo, quedarme, confiar, y sin embargo, fue solo un momento... Cómo pude tan solo pensarlo... Fue solo un momento... Nosotros dormíamos solos, en el dormitorio, el gran dormitorio lleno de niños. Recuerdo el pasillo largo entre la hilera de camas, la puerta entreabierta; después cerrada, la luz por debajo de la puerta, un hilo grueso, y después nada. Y algunos lloraban. Pero yo no tenía miedo.

A veces las familias con las que vivía tenían hijos y yo compartía sus comidas, sus reuniones familiares, posaba en las fotos con ellos; Adèle y yo parecíamos hermanas. Su madre, Claire, rubia; ella, también. André, moreno; yo, también. Cuando veo alguna foto de aquellos días, nosotras dos de la mano; él y ella detrás, él con las manos sobre mis hombros, ella acariciando la mejilla de la niña rubia perfecta: parecemos una familia auténtica. Yo más alta, un año o dos mayor que ella, quizá. Pero no, en cualquier momento alguien llegaba, una presentación inoportuna, y la aclaración necesaria: «No, *esta* es la mía», y la tocaban en el brazo y la atraían junto a ellos: «Ella es Marianne, estará un tiempo con nosotros». Una ráfaga de sonrisas caía sobre mí, el escaparate estallaba en mil pedazos, y yo volvía a mirar de nuevo desde el otro lado del cristal los objetos preciados de su interior. Y así era peor, creer que era una más, que pertenecía, para después estar de nuevo al otro lado, con la nariz pegada al cristal, para estar de nuevo suspendida en el alambre... Mejor seguir en equilibrio, no creer que estás en tierra firme; si crees en el espejismo, caes al vacío. Mejor saber que miras desde afuera. Tender tu alambre de lado al lado de la calle y desarrollar tu número a la vista de todos ellos.

Hasta que llegó Martina. Martina fue diferente. La anestesia del confort, del arraigo, del apego por cada objeto saturado de historia, de vida concentrada; y el ahogo. Y ella tan dulce, con su melena larga, la piel larga de todo su cuerpo y los ojos verdes de bienvenida. Un hogar de casa de muñecas y puntillas en los armarios; de un lugar para cada cosa y una cosa para cada lugar. La conciencia plena y absoluta de pertenecer por ser, por estar allí, por derecho, con todo lo que ella era: ella, su mundo, sus cosas. Una embajada de sí misma que la protegía de todo y delimitaba su territorio defendido con puntas de lanza. Y allí llegué yo, y Martina me acogió y me defendió; tanto, que tuve que marcharme. Y realmente quisiera que alguien me pidiese que no me marchara, que me lo impidiese o estuviera dispuesto a seguirme para evitarlo. Pero todos me respetaban tanto, y me decían: «Tú decides si quieres quedarte con nosotros, en nuestra familia». Y yo siempre decidía irme, y ellos me respetaban tanto; nadie me lo impidió. Tampoco nadie fue a buscarme.

Boca arriba sobre la cama, miraba; miro los techos altos y blancos del estudio de Jacques. El mundo en blanco. Afuera y adentro blanco doloroso. Todo a su alrededor perfecto. Se sentía una

indigente a cubierto, ahora solo era; soy una indigente emocional. Las comodidades, los objetos hermosos que la rodeaban no la hacían sentirse mejor, era peor. La soledad era peor. Recordó a la mujer china frente a la plancha ardiente, una semana atrás. La imaginó día tras día mirando cómo la carne cruda se tostaba, dejaba de ser un cacho de carne arrancado a un animal muerto y se convertía en hamburguesa. Pensó en moverlo todo, cambiar todos los muebles de sitio. Lo hizo. Y el blanco níveo y doloroso se volvió más empolvado, un satén que me envolvió por unos días en un extraño sosiego. Hasta que él regresó. Abrió la puerta y un hombre desconocido entró en el estudio con varios rollos de papel bajo el brazo que cayeron al suelo cuando la vio de pie frente a él, desnuda recién salida de la ducha.

—Quién eres tú —preguntó con voz de ventrílocuo.

Ella abrió la boca y la cerró, el ventrílocuo la dejó muda. Corrió al cuarto de baño y salió envuelta en un albornoz marrón.

—Ese es mi albornoz —dijo él—. Me puedes explicar quién eres y qué haces aquí o llamo a la policía.

No pude contestar: ¿Quién eres?, vaya pregunta... Volví al cuarto de baño y me vestí apresuradamente y mal vestida, de un portazo, dejé atrás el lago blanco en el que me había remansado aquellos días. Salí a la calle. Un golpe frío. Una bofetada de carne cruda. Pensé que era bueno sentir lo real de vez en cuando. Abandonar la anestesia atónita del dolor y mirar el mundo sin juzgarlo, simplemente porque está ahí, desplegándose como un rodillo bajo los pies, elevándose y representándose con cada nueva pisada. No había cenado, tampoco tenía hambre. Solo frío. Había salido sin bolso, sin cartera, sin documentación, sin una moneda en el bolsillo. Tan solo un paquete de tabaco aplastado en el bolsillo del abrigo. Miedo. Nunca tuve miedo, ahora sí. Miro las calles alargadas e infinitas, llenas de caras desconocidas, y la nieve amontonada en franjas blancas y sucias. Repito palabras que me protejan. Convoco palabras y me lleno de ellas, *roca* pienso, *roca* repito, y en mí algo se aprieta, se detiene; *o junco* y mis músculos se alargan flexibles a pesar de mi cuerpo rígido y aterido; *o río* pienso, y espero mecirme en la corriente, fluir calle abajo sorteando los montículos helados a ambos lados de la carretera.

Siempre una espectadora de sí misma, esperando algo, la resolución que no llega. Mirando el mundo desde el otro lado del cristal, las manos apoyadas ante un escaparate. Hueca. Cristal. Nariz pegada. Humedad en los labios, la boca helada, el vaho frío de una respiración que se asoma sin articular palabra. Se detuvo ante un nuevo escaparate. Observó los objetos que allí se exponían. Materiales inertes, trozos de animales muertos con extrañas formas para meter los pies de los humanos. Miró sus pies y sintió la culpa de la muerte sobre los dedos. Pensó en el verano, ¿cuándo llegaría el verano? El cristal le devolvió la imagen de un autobús parado. Miró a aquella mujer suspendida, entreverada de autobús y volvió a caminar por la acera.

Frente a mí, la china de la hamburguesería alimenta a su hijo. Los pies me han llevado de nuevo allí, y alineados en paralelo esperan frente a la puerta. Me dejo impulsar por ellos y sigo la dirección que señalan. La mano empuja la puerta y, por la boca, una voz pide una hamburguesa, muy hecha, por favor, dice la voz, con lechuga y tomate, por favor. La voz recuerda las babosas, las palabras babosa de Jacques una semana atrás. Recuerda también las babosas negras, buscándose, enlazadas en una gelatina azul amanecer de los bosques de hayas en el mes de octubre, ¿una forma azul de amar?

La mujer china trae su hamburguesa y le sonríe. El pan es crujiente, lo aprieta con los dedos y escucha, pan de verdad. Enciende un cigarrillo con una mano mientras aparta el plato de la hamburguesa con la otra. Observa al niño. Tiene restos de papilla sobre la ropa. El niño tiene una cara amplia y ancha como de luna y juega golpeando con una cuchara de plástico sobre un plato vacío. Apaga el cigarrillo en un cenicero de cristal transparente, y lo aplasta como si atravesara la mesa, también de cristal, tratando de alcanzar el suelo.

Se levanta y sale por la puerta que se cierra tras ella. La china sale de la cocina, retira el plato, la hamburguesa, intacta; solo le falta el ruedo verde de lechuga. Busca a la mujer y mueve la cabeza de un lado a otro. Cuando regresa a limpiar la mesa encuentra un papelito blanco, una servilleta de papel con letras angulosas de tinta negra que se enlazan unas a otras. El niño llora, ella estruja el papel, con el trapo limpia rápidamente la superficie de la mesa. Yo la miro desde el otro lado del cristal, en el mismo lugar en el que me detuve antes de entrar y rehago mis pasos.

Me sent  en una plaza y ocupó un banco de madera desconchada, pintada de verde, como los bancos de mi infancia. Las luces de las casas se fueron encendiendo, las de los comercios se apagaron y una sinf n a de persianas metálicas cerraron el día con un rodar de trenes llegando. Miraba mis pies, mis zapatos moviendo la gravilla gris del suelo, y otros zapatos entraron en mi campo de visión. Levant  la mirada que subió por unos pantalones vaqueros, una bomber negra con una raya roja en un cuello de punto elástico y un rostro negro con una amplia sonrisa que me dijo:

—Hola, buenas,  Qu  tal? —Coronado por un gorro de lana.

—Hola —dije. Me fij  en sus dientes blancos y dañados, una gran sonrisa para un marco de  bano; piel tersa y joven. En su mano, unos calcetines se extendían hacia mí, en la otra un carro de la compra verde fosforito resplandecía como una luciérnaga.

—Muy bueno —añadió, agitándolos ante mi cara.

—No, gracias —contest  con amabilidad, y mi voz sonó exactamente así, amable. Me pareció la de otra persona.

—Yo, *Pap * —me dijo, y se señaló, abriendo el cuello de su cazadora, una cadena de plata con cuatro letras plateadas P-A-P-E—.  T , aquí? —me dijo señalando el banco—,  no vas casa?

—Yo, aquí —repetí.

— Quieres?, para pies —y señaló mis pies desnudos dentro de los zapatos—, buenos, son buenos —y su gran dedo pulgar acarició el tejido de los calcetines con gesto experto.

—S , muy buenos —a ad . Su insistencia, me hizo sonreír.

—Yo, *Pap * de Senegal.

Y me tend  la mano derecha, cambiando los calcetines de mano para ofrecerme su mano abierta.

—Yo, Marianne —contest  y estrech  con gusto aquella mano vieja y curtida de hombre joven. Me gustó ver mi mano rodeada de piel negra. Piel negra que reconfortara tanto blanco.

—Encantada, *Pap * de Senegal, pero no puedo pagarte.

— No puedes?,  no dinero?

—No, no dinero, no casa, no nada —contest .

 l me mir  apartándose un poco como si necesitara una vista panorámica de la mujer que tenía delante; de la mujer blanca, sola, en un banco, de noche.

—Pero pies..., toma, toma, est  frío.

—Muchas gracias, *Papé*, pero no puedo aceptarlo.

—Mucho frío hoy, toma, yo pongo. Y se arrodilló con una rapidez que no esperaba y me quitó un zapato y me puso un calcetín y después el otro, y sus manos recorrían mis pies con dedos ágiles y rápidos, y después, me calzó los zapatos y yo sentí cómo las costuras, mal puestas, se me clavaban sobre los dedos. Pero no me moví, ni pude decir nada porque inmensos lagrimones rodaron por mi cara. Y *Papé* que se había puesto en pie para mirarme, satisfecho de su obra, se acercaba y alejaba y me daba golpecitos en el hombro sin saber qué hacer. Lloré mucho tiempo. Cuando acabé, *Papé*, que seguía sentado a mi lado en silencio, por fin habló y me dijo: —Tú ven conmigo—. Me di cuenta de que la calle estaba vacía, y me dejé conducir por este hombre nuevo. Caminamos varias manzanas, él tiraba de su carrito luciérnaga, y con la otra mano tiraba de mí. Llegamos a un edificio bajo con fachada de ladrillo y ventanas simétricas. En la entrada, hicimos una cola ante un mostrador, una mujer nos preguntó nombre y nacionalidad, nos dio una manta y un papel con un número. *Papé* y yo nos separamos, él por el pasillo de la izquierda, yo por la derecha, y no volvimos a vernos. Aquella noche me sentí salvada.

Miro con detenimiento las uñas con franjas negras de la mujer que duerme en la cama de al lado. Con gesto mecánico giro mi muñeca y miro las pequeñas partículas que se acumulan bajo mis uñas. Pienso en las uñas de mi madre e imagino, que quizá, es la señora que con gesto contraído duerme boca arriba y sujeta las mantas cubriéndose la boca. Empezó a pensar que no era buena, que por eso nadie se la quedaba y que solo era tolerada o querida hasta que descubrieran quién era realmente. Quizá por eso su madre tampoco la quiso y la abandonó, o tal vez, pensaba ahora mirando a la mujer que respiraba confusamente con la manta sobre su boca; tal vez, su madre también la había perdido y proviniera de una tradición de malas madres, madres que debían esconderse y huir porque ellas eran las que no eran buenas. Pensó en que siempre había vivido a la intemperie. Que nadie la había recogido y, lo peor, que no había sido capaz de recogerse a sí misma. Siempre expuesta, también había expuesto a su bebé. No debí dejarlo solo. Salir con aquel tipo y dejarlo solo. Tan solo unas horas mientras dormía, cómo pude tan solo pensarlo... *Lo hemos perdido, lo siento mucho, señora*, de pie con las manos en los bolsillos, vestido de blanco immaculado, con la pureza del armiño, a salvo de la culpa, cómo se puede decir eso. Es obsceno, nunca pensé que el blanco fuera obsceno. *Lo había perdido*, así como quien pierde un libro o una llave o un clip que se desprende de un papel. Y después tan solo el blanco. El mundo en blanco.

Jacques no tiene ni idea, ni siquiera lo sospecha. Fue solo un fin de semana, dos años atrás; la corresponsalía en Nueva York, un trabajo más, un vuelo barato a Canadá y una llamada. Un reencuentro de viejos amigos, amantes que recorren la piel del otro buscando huellas de la propia piel. Una habitación en un hotel, volver a Quebec por unos días. Después una despedida amarga. Y después, dos años después, patatas y sal pegada y Jacques de nuevo, la verborrea de Jacques cayendo sobre ella. Y ella tratando de explicar, sin encontrar un resquicio por donde rasgar el velo blanco de una verdad. Pero ¿cómo hablar a quien no quiere escuchar? Y si lo hago, si se lo digo, ¿acaso mi niño vivirá a través de él? Pero cómo decirle, cómo imponerle esta verdad ahora rota; y cómo guardar este secreto y no compartir el dolor. ¿Un dolor que si él supiera también sería el suyo? Y puede que así, en algún punto, los padres desconocidos dejarían de serlo y mi niño no iría a parar al limbo de los niños perdidos, desconocidos.

Conozco bien a Jacques, habla cuando está asustado. Hay algo en mí que lo asusta cuando estoy así, sin palabras, cuando cree que es demasiado para él, y sé que entonces está ahí, pero solo hasta el límite exacto de impermeabilidad del aceite besando al vinagre. A salvo. Eso siempre nos ha separado, él sin sumergirse en la sustancia oleosa y densa que soy, cuando confío. Y en él había confiado, había sido mi refugio durante unos años, pero él fue solo vinagre. Y nos agitamos en una alternancia en la que nunca nos mezclamos lo suficiente, en un juego liminal de materia cuya naturaleza nunca conflúa.

Aquella noche, junto a la mujer de uñas sucias de la cama de al lado, recordó Lyon y a Martina, que no podía vivir sin sus cosas, que hacía más de dos meses que tenían que haber llegado, se lamentaba avergonzada: sus muebles, sus libros, espejos y cuadros, figuras de porcelana, alfombras, cojines y camas, tazas, vasos y platos, butacones de grandes estampados, y edredones y mantas que sepultaron la casa. Era una casa de planta baja, rodeada por un jardín y defendida por una verja acabada en punta de lanza. Martina era profesora en la *École normale*, se había mudado desde París. Ella la miraba atónita, asistiendo divertida a su desesperación. La casa, desnuda, contaba con lo esencial y para ella la habitación era suficiente.

Cuando Martina la acogió le aseguró que pronto estaría perfectamente acondicionada. Pero a Marianne le gustaba así, silenciosa y vacía. Una habitación para ella sola. El silencio de las mañanas, una vida de adulta tutelada. Cuando llegaron todos los muebles y cosas de Martina, la casa se volvió Martina toda; Martina por las paredes y suelos; Martina en el interior de los armarios, en el salón y en la cocina; Martina gorgoteando en el cuarto de baño. Ella la observaba como a un fenómeno de la naturaleza, como a la llegada de millones de tortugas a una playa atraídas por los campos magnéticos de la tierra; amontonadas, frenéticas y exhaustas, tras superar un largo viaje. Pero empezó a gustarle, y temió acomodarse demasiado en el mullido mundo de Martina, querer quedarse y estar atrapada como ella por todos aquellos objetos, enseres, sillones, muebles, figuras, libros, cortinas, menajes de cocina... La ocasión de huir llegó con una beca en Quebec, la universidad lejos de Martina, del calor de Martina, de la culpa por no querer suficiente a Martina.

A la mañana siguiente, desayuné con un rumor de pies de albergue y el entrechocar de bandejas metálicas y olores deslavados.

Me resultaron familiares y rancios. Antes de salir me permitieron hacer una llamada. Después caminé hasta el estudio. Me senté en la acera, a esperar, hasta que llegó Jacques. Cuando me vio comenzó a hablar y hablar, pero qué haces aquí, por Dios, Marianne, qué ha pasado, dónde has estado toda la noche, me llamó Michel pero ya no pudimos encontrarte, él no tenía que volver hasta finales de mes, ¿estás bien?, qué mal aspecto tienes... Sube, por favor, Michel está arriba, estamos consternados... Pero por qué no le dijiste quién eres o me llamaste por teléfono... No pude, fui capaz de decir mientras él me levantaba en volandas de la acera en la que estaba sentada y me conducía por la carretera, y la cruzábamos, y de nuevo la acera y entrábamos al portal como teletransportados; y, por un momento, creí que las moléculas de mi ser se iban a desintegrar para recomponerse de nuevo en el sofá blanco del estudio de Jacques.

Y allí estaba de nuevo, ante los dos. Debí haberle dicho quién era, me dice ahora mientras los tres conversamos frente a una taza de té. Yo prefiero café, pero me tomo el té a sorbos lentos y escucho a los dos hombres que tengo frente a mí. Michel hoy parece diferente. Parece incómodo. Michel se disculpa de nuevo. Creo que le perturba más que a mí que pasara la noche en un albergue. Jacques habla mucho, como siempre. Finalmente dice que se va, tiene una reunión con un cliente. Me besa en la mejilla. Me gustaba más el silencio de *Papé* que el interrogatorio y la verborragia de Jacques. La puerta se golpea. Entonces, el silencio por fin llega.

Michel me pregunta si quiero dar un paseo. Salimos y caminamos sin hablar, solo el vaho de nuestras bocas por el frío de la calle, dejando que los cuerpos se guíen mutuamente, cerca del parque veo a la china de la hamburguesería. Sale de un edificio bajo con dibujos coloreados en las ventanas, sostiene al niño luna en brazos, lo acomoda en su silla y lo ata concienzudamente. El niño luna con los brazos abiertos por un grueso anorak que le impide moverse, se deja hacer y se ríe contento de volver con su madre. Yo quiero seguirla, sin ningún motivo, y conduzco a Michel tras ella. Hasta que llegamos de nuevo ante la hamburguesería.

—¿Tienes hambre? —le pregunto.

—Un poco, la verdad.

—¿Comemos algo? —Señalo la puerta ante la que me he detenido.

—De acuerdo, tengo poco tiempo pero si nos sirven rápido...

—Seguro —le digo, y entramos.

Un hombre chino, delgado y menudo, nos sirve diligentemente. De la china y el niño luna, ni rastro. Supongo que estarán dentro, le estará dando la papilla y me imagino su boca abierta en cada cucharada como un bostezo lunar. Y sin darme cuenta, comienzo a ver al hombre que tengo delante. No me hace preguntas y habla de sí mismo. Pequeñas cosas: a mí me gusta echarle de todo a la hamburguesa..., y aprieta un bote, lo deja, coge otro; los gestos pequeños llenan la mesa entre nosotros. Después otras: hace años que es amigo de Jacques, comparten estudio, a veces trabajan juntos, otras no... Hacía seis meses que se había separado de su mujer, Chloé, aún la ama, pero ya no podían seguir juntos.

Muerdo mi hamburguesa y como patatas fritas, echo de todos los botes que tengo a mi alcance, *ketchup*, mostaza, mayonesa... y voy comiendo con la boca llena de sabores fuertes, la carne tostada y jugosa abriéndose paso, deseando que Michel no deje de contarme cosas y no me pregunte nada. Cuando acabamos de comer solo me pregunta: ¿Quieres algo más? No, respondo. ¿Estás bien? Sí, contesto, y realmente me siento bien.

Caminamos de regreso al estudio serpenteando por las calles. Un silencio blanco se instala de nuevo entre nosotros.

—¿Algún día me lo dirás?

—¿El qué, Michel?

—Lo que te ha pasado, ¿me lo dirás?

Pienso en los bosques de hayas, en babosas negras gestando su futuro en una madrugada azul, y deseo que el mío comience aquí.

—Tal vez —contesto.

LA CAJA DE PANDORA

El alma soporta la presión de las cuerdas tensadas, une las dos tapas de la caja por su parte media y sirve para que entren en resonancia con las cuerdas. Puede ajustarse para compensar cambios de expansión o contracción en la tensión de las cuerdas. Los instrumentos con cuerdas de nylon que no provocan una gran tensión, no necesitan alma.

Me siento ante el piano y pienso en tratarlo con cuidado para no dañar el alma. Acaricio las teclas de marfil y ébano. Es un dominó o un ajedrez o un panal de ochenta y ocho abejas que vibran bajo las yemas de mis dedos; cierro los ojos y me siento a salvo, en esta isla que habito y se prolonga de lado a lado del piano. Sueño con teclados que se prolonguen más allá de los límites de este salón con instrumentos apoyados sobre paredes tapizadas de madera. Cuando salga de esta sala todo quedará aquí. El silencio, una membrana para ser rasgada con la ejecución de mis dedos; ser solo sonido sobrevolando el aire y atravesando la luz que ahora se filtra a través de los vitrales de colores. Cuando llegue a casa ¿estará él? Casi un extraño. Deseo que esté, y que no esté. Que el mundo se detenga por un instante largo y duradero. Como ahora, cuando toco. El conserje golpea con los nudillos la puerta abierta de la sala de ensayo.

Señora Nielsen, debo irme. Vamos a cerrar.

Abro los ojos, y la luz ya no es blanca, ya casi no es. ¿Tanto tiempo...? La pregunta se contesta por sí misma.

Salgo a la calle. El ruido y la gente me abruman como una orquesta estruendosa. Anhele el silencio. Hoy el sonido no cabe en las palabras, lo sutil no cabe en las palabras. ¿Y ahora? Recoger a los niños, ir a la tintorería. No, la tintorería mañana. Hoy ya es tarde. Mamá estará esperándome, la dejo demasiado tiempo con los niños. Ella dice que no, pero son demasiadas horas ocupándose de Estephanie y de Christian. Qué distintos y qué iguales. Quizá cambien con el tiempo. Ella, tan risueña e inquieta; Christian, quieto y tranquilo, no sé si quiero decir taciturno. Ya no doy conciertos.

Desde que nacieron los gemelos no he vuelto a separarme de ellos. Frank me dice que no deje mis compromisos, que no abandone las giras. Pero ya está hecho. Hablé con Madison y llegamos a este acuerdo que no sé si podré sostener. Dos años para mí y para mis niños. Falta uno, y añoro la música. No la música, la música resuena en mí, me habita y yo me enfundo en ella; se trata de actuar, de fundirme con un cuerpo de músicos, de vibrar sobre el escenario, que el corazón

resuene en la caja y la caja en el corazón. Y sin embargo, ahora, no me atrevería a subir a un escenario, a caminar hasta el piano por un suelo desnudo, alcanzar el banco y sentarme ante el teclado mientras todos esperan a que coloque las manos, las muñecas, balanceándose suavemente. Entonces, el mundo se abre, el suelo desaparece y el público ya no es, no es nada, no hay nadie, solo yo, ajena y más lúcida que nunca. Cuando termine, volveré a ser pequeña, menuda, y volverá de nuevo el miedo. Te mina lentamente. Cada vez peor, cada vez te hace más débil, más vulnerable, como las cuerdas melladas de un piano cada vez más reactivo al dolor.

Ahora, en la calle, me siento segura, en esta piel de cuero estrecho, este traje que me va pequeño, y sin embargo, no me atrevo a salir de él. Siempre me he sentido responsable, por la seguridad y el bienestar de todos, culpable por sentir que yo destapaba el mal, la caja del mal, de los gastos, de las estrecheces en la familia, de los pagos exigentes por las clases del conservatorio, de los plazos interminables del primer piano, del viaje a Viena, la culpa por dejar Sussex, donde nadie toca el piano, por abandonar a mis padres y mis hermanos apretando el rendimiento de cada grano. Yo resonaría por todos ellos, sería la que volaría por encima de las cabezas de ganado y las cercas de alambre. Y así fue. Pero la culpa va anidando como el moho, comienza en una esquina y se extiende lenta, imperceptiblemente. Y un día, no puedes moverte.

Mi madre me recibió en la puerta cargando con los niños, me los entregó, y después, bolsos con biberones, pañales, espera, los juguetes; la imagen de Shiva agitando sus brazos. En unos minutos los tuve a los dos sentados en el asiento trasero del coche sobre sus sillas, los cinturones atados y juguetes y chupetes en sus lugares. Al llegar a casa me puse un *whisky*. No lo había hecho en mi vida. Ni siquiera solíamos tener *whisky* en casa. La noche anterior, Claudia y Sam lo trajeron. Llegué, lo vi en el aparador del salón y me serví un vaso. De pronto me acordé de los niños. Cómo era posible. A mi alrededor, sobre la alfombra del salón, todas las bolsas que mi madre me había entregado, todo menos ellos. Dejé el vaso en el suelo, justo donde estaba parada, y corrí al garaje. Abrí la puerta trasera del coche y allí estaban: Estephanie, llorando, y Christian, serio, más de lo habitual, me pareció que me miraba acusándome, y les pedí perdón, besé caras y manos, solté sus cinturones todo lo rápido que pude, y tomé en brazos a Estephanie, que trepó hasta mi cuello, y después, a Christian, que abrió los brazos para que lo rodeara y lo atrajera hacia mí.

Cuando abrí la puerta de casa Frank estaba en el salón, de pie, con el vaso de *whisky* en la mano, mirando los bultos desparramados sobre la alfombra.

¿Pero qué haces? ¿De dónde vienes?

Del garaje, contesté, recordé que me había olvidado el chupete de Estephanie y bajamos a buscarlo.

¿Y esto...? Me dijo señalando con un mismo gesto circular el *whisky* y los bultos. Acababa de llegar.

¿Tan tarde? ¿Y qué has hecho con los niños todo este tiempo?

Han estado con mi madre.

¿Y tú?

Pues yo, he ido a la tintorería, al supermercado y he pasado un ratito por el conservatorio, a ver cómo va todo.

Bueno, ¿pero tan tarde?, insistió, son casi las once de la noche y con un *whisky*...

Frank, ya basta, después he estado charlando con mi madre, no voy a recoger a los niños como

si fueran paquetes y dejarla con la palabra en la boca, ¿no? Además, llevo todo el día de un lado para otro y lo mínimo que podrías hacer es dejar el tercer grado.

De acuerdo, contestó tomando a Estephanie en brazos, ¿y cómo está mi niña? Tiene la cara enrojecida de llorar, ya te he dicho que no te olvides del chupete, mira cómo se pone, eres...

Dámela, le dije sin esperar a que lo hiciera y quitándosela de los brazos. Voy a acostarlos. Coloqué a cada uno de mis hijos encajados en la cadera, y los llevé a su habitación.

Duermen juntos en la misma cama que compramos cuando fueron demasiado largos para seguir en la cuna. Les gusta dormir juntos. Por las mañanas, cuando los voy a despertar, los encuentro como dos frutas maduras, acoplados mansamente.

Me gusta mirarlos durante unos minutos y me figuro que así, en esa posición estarían dentro de mí. A veces, me pregunto cuánto tiempo más disfrutarán de esa presencia compartida, cuándo sentirán al hermano, a la hermana como extraño. Una alteridad aún desconocida, se acurrucan como gatitos buscando el calor del cuerpo conocido como si descansaran en el propio. Me fascina esa prolongación sobre el otro. Aún no hay límites, aún no hay fronteras, ni tampoco escenarios que atravesar. Como con Frank, la representación de la vida en un escenario. El escenario vacío, soy incapaz de pisarlo y mis niños a punto de cumplir los dos años y aún tan bebés. Podría decirle eso a Madison, aún son bebés, aún me necesitan, no puedo dejarlos todo el día en la guardería o con mi madre, y Frank trabaja hasta muy tarde, es demasiado pronto para ellos...

Estoy desafinada. No vibro bien, no resuena bien mi caja interior, mis sentidos están desajustados. Ni siquiera el olfato. Mientras Frank cena en la mesa del salón, cojo el vaso de *whisky* que él ha dejado sobre la encimera de la cocina. El hielo se ha derretido, y ya no sabe a nada. Dicen que el sentido del gusto y el del olfato están unidos, que si uno no huele, no sabe. No sabe, no *sepo*. ¿Y si volviera? Siento que si lo hago algo terrible va a pasar. No sé qué. Es una sensación indeterminada, ni siquiera sé de dónde proviene. Quizá es una excusa que ni yo misma logro enunciar y se me presenta como una sensación difusa de frío, de calor; de calor, de frío en todos los lugares y en ninguno, en la transpiración de las manos, la presión en las sienes.

Mara, ¿y mi traje gris? Lo has traído de la tintorería, ¿verdad?

Lo siento, aún no. No estaba listo.

No lo puedo entender, no sé cómo pueden tardar tanto, deberías cambiar de tintorería. Te insistí, creo que fui muy claro: lo necesito sin falta para el miércoles. No sé qué pasa con mis trajes, no lo entiendo o es que tú...

Bueno, Frank, seguro que para mañana está perfecto, no te pongas así, tenían mucho trabajo. Iré mañana sin falta, lo tendrás para el miércoles.

Mara, mañana es miércoles, tú como últimamente ni te quitas esa cosa para andar por casa, pues te has olvidado de que hay plazos, y mañana firmamos el contrato y necesito...

Sabes, Frank...

Qué.

Olvídame.

La tarde del miércoles fue cayendo con luz evanescente sobre los límites del piano. Me quedé

arrebuja en el sofá, contemplándolo, tan solo luz, hasta que los niños despertaron de la siesta y comencé a preparar la cena. Había agradecido esas horas a solas, pensaba mientras lavaba los guisantes, jugaban entre mis dedos, saltaban las notas, puntos verdes que colocaba entre fusas y semifusas, abiertas, cerradas en las escalas de agua bajo el grifo. Después comencé a pelar las patatas, y mientras la monda se enroscaba entre mis manos, la melodía se fue trenzando.

Frank llegó tarde a cenar, como siempre, y como siempre calculé la hora una hora más tarde de lo que él me había anunciado. Pero aun así parecía de buen humor. Pensé que todo había ido bien en la reunión y respiré con alivio.

Deberías volver a las clases ¿no te parece?

Frank se servía más guisantes de la fuente y trataba de alcanzar la de puré de patata. Me dieron ganas de alejarla de su alcance y ver cómo se estiraba aún más y más y más, y ver si podría ir más allá; su brazo quedó extendido en el aire sin el menor esfuerzo. Le alcancé la fuente del puré de patata.

¿A las clases?

Sí, ¿Por qué no retomas las clases en el conservatorio? Deberías volver, ¿no? Antes te encantaba dar clase. Puede que te hiciera bien volver. Al fin y al cabo, solo se trata de empezar poco a poco.

Sí, poco a poco.

Perseguí un guisante por el plato, empecinado en no dejarse pinchar. Le di caza. Lo ensarté con el tenedor. La piel se rompió y una crema verde manó de su interior. Sentí lástima por él y no lo comí. La porcelana blanca del plato me pareció el escenario de un crimen. Observé a Frank que masticaba con placer y cortaba un gran pedazo de carne recalentada de la cena del día anterior.

He recogido tu traje. Ha quedado perfecto.

Qué bien, contestó, y movió la cabeza con aprobación mientras daba cuenta del puré y los guisantes de su plato.

Esperé algo. Nada. Solo una cabeza mirando un plato de guisantes con puré de patata y rastros rosados de carne.

Creo que es de nylon, añadí.

¿El qué?

Tu traje. De nylon.

Ah, bien.

Los instrumentos con cuerdas de nylon no necesitan alma...

Qué...

Nada.

Recogí mi plato y lo llevé a la cocina, raspé la mancha verde con el tenedor y me libré de la culpa. Tomé una naranja del frutero y me senté de nuevo en la mesa, corté la cáscara con precisión quirúrgica, sintiendo las gotas ácidas salpicándome las manos y la cara, arrancándole después la piel, como a una res desollada. Él encendió un cigarro.

Esta tarde he hablado con Madison, me ha llamado y me ha dicho que deberías volver, ya están preparando el programa de invierno; deberías hablar con él. Por cierto, dice que vayamos a cenar un día a su casa, con él y con Jane. Y que llevemos a los niños si queremos.

No es buena idea.

¿Por qué? No nos dejarían cenar tranquilos.

Bueno, ayer no tuvimos problemas en la cena.

No, no tuvimos problemas porque estaban durmiendo en su cama, y porque Sam y Claudia no hablan a voz en grito como Madison.

Cuando duermen les gusta escuchar música. Les pongo grabaciones de mis ensayos. Desde que nacieron, no ensayo en casa, pero a solas, en el conservatorio, toco para ellos y grabo mis interpretaciones. Me siento al piano y toco para mis pequeños. Sé que les gusta. Duermen plácidos y me conocen; por mi música, por mis pisadas, por mi voz, por mi olor. Me aseguré de que fuera así. Me aseguré de que me sintieran siempre muy cerca, para cuando no estuviera. Mientras se quedan dormidos les canto, tarareo melodías, pongo grabaciones de mis piezas, y no dejo de acariciarles la cara, las orejitas menudas, los labios suaves y entreabiertos.

Entro en la habitación y desde la entrada aspiro el aroma profundo de mis hijos, acaricio la mejilla de Estephanie, desciendo por su cuello, la pequeña colina de su hombro y su brazo, por la pierna izquierda hasta el pie y asciendo por el pie de Christian, acariciando su pantorrilla, el cuerpo encogido, y recorro su espalda hasta encontrar los rizos de la nuca, en los que me entretengo, y de nuevo desciendo por la carita de Stephanie y su pecho y los brazos y sigo por ese organismo único que son mis dos hijos en la placenta de su cama. Me llevo la mano a la boca, y huele a naranja.

Cierro con suavidad la puerta de su habitación. Por la puerta del salón veo el pie de Frank enfundando en una zapatilla de cuero *beige*.

¿Se han dormido ya? Me pregunta.

Contesto que sí con un gesto afirmativo. Él me invita a que me siente a su lado:

Ven, siéntate conmigo, y golpea el sofá con la mano. Y yo ansío hacerlo.

Me voy a la cama, contesto, estoy muy cansada. Creo que me dormiré enseguida.

No sé por qué no voy a su llamada, por qué lo evito desde que nacieron los niños. Él no lo menciona, supone que es cosa del embarazo, de los niños, de mis cambios. Le echo de menos y lo evito: lo deseo y lo evito. A él parece que no le importa, y eso me enfurece.

No soporto la tibieza de la indiferencia. Me acerco hasta el sofá, me inclino y beso sus labios que me responden blandamente. Recorro el pasillo hasta nuestro dormitorio. Hay días en los que preferiría dormir sola. Hoy es uno de ellos. El otro se me impone ajeno y no deseo compartir mi espacio con nadie. Necesito escuchar mi respiración, serenarla, afinarla, reconocerla sin interferencias, para poder pulsarla y recomponer la melodía que se deshilacha.

Al cabo de una semana nos encontramos con Madison y Jane. Vinieron a casa a cenar, él les invitó.

¿Qué te pasa? Me preguntó Madison en la cocina. Estás en otro lugar. Durante toda la cena apenas has abierto la boca. ¿Vas a volver? Deberías empezar a practicar el repertorio, cuento contigo para los conciertos de invierno.

No sé qué decirte, Madison.

¿Qué sucede, Mara? ¿Va todo bien?

No, no es nada. Solo cansancio por los gemelos. Y que son muy pequeños aún, no sé si debo dejarlos todo el día... quizá deba esperar un año más.

¿Un año más? Mara, si no vuelves ahora, no podrás hacerlo nunca, y tú lo sabes.

¿Seguro que va todo bien?

Sí, seguro.

Te haré llegar el programa con las piezas que estoy estudiando, y las partituras para que empieces a trabajar. Espero que me ayudes a cerrarlo, aún tengo dudas y quiero que elijas las piezas que te gustaría interpretar, había pensado en *Tristán e Isolda*, en el «Preludio». ¿Qué te parece?

Me da un ligero empujón con el hombro, ¿te parece?

Me parece, contesto.

A la mañana siguiente dejé a los niños con mi madre, aplacé todos los recados y me fui al conservatorio. Entré por la puerta de atrás. Marcos me lo consiente todo, siempre nos hemos llevado bien y cuando se lo pedí no tuvo ninguna objeción. Un día, cuando me pedía que dejara el ensayo, me preguntó:

Señora Nielsen, ¿usted tiene un piano en su casa, verdad?

Sí, le contesté.

Y, si no le importa que le pregunte, ¿por qué viene aquí?

No sé, Marcos. Allí no puedo tocar.

Lo siento, pero tiene que irse. He de cerrar. Hace más de una hora que debería haber cerrado.

Cuánto lo siento. Perdóneme, Marcos. Soy una desconsiderada, estarán esperándolo en casa.

Bueno, hablé con Gloria y le dije que estaba usted aquí y como tocaba tan bien, tan concentrada, no me atreví a interrumpirla, pero Gloria me ha llamado y he de irme.

Por supuesto, Marcos. Acabé de guardar las partituras en mi carpeta y cerré la tapa del piano precipitadamente.

Salí de la sala avergonzada, como si me hubieran pillado en una falta grave. Grave. Las teclas negras, los graves, los lugares oscuros que matizan las notas claras, que dan consistencia a las que cobran demasiado vuelo, la armonía, los matices de la luz y, de nuevo, la luz era otra vez grave.

Aquella noche no pude dormir, estaba inquieta, no podía concentrarme en nada ni siquiera en tocar mentalmente con los dedos sobre mi estómago como otras noches de insomnio. Pensaba en las primeras frases musicales del Preludio, preguntas inacabadas, la armonía rota por los graves que una y otra vez volvían a formularse y se extendían sin llegar a resolverse. Frank se esponjaba a mi lado intentando defenderse de mi malestar, del estado contagioso que atravesaba las membranas de su sueño.

Me levanté de la cama en silencio y fui al salón. Al fondo, el piano. Negro. Apagado. Grave. Levanté la tapa. Las teclas negras parecían ausentes; las blancas, difusas, me recibieron. No me atreví a sentarme en el banco. Me hubiera sentido obligada, y aún no estaba preparada; no sabía si volvería a estarlo nunca. El cuerpo sabe. Las manos saben. Espero que cuando lo haga, cuando me sienta de nuevo, hagan lo que deben. Sentí un roce en la pierna que me sobresaltó, era Christian. Lo tomé en brazos y lo llevé a la cama. Tiene un oído prodigioso. Es un murciélago. Él no necesita

luz para encontrarme.

Ven, mi vida, lo tomé en brazos y deslicé palabras en su oído. A él podía contarle. ¿Y si finalmente lo hiciera?

A la mañana siguiente llamé a Madison, y le dije que sí, que contara conmigo. Quedamos en vernos esa misma tarde. Estudiamos el repertorio, la composición del cuerpo de músicos y me entregué al estudio de las partituras, el «Preludio» y la «Invocación de la noche». Me encerré en el conservatorio y arranqué al piano todos los acordes atrasados de un año.

Esperé detrás de las cortinas de terciopelo rojo. Sentía el calor del terciopelo sobre la piel que me ardía bajo el vestido negro. El piano, en el centro del escenario. El suelo de madera clara brillaba como el agua. Se oía el murmullo en sordina del público al otro lado, una marea densa de voces indiferenciadas, sumidas en un tono monocorde de espera. Sentí cómo el sudor resbalaba por mi escote, entre los pechos y lo retiré con los dedos de forma instintiva. Era el momento. Tenía que salir. El brillo del piano bajo los focos estallaba en reflejos hirientes, negros y acharolados, y en él se reflejaban zonas del escenario, formas extrañas y deformadas.

Comprobé el recogido del pelo, estiré el vestido, respiré hondo. Tan solo un paso, un solo paso para entrar a escena, atravesar el suelo claro de madera que me separaba del piano. Intenté mover el pie derecho, avanzar. Me quedé rígida, con los brazos congelados a lo largo del cuerpo. El murmullo al otro lado fue en aumento y la marea alcanzó los zapatos alineados, en el borde, el uno junto al otro, incapaces; sentí que la marea mojaba mis pies, ascendía por los tobillos, alcanzaba el borde del vestido, crecía en un ola que se ondulaba hasta mí y la asfixia me atrapó bajo una capa de madera líquida. Hui del auditorio. Paré un taxi, fui a casa, me deshice del vestido y del peinado, tiré los zapatos contra la pared del dormitorio y busqué en el armario qué ponerme, algo que me sirviera, revolví entre los jerséis, las camisas y pantalones, sin ver; ciega, saqué todos los trajes, los míos, los de Frank, fui al salón hasta el piano y traté de colocar los dedos temblorosos sobre una escala hostil.

Entré en la cocina, agua, un poco de agua, el vaso resbaló y se rompió contra la fregadera, tomé otro vaso del mueble y lo lancé contra el suelo, y otro, y otro, y platos y fuentes y todo el interior del armario estalló en pedazos ante mis pies en un estruendo sinfónico. Cuando Frank llegó, entró por la puerta, y me encontró ya exhausta, con el rímel ennegreciendo mis ojos y un reguero de desastre por la casa, me preguntó: ¿Pero qué te pasa, Mara?

Se acabó, Frank.

Fui a la habitación, me puse una de las camisetas que estaban en el suelo. Entré al salón y me abalancé sobre el piano, levanté la tapa y abrí la caja y comencé a tocar, y continué tocando con desesperación y certeza. Sentí la música quemante bajo los dedos, y el miedo, el deseo, la culpa, y sentí cómo el alma vibraba y se tensaba en el límite necesario de placer y dolor; de fiereza y contención; de emoción y técnica; y la caja se abrió y resonó en mí con lucidez y fuerza: un resorte vibró y se tensó en mi interior hasta que las cuerdas que me ataban estallaron como látigos, mientras el alma resistía y me mantenía unida a la caja de resonancia. Cuando terminé, las teclas se deslizaron suaves y templadas, recuperando su presión y su lugar: solo una vibración de marfil

y ébano bajo la piel cerrando el último acorde del preludio.

Frank había permanecido allí, escuchando en silencio. Vi un brillo de balsa en sus ojos. Vi el amor puro, que volvía a mirarme. Lo que yo más amaba; lo que más nos separaba. Yo había tratado de contenerlo, de refugiarme en él y en los niños. Pero me estaba paralizando, aletargando, anulando. Ya no puedo, le dije. Él me devolvió un beso con todo lo que no me había dicho en meses. Recordé que Pandora cerró a tiempo la caja, donde aún conservaba la esperanza. Y yo cerré la tapa del piano.

Me metí en la cama. Dormí hasta la tarde del día siguiente. Sola. Frank se llevó a los niños a casa de mi madre y durmió en la habitación de invitados. Cuando me levanté, ya no estaba.

Hoy salgo a tocar, atravieso el escenario y camino hasta el piano. Me siento en el banco. Madison me mira desde el atril, lo golpea suavemente con la batuta y reclama atención. El silencio suena. Y lo rasgo en un movimiento que desciende limpio sobre el teclado.

EL BAÑO

No sé si barrer o fregar los pelos del cuarto de baño. Es un gran dilema: paso la escoba sobre el suelo mojado o friego el suelo mojado y arrastro todos los pelos pegados a la fregona... En realidad odio limpiar el baño. No solo por estos dilemas (que también), sino porque salgo con un colocón de lejía que me quema la garganta, me abrasa los pulmones, me arde el pecho. Pero yo soy así, extremosa. Si limpio, lo hago a conciencia, aunque caiga desmayada sobre la taza del váter. La música de AC/DC llega por el pasillo y entra al cuarto de baño, *Thunder!*, y acabo con los últimos pelos (escoba, al final ha sido escoba, aunque el suelo mojado produce una adherencia que me repugna): *Thunder!* Es por eso que me cuesta tanto hacer las cosas, porque las hago a conciencia. A veces pienso tanto en hacerlas que es como si ya las hubiera hecho. En una ocasión escuché a un escritor decir que los escritores somos seres mentales. Puede que sea así, pero he descubierto que las cosas no se hacen mentalmente. La mierda sigue ahí; aunque pienses en ella.

Mentalmente he limpiado hasta el último rincón del baño antes de empezar a hacerlo. Para cuando voy a empezar ya estoy tan agotada como si lo hubiera hecho. Solo que ahora es peor porque agachada sobre la bañera me cuesta respirar y me duele la cabeza. Ahora remato con agua, fregona y limpiasuelos. De rodillas, a mano, con un estropajo, un balde de agua y un trapo seco como lo hace mi madre, a estas alturas, me niego. Creo que paso de rezar a la Meca para limpiar el baño. He de reconocer que me despierta cierto sentimiento de culpa, de saber que no está bien hecho, que en alguna esquina aún pueden habitar oscuros y microscópicos seres, pero definitivamente, me niego. Alcanzo el borde de madera del suelo del pasillo y veo cómo brillan las baldosas, *Thunderstruck!* Suena el último acorde de AC/DC.

He limpiado el baño en bragas y sujetador (si mi madre me viera). En tres minutos salto a la bañera para darme una ducha, ahora soy yo la sucia, aunque no sé si podré aguantar el picor de nariz y el escozor de garganta.

Desde la puerta del baño veo la parte superior de mi cuerpo en el espejo: las tetas no están mal dentro del sujetador negro que las ampara, pobrecitas, tantos sobresaltos desde que nacieron los mellizos. Los guantes rosas de plástico estropean cualquier ensoñación. Supongo que estarán a punto de llegar. Así que tal y como estoy, dejo la puerta del baño abierta y con cinco toses por el pasillo alcanzo la cocina, me pongo a pelar unos puerros para la cena. Sé que tendré lloros y

pucheros, pero más me jode a mí hacer el baño. Él los traerá. Los tres duchaditos, con olor a cloro de piscina. Toda la familia transpirando limpieza y desinfección.

Entra por la puerta y delante de él corren los dos bichos que tengo por hijos. A cada cual, peor. Ya sé que no debo pensar esto, pero hay días que los llevaría yo misma a la piscina y les daría el último baño. Me gusta AC/DC. Lo escucho a solas con el volumen muy alto. Mi marido me mira *Thunderstruck* desde la puerta de la cocina. Ni me he dado cuenta de que sigo en bragas y sujetador, calcetines a rayas, puerro en mano. ¿Pensabas darme una sorpresa?, me pregunta con sorna. Vete a la mierda, susurro tronchando el puerro en el límite donde el blanco se vuelve verde oscuro. El sonido me reconforta y el *Aaaaaaaaahhhhh* de AC/DC resuena entre mis manos. Me echa una mirada y pasa de largo por la puerta de la cocina con una enorme bolsa de deporte. Al fondo de la casa, supongo que en las habitaciones, oigo a los mellizos pelearse, como cada noche, como cada segundo.

Pongo la olla al fuego y me voy a la ducha. Bajo el agua no oigo la explosión, pero cuando tras la ducha caliente, salgo del baño y entro en la cocina, veo una masa verde pegada al techo y una baba lechosa escurriéndose por todos los muebles y paredes de la cocina. Las cosas naranjas incrustadas en la rejilla del fluorescente de la cocina, deduzco que son zanahoria; algunas plastas verdes caen al suelo. La panda del cloro llega corriendo por el pasillo y se agolpa tras de mí, me giro y veo sus caras de pasmo que miran la cocina y me miran a mí alternativamente. Respiro profundamente, dolorosamente, lejiosamente. Paso entre ellos y me encierro en el dormitorio. Me seco, me visto. Hago la maleta. Lo siento, chicos. Cierro la puerta y salgo de casa.

En la calle paro un taxi y le digo que arranque. ¿Adónde la llevo, señora? Insiste, siga, yo le aviso, le digo por tercera vez. Me resbalo en el asiento. Miro las luces de la ciudad. Está llena de adornos navideños, horteras luminiscencias que pasan zigzagueantes al otro lado de la ventanilla. Llegamos a Gran Vía. Las luces se vuelven más sofisticadas y casi me gustan aquellas que parecen copos de nieve en las ramas de los árboles. Frente al Arriaga le digo al taxista que pare. El Petit Palais me parece suficiente para esa noche. En la habitación me tiro boca arriba en la cama y observo el techo. Perfecto. Me desvisto y me meto entre las sábanas.

No pensaba quedarme, pero llevo ya tres noches. Que ya volveré, les he dicho. Desde que nacieron no he escrito una sola línea. Un día Alberto me dijo en el coche: Mamá, ¿por qué la realidad es tan grande? No sé hijo, le contesté estupefacta. Adrián mientras tanto trataba de morderle la oreja a su hermano. No me dio tiempo a contestar. Pronto comenzó a llorar y le siguió Adrián que bajaba la cabeza por los tirones de pelo de su hermano, que ya lloraba con toda la boca abierta. La verdad, no lo sé. No sé por qué la realidad es tan grande, ni cómo un niño de cuatro años me hace esas preguntas ni cómo un niño puede conducir, mirar hacia atrás por el espejo, vigilar a mis hijos, hacia delante la carretera, a los lados, y tratar de pensar en silencio. En silencio. De buscar palabras en algún lugar. Dejo a los niños en el colegio, y acudo a la reunión con mi editor en el Café Iruña. Me mira condescendiente. Es un cretino. Ahora lo veo cristalino, que rima con cretino, y con bovino y anodino. Edgar me ha señalado las repeticiones de mi último cuento cuando mi personaje, Christian, encontraba el «pergamino» y un poco más adelante el río era «cristalino». Y a quién le importa. A mis hijos no, y a los amigos de mis hijos tampoco, ni a los hijos de mis amigos, ni a los amigos de los hijos de mis amigos. Mira como rima, Edgar.

La última vez que di un recital en un colegio, fue la última vez. Los niños estaban sentados en

el suelo del aula y la profesora les pidió que guardaran silencio para que yo les leyera alguno de mis cuentos. Al principio estaban tranquilos, sentados en el suelo sobre una alfombra de plástico de colores y algunos cojines; cabecitas alineadas como pollitos de granja. Pero a medida que empecé a leer, uno empezó a sacarse un moco inmenso, otro a revolverse inquieto, a levantarse y a volver a sentarse, y yo me centré aún más en la lectura del cuento, tratando de entonar mejor y capturar su atención, pero fue el efecto dominó: desde el del moco de primera fila hasta el último pegándole con el cojín al niño que tenía al lado que lloraba como si lo estuvieran matando. Uno de ellos se acercó a mí tratando de sentarse en mis rodillas, tirando del libro hacia abajo, «para ver los dibujos», decía; que no tiene dibujos, cariño, le decía yo, empecinada en seguir leyendo cada vez más rápido y que surtiera algún efecto, y acordándome de la santa madre de la profesora que había dicho empalagosa con los dedos pulgar e índice juntitos: vuelvo en un minuto. El niño retaco que tenía al lado, me tiraba ahora de la manga pidiéndome algo que yo no comprendía, una y otra vez, una y otra vez, hasta que lo agarré por los hombros y le grité: ¿Cuántos niños hay aquí: muchos o pocos?! Él con enormes ojos llorosos dijo despacio con una voz de lloro: muchos.

Pues, eso, somos muchos. Grité. Y muchos se callaron de golpe. Y también de golpe se pusieron a llorar. Justo después entró la profesora de los dedos empalagosos, que se los podía haber... Nunca más volvieron a llamarme de aquel colegio.

En el hotel, en la cama desde hace días miro el techo. Impoluto. Blanco. Perfecto. De vez en cuando recibo mensajes desesperados que ignoro. Estoy pensando en matar a Christian, ni pergamino ni río cristalino. Llamo a recepción y pido una botella de champán. Aquí llevo cinco días. Esta mañana he salido a comprar un pijama. Me he comprado un pijama verde de felpa peluche en una tienda de chinos por seis euros. Nunca antes había comprado así. Los pijamas son cosa seria. Por las noches pasaba frío. Ahora me torro de calor. Como con todo, o el hielo o el infierno. La china me ha dicho que es talla única, así que podríamos dormir dos o tres aquí dentro, incluida la china, que no tiene pinta de calentar nada, la china, digo.

He pensado en Christian. Séptimo día de hotel. Hoy he comprado una planta. Bueno, en realidad es una especie de cebolla, que he puesto con agua en el vaso del baño: es un jacinto blanco, aunque de momento solo es una cebolla. El que me lo ha vendido se ha empeñado en que el blanco es el más soso, que el blanco es blanco, que no tiene nada, que es mejor el morado o rosa. Coño, que lo quiero blanco. Bueno, pues ahí está la cebolla. Pero aún tengo que esperar para ver de qué color es. Cuando era niña también tenía uno en esta época y sus raíces se prolongaban como tentáculos blancos en el agua. No sé qué proceso me gusta más, si los tentáculos creciendo hacia abajo o el tallo verde creciendo hacia arriba. Ahora que lo pienso, hasta que florece es como un puerro.

Christian ya debería tener quince años. Haberse fumado algún cigarrillo, alguna borrachera, haberse besado con alguna chica, haberse pegado por alguna chica. Pero el pobre desgraciado sigue teniendo ocho años. A veces lo imagino en miniatura, como un bonsái al que han ido podando y embriando; alambrando para que no creciera. Pero siete años con ocho años, son demasiados. O crece o lo mato.

Estoy pensando en cambiar de hotel. También de pijama. Quiero uno con *Spa*, hotel, digo. Levantarme por la mañana y meterme en una piscina burbujeante de agua caliente. Pero cocción

lenta, por favor. No creo que me acerque de nuevo a una olla exprés.

Las raíces del jacinto van creciendo. Blancas. Uno no sabe a veces en qué dirección crece. En el caso del jacinto es cristalino: las raíces se prolongan primero hacia abajo y cuando el fondo del vaso de cristal las recoge en un ramo curvado sobre sí mismo que asciende, algo sucede y una punta verde de la cebolla comienza a crecer.

Echar raíces. Siempre me ha costado. Cuando dejé Turín para vivir en Bilbao pensé que me quedaría. Ahora creo que no. Regresaré al parque junto a mi colegio y a mi casa de San Salvario. Y dejaré volar a Christian.

Ayer estuvieron aquí. Los niños se quedaron parados en la puerta. El también. Después los cuatro sentados en el borde de la cama en una fila muda. ¿Qué tal en el colé? Les pregunté. No contestaron. Pero me enseñaron los muñecos del huevo kinder que su padre les había comprado por el camino: *Helio Kitty* y *Dora, la exploradora*. No había huevos para niño, me explicó él. Cuando yo era niña los huevos eran los mismos para todos. Abrías el huevo y aparecía el juego. A ellos no les importa, con tal de que aparezca algo bajo la capa de chocolate. A mí también me pasa. Siempre busco algo bajo la capa de chocolate.

No me gusta estar sola. Cuando estoy rodeada de gente busco la soledad, y entonces me encanta estar sola. Así no hay quien se aclare. Todos los días, desde que estoy en el hotel bajo a escribir a un bar de la esquina. Allí se cumple: sola en compañía de desconocidos. La mejor compañía para escribir. Estoy escribiendo algo que aún no sé qué es, pero va saliendo como un quesito bajo la presión de los dedos, abriéndose paso entre el papel de plata. Sartre decía que «el hombre es por dentro como queso derretido que al contacto con el aire se hace sólido y adquiere consistencia». Soy queso endurecido. Pero algo fluido va saliendo. Me siento en el bar y escribo. Un grupo de hombres brindan ruidosamente y un camarero se acerca y me deja sobre la mesa un chupito de orujo de hierbas. De parte de ellos, dice señalando a la barra. Levanto el chupito y me lo bebo.

Escribir es así, estar dentro y estar fuera. Estar en uno mismo y salir de uno mismo; tratar de leer la realidad, zambullirse y volver a respirar. Estar dentro y estar fuera. Y ahora estoy fuera. Lo elijo. Elijo escribir. Mirar y tratar de comprender, y desde aquí miro con una sensación de extrañamiento que siempre está conmigo. La realidad es tan grande... Yo a veces estoy tan extrañada que me cuesta volver a ella, ocuparme de las pequeñas cosas, de los horarios, de las rutinas. Me asomo por la ventana y veo a todos con las solapas de los abrigos subidas, cronometrados, sincronizados con el mundo, yendo a muchos lugares. Yo también corro y trato de vencer el cronómetro que se pone en marcha cada mañana. Por eso, me planto. Para pensar, para escribir. Sobre la mesa tengo el muñeco de *Helio Kitty* y a *Dora, la exploradora*. Me los dejaron mis hijos como regalo. Qué hacer con ellos. Cómo estar en el mundo y salirse de él para poder mirarlo, para tener distancia para ver, para que la vida no sea como un camión que te pasa por encima deslumbrándote con sus focos a la altura de los ojos.

Pago el café y el *pintxo* de tortilla y pido al camarero una ronda de cerveza para los hombres de la barra. Hace días que me observan pero ninguno se ha atrevido a hablarme. Creo que hay algo sagrado en la escritura, nadie se atreve a interrumpirla. Pienso en Hemingway, también escribía en bares y hoteles. El escritor que vive sus gestas, que se enfrenta al mundo y pone la carne, el cuerpo, la vida. Que se sumerge en el mundo para vivirlo. Pienso en Flaubert o en Kant, que nunca abandonó Königsberg, y me pregunto cómo vivir. Ninguno de los modelos me sirve. Y

pienso en Julio, en sus ojos oblicuos de gato, silencioso y tenaz, desmontando la realidad con inteligencia inquisitiva y lúdica. A él le sigo, es amigo. Ocupado en el mundo, en el lenguaje y en su tiempo, con aciertos, errores. Y Clarice: la superficie de un velo apacible de sensualidad, tumulto y violencia esperando ser rasgado.

Cuando escribo me siento poderosa, porque crezco. Quizá quien mira el tallo verde del jacinto, y únicamente espera la flor, no sabe mirar. No lo ve, pero algo sucede por debajo; las raíces blancas se extienden en un crecimiento lento, submarino, que como la escritura, me enraíza al mundo.

Al mes, Adrián quiso quedarse a dormir conmigo. Mi marido lo trajo y lo dejó aquí. Al día siguiente, llegó también Alberto. Ahora ya tenía sus mochilas en el armario, junto a mis cosas: pijama felpa peluche, abrigos, botas, cuadernos, muñecos...

Al cabo de dos meses el jacinto despuntaba con altura, Christian tenía veintitrés años, viajaba por África y se enamoraba. Mi marido aparecía a las doce de la noche con Alberto y Adrián de la mano. También se quedaba a dormir. Dormíamos los cuatro apretados y calientes.

Han pasado tres meses. Cada tarde o cada noche, alguno de ellos o todos van apareciendo en la habitación. Estoy pensado en volver a casa. Allí, al menos, tengo más espacio. El jacinto ha florecido: es blanco, su olor me asfixia en un cuarto tan pequeño. Christian, por fin, ha encontrado su camino lejos de mí y viaja amasándose entre las carnes de pantera de la mujer que ama.

Esta mañana me he despertado boca arriba: hay una grieta en el techo blanco perfecto.

DIANA

Lo habíamos acordado. Había costado conseguir la madre de alquiler. En Luisiana contactamos con una mujer, madre de cuatro hijos, que había sido vientre de alquiler en dos ocasiones. Una maternidad profesional, una madre profesional, subrogación lo llaman. Ella se llama Jane. Viajamos hasta allí, entramos en su casa. Nos recibió con un bol en la mano, lavaba verduras para la cena. Estaría en unos minutos. Efectivamente era una madre. Sus cuatro hijos nos rodearon como ocas. Y Mark, el padre de las ocas, nos recibió con un cerrado apretón de manos. A mí también, y un masculino y fugaz abrazo de medio lado. Ya estábamos allí. La cocina de madera natural, espaciosa con una gran isla en el centro y abierta hacia un salón donde las ocas jugaban y se peleaban por una consola en el sofá verde musgo. Me sentí como en una teleserie en la que yo era el público. Nos sentamos todos alrededor de la mesa, nos esperaban para cenar. Jane rezó por todos nosotros. Mark autorizó a los niños a cenar con un movimiento de cabeza. Iván y yo obedecimos instintivamente, y como las ocas, comenzamos a comer.

Después miramos álbumes de fotos, de sus cuatro hijos: Mark, Stevie, Patrick y David, y de sus otros dos bebés. Dos niñas. Christina y Sophie. Yo quería una niña y llegó Diana. Pero aún no lo sabíamos, así que pensé que tal vez sería un niño. Percibía el olor de esa casa, de esa familia y pensaba que quizá mi hijo oliera igual. Aspiré profundamente para atrapar aquel olor y registrarlo en mi memoria reptiliana.

Cuando llegamos a Bilbao traté de recuperarlo pero solo me llegó un sabor a náusea. Le dije a Iván que no me encontraba bien. En el aeropuerto estaba impaciente por llegar a casa y revisar todos los papeles y sentarnos juntos en nuestro sofá rojo. En casa estaba impaciente por salir corriendo. A cualquier lugar, solo que no aparecía en mi cabeza la imagen de un destino posible, un lugar al que ir. Así que me quedé sentada en el rojo. Con los zapatos y la chamarra puestos, el bolso colgado de un hombro. ¿Qué haces ahí?, me preguntó Iván. Nada. Solo pensaba. ¿Te das cuenta de lo que vamos a hacer? Claro, es lo que queríamos y por fin... Sí, por fin, le corté y me levanté con un deseo urgente de desmoldarme la ropa del viaje. Dudé entre el pijama y la ducha. Pijama, sin duda. Algodón y felpa. El nido perfecto. Por la noche, nos abrazamos. Yo sentía el corazón de Iván latiendo sobre mi omóplato. Tiene un corazón fuerte que bombea sangre para dos

cuerpos, el suyo y el mío. Mi corazón descansa, se une al suyo y firmo un armisticio con el mundo. En el calor de las sábanas, adherida a él, envolviéndome como una funda caliente y saludable. Iván es así. Llano, completo, sin fisuras, sin dudas. Yo siempre hacia delante y hacia atrás. Y volviendo una y otra vez sobre mis pasos para comprobarlo.

Desde nuestro viaje, esto se había vuelto aún más evidente y molesto. Tenía que comprobar una y otra vez si había cerrado la puerta de casa; en ocasiones el ascensor ya llegaba a la planta baja y tenía que volver a subir hasta el piso veintidós para comprobarlo: metía la llave en la cerradura y la giraba para comprobar que hiciera tope. Y al dar la vuelta para sacar la llave, volvía a dudar. Entonces abría la puerta y me decía: ahora está abierta, ahora voy a cerrarla. Y la cerraba tratando de concentrarme en esa acción, en los sucesivos movimientos de encajar la puerta en el marco, introducir la llave, girar una vez, girar otra vez, girar una vez más y comprobar que no podía completar la vuelta y regresar al punto en el que podía extraer la llave de la cerradura.

Había puesto todos mis sentidos en ello, con una atención quirúrgica, pero aun así dudaba de que lo que acababa de hacer hubiera sucedido y lo comprobaba y comenzaba una vez más. Angustiada y estúpida, atrapada en la puerta de casa como en un cepo. Pero mi cabeza no estaba con mi mano, y al final cogía de nuevo el ascensor y descendía por el túnel vertical de la torre en la que vivíamos como en caída libre y me parecía que todo había sido un sueño. No recordaba haber cerrado la puerta. Pero me obligaba a salir del portal, a atravesar las dos puertas de seguridad, y a confiar. Lo mismo con el coche, con el móvil, la cartera, las llaves... ¿Lo habría cerrado? ¿Las habría cogido? ¿O las había dejado en la cerradura de la puerta? Ah, estaban allí, en el bolsillo interior del bolso, y el móvil... comprobaba que estaba en el bolso. Lo hacía varias veces, temiendo que hubiera dejado la cremallera abierta la última vez que comprobé que estaban las llaves, y hubiera perdido el móvil, las llaves, la cartera... Que al sacar la mano, prendida a la manga de la chaqueta, se cayera alguna cosa... Y así iba mi cabeza desligándose de mis manos que tocaban y palpaban fondos de bolso, giraban llaves una y otra vez, y abrían y cerraban cremalleras y puertas.

Cuando nos mudamos a las torres de Isozaki compramos un piso con una sola habitación, no entraba en nuestros planes ser padres. Nuestra habitación nos ofrecía una pantalla panorámica a la ría con amaneceres rojos y violetas y noches negras de puntos blancos dibujando el contorno de serpiente de la ría. Ahora tendríamos que buscar otro lugar para vivir. Pero con todo lo que habíamos invertido para conseguir a Diana, planificamos dos o tres años en los que la mantendríamos en nuestra habitación.

Diana llegó y nuestra vida giró y dio la vuelta como una noria que para súbitamente; los que estaban arriba quedaron abajo, en la base de la rueda, y los que estaban abajo se columpiaban arriba rítmicamente. Nosotros nos quedamos suspendidos arriba, yo miraba hacia abajo, hacia los lados y solo veía puntos borrosos y alejados, y sentía el calor de Diana sobre mi pecho. Un ardor que me tentaba a abrazarla más fuerte o a expulsarla lejos de mí como un carbón ardiente.

Iván nos miraba embobado, arrobado en la seguridad de su carne de hombre que no sabe nada de entrañas. Y es que las mías se revolvían por acoger a las de otra mujer. Pero llegó el momento, en lo más alto de la noria, en que supe que esa niña no era mía, y que nunca lo sería porque era

piel, carne y sangre de otra mujer y contra eso no yo tenía nada que hacer. Era una extraña. Yo la miraba desde la cama y buscaba en el catálogo de emociones que se supone debería estar experimentando. Y no encontraba ninguna que me sirviera.

Le pedí a Iván que se ocupara él de los biberones, yo me pongo nerviosa, dije, y la niña no los toma. Y los miraba, ambos plácidamente, como si llevaran juntos toda la eternidad, incluso antes de que ninguno de los dos naciera ya debían conocerse. Y yo, miraba desde lo alto de la noria y veía abajo, la ría, y pensaba en la serpiente de agua deslizándose cada noche. Y de día pensaba en la otra torre, mirando la misma agua que yo veía, desde otra ventana y otros ojos. Tal vez debería verme desde esos ojos. Y por un momento me sentí afortunada. Estaba aterrorizada. Teníamos que avisar a familia y amigos. Cómo explicarlo, si no... Todo había sido muy largo y ahora parecía haber sucedido demasiado rápido.

Iván conocía mis cambios, que no importaba, decía, pero en realidad no lo soportaba. La idea de mudarnos a las torres de Isozaki y dejar nuestra casa de Getxo fue mía. Iván no quería que la vendiéramos pero no tuvo más remedio que aceptar, primero, porque me empeñé, y segundo, porque era la casa de mis padres y yo ya no quería continuar allí más tiempo. Una casa de familia sin familia. Pensé que era mejor aceptarlo, y trasladarnos a un piso de una habitación donde no hubiera huecos vacíos y el recuerdo de mis hermanos corriendo por los pasillos y jugando en la terraza en los veranos del norte, escasos y luminosos. A veces abrasadores, cuando insistíamos en jugar en la terraza después de comer. Mi hermana Miriam y yo sentadas en el terrazo ardiente y mi hermano Luis y Miguel haciendo teatro, imitando a Miliki y Fofito, entrando y saliendo por la puerta de la cocina y gritando: *¿Cómo están ustedes?!*, y chocándose y cayendo al suelo como muñecos de goma para nosotras.

Ahora me cuesta recordar o señalar en un punto concreto de la memoria o de nuestros días cuándo germinó como un huevo lento la idea de buscar nuestro bebé fuera de nosotros. Otro vientre, otra mujer, otra madre. Poco a poco comenzó a anidar en mí la imagen de un huevo vegetal; el recuerdo infantil de algodones húmedos gestando alubias o lentejas que germinaban lentamente en el fondo de un vasito de yogur danone hasta poder trasplantarlos a la tierra. El lugar donde deberían arraigar y crecer. Como nuestro bebé, en una mujer yogur. Y de pronto nos vimos inmersos en el proceso. Sin apenas discutirlo. En un frenesí de indagaciones, trámites, préstamos, una segunda hipoteca, y como un organismo único respirábamos inhalando y exhalando el mismo aire, acurrucados bajo las mantas, anidando la espera.

Las esperas no son siempre buenas y fueron sacando partes de nosotros que no habíamos previsto. Sobre todo en mí. Pensaba en mi tripa vacía y la mano de aquella mujer acariciando el vientre en el que crecía mi bebé. O imaginaba a su marido, al gordo y rubio Mark resoplando sobre ella y empujando con su pene hacia el lugar en el que se gestaba mi bebé. Entonces, me sacudía físicamente para librarme de esas imágenes, tan vividas y atormentadoras como una pesada manta de lana mojada que me aplastaba. Y pensaba por qué en ella sí, y en mí no, por qué en mí no.

Me hubiera gustado hacerlo en la terraza pero en su defecto llené el cuarto de baño con vasitos de yogur que secretamente había ido rescatando de la basura. Cuando estuvieron todos, dos hileras como soldados custodiando mis nidos de algodón, Iván no tuvo valor para decirme nada y movió

la cabeza con preocupación. Pasó por encima de las dos hileras para entrar en la ducha. Dejó caer la toalla que iba a utilizar para secarse y yo le advertí agria, «cuidado con mis algodones». Me miró a punto de estallar y me apresuré: es un experimento, Iván, déjame intentarlo, necesito saber si... Él suspiró, cerró la mampara y abrió el grifo. El agua manó y yo salí del cuarto de baño.

De niña, la terraza estaba llena de vida, de alubias y lentejas abriéndose paso en bolas de algodón; de gusanos de seda que nacían y morían y dejaban capullos grisáceos; de escarabajos verdes y pestilentes que Miriam traía, fascinada por sus brillos y refulgencias; alguna que otra mariquita que se cagaba y dejaba un rastro naranja y maloliente; los sapaburus en botes de cristal que a veces flotaban panza arriba; grillos en cajas de zapatos enzarzados en peleas de machos hasta la extenuación; y Caruso, el canario de mamá que cantaba tan alto que todos lo odiábamos porque nos despertaba los domingos. Todos menos mamá que le tarareaba melodías convencida de que las incorporaría al repertorio. El muy cabrón creo que lo hacía. Después llegaron los gatos callejeros, los perros abandonados y los disgustos por devolverlos a la calle tras un baño y una semana de discusiones e intentos frustrados de adopción.

En nuestra casa no hay sonidos de la calle, tampoco oímos a los vecinos. No hay voces en los patios ni se mojan las cuerdas con la ropa chorreante de la vecina, tampoco se abren ni se cierran ventanas. Todo se autorregula. Es un edificio inteligente, renueva el aire y respira por sí mismo. Vivimos en un cubo en el que una de sus paredes de cristal nos asoma al mundo. A veces no sé si somos los que nos asomamos al mundo o el mundo se asoma a nosotros, a ver cómo dormimos, cómo hacemos el amor o vemos la tele o nos preparamos la cena como actores en un escaparate. Temo que les falte luz y sol a mis nidos de algodón. Ellos no saben que viven un edificio inteligente. También temo no querer a mi bebé, solo querer la idea de mi bebé.

Cada mañana, mientras hago pis con el calor del pijama en los tobillos, observo la evolución de los algodones en los vasitos de yogur. Y hago recuento de los soldaditos danone por si Iván se ha librado de alguno de ellos. Él, probablemente, con su sentido práctico de la existencia, se desharía de aquellos que no ofrecieran una buena expectativa de desarrollo. A veces me pregunto si le gustaría hacer lo mismo conmigo y valore esa posibilidad dado mi bajo rendimiento. Yo siempre tan dada a guardar cosas inútiles... Tú siempre abanderada de las causas perdidas, me dice con cariño y cierto desdén, aunque no consigo calibrar la dosis de uno y otro en su voz, y luego ni siquiera te enteras de lo que pasa en el mundo, protesta mientras le pido que apague el televisor. Cómo decirle, explicarle una vez más que no puedo ver el telediario mientras estamos comiendo, que me duele el estómago, que la comida me hace mal, que me cae como mierda tóxica, que me sube un borboteo a la garganta que se hace bola en la tráquea y ya no puedo tragar, ni comer, ni respirar. Tan solo me siento enferma, y la carne se me hace bola, nudo, nido. Y aun así la rumio lentamente.

Cuando Jane y Mark nos avisaron comenzó nuestro viaje a los Estados Unidos: tres meses de vacaciones extraordinarias, eso fue lo que dijimos a nuestros amigos y familiares. Ahora, todos alrededor de Diana. Todos sentados en el salón, en el rojo, apostando al rojo. Presentando a nuestra hija. Una bolita en la ruleta, esperando a caer en el hueco adecuado, el exacto. Yo

contengo el aliento, con mi niña en brazos, y oigo la rueda girar, y los ojos de todos recorriéndola como dedos. Miriam me dice, déjamela, anda. Es muy bonita, deberíais habernos contado... Le entrego a mi hija, la bolita ha entrado, rojo, rojo exacto. A salvo en los brazos de mi hermana. Rompo a llorar, tantos meses esperando, le digo. Iván pasa su brazo por mi hombro, me atrae hacia sí.

En el baño de nuestra casa siguen los vasitos de yogur, el algodón está reseco y amarillento. Aun así, espero.

CADENA DE AVE

«Una jaula salió en busca de un pájaro».

F. KAFKA

A Clarice Lispector

Otto me trae semillas de lino, amapola, pipas de girasol, calabaza, sésamo... Hoy entra en casa y me muestra una bolsita de papel que sacude ante mis ojos, y su contenido sisea un juego íntimo que está por llegar. Me esponjo nada más verlo y un cosquilleo me revuelve la espalda y eriza mi nuca. Por la noche nos abrazamos y me acurruco en su pecho. A veces no puedo reprimir un arrullo. A él no le importan mis sonidos, él me ama.

Nos conocimos en el parque, yo miraba los gansos, los patos y los cines, y admiraba las plumas de los pavos reales, algunas con extremos pisoteados y sucios. Él caminaba alrededor del lago observándolos, observándome; tomaba fotos y escribía en un pequeño cuaderno, donde también dibujaba. Yo me dejé fotografiar sabiendo que entraba en el marco de su encuadre. Pasaron los días, coincidíamos en un baile de encuentros y huidas, hasta que una mañana tan solo me quedé quieta, y él se acercó.

—Te he visto aquí otras veces —me dijo, apoyándose con el codo en la barandilla sobre la que yo miraba las plumas aceitadas de los patos.

—Sonreí como una niña ante una bañera de patos de plástico amarillo. Él también se volvió a mirarlos.

—Vengo aquí desde niño —continuó tras una pausa, y escrutándome, me contó que conocía generaciones completas y las ascendencias de todas las aves del lago—. Soy naturalista y profesor de biología, pero este es mi entretenimiento desde la infancia.

Me despedí, pero ambos sabíamos que volveríamos a encontrarnos, y él preparó la celada. Era temprano, la hierba estaba mojada y algunas lavanderas me siguieron con pequeños pasos rectos, desprendiendo la lluvia de las cintas de hierba. Después, se elevaron sobre mí en un silencio blanco y gris. Y él nos siguió con la mirada.

En la intimidad me llama *Faiga*, con un *f* sibilante e hipnótica y hacemos el amor envueltos en el nido de mi cuerpo, que se abre para él como una bocanada y se cierra en un sofoco de placer bajo mis plumas. Sé que soy difícil y trato de no quejarme. Él me ama, siempre, a pesar de todo; temo que algún día deje de hacerlo. El dolor me vuelve tirana, y la rigidez de las alas me pone rabiosa. Él dice que no me porte como una niña caprichosa, y por las noches, con pomadas, masajea mis alas, agarrotadas tras todo un día de encierro, y en sus manos recobran la elasticidad. Él vigila su salud, repara las barbas rasgadas que atusa con los dedos siguiendo la dirección adecuada, llagas y heridas que no cierran, y mi espalda, que carga con una naturaleza doble, contraída, apretada sobre mí misma.

Todo fue bien hasta que los deseos de volar se volvieron incontenibles. De madrugada, él me encontraba en la azotea, calculando el salto, con las alas extendidas, agitándolas arrítmicamente, cada vez más rápido, esperando el momento en que el deseo sucediera.

Pero él siempre llegaba antes, me llamaba y yo volvía junto a él. Avergonzada y culpable. Otras veces, ni siquiera lo oía llegar hasta que me agarraba por el brazo y la presión firme de su mano me paralizaba como un fogonazo. Y me arrastraba a casa como si despertara de un sueño.

Fue entonces cuando nos mudamos a las torres, al piso veintiuno. Largas fachadas de cristal con ventanas que no se pueden abrir. Vivimos en una de ellas, que nos devuelve la imagen perfecta de su gemela en un juego de espejos y brillos que observo en el transcurso del día. Desde aquí veo el cielo y la simetría de las calles, me pego todo lo que puedo al cristal, pero no alcanzo a ver el suelo ni tampoco el final del cielo.

«Aquí estarás a salvo, mi amor, no has pensado en las consecuencias», yo despegaba los labios en el esbozo de una palabra de protesta. Él los besaba sellando nuestro mundo dentro de mi boca.

En aquellos días de aburrida comodidad doméstica recordaba mi infancia: el libro con láminas ilustradas de Dédalo e Ícaro huyendo del laberinto, y cómo, cuando al fin surcaban el cielo con las alas extendidas, Ícaro desobedecía a su padre, ascendía más y más alto, y el sol derretía la cera, y se precipitaba al vacío con una expresión de horror que yo intentaba descifrar, a la que se unía la voz de mi madre y su prohibición imprimiéndose sobre el papel lustroso de la cara y las alas desgajadas de Ícaro. Cerraba las tapas del libro y pensaba en su caída; en si merecería la pena.

Busco las alturas, pero en la torre de cristal empecé a enfermar. Las alas me colgaban inertes sobre la espalda, se me caían las plumas y algunas zonas de la piel aparecían ralas. La casa está llena de plumón que se eleva y revolotea. Algunas plumas largas y gruesas aparecen en el pasillo como huesos largos que aparto con el pie, otras, clavadas en la tapicería del sofá o prendidas a las cortinas.

Por las mañanas, una paloma blanca se posaba desde hacía semanas en el ventanal del salón. Me miraba con sus pequeños ojos, párpados de intermitencias rojas. Yo quería estar al otro lado del cristal, igual que ella. Esta mañana, ya no estaba. Me he sentido traicionada.

A Otto le gustaba adornar la casa con mis plumas. Elegía las más largas y perfectas. Seleccionaba una. La colocaba en un soporte de barro simulando un tintero o sobre el aparador del salón, dispuesta a lo largo como un sable plumado, junto a otros trofeos de sus expediciones, plumas de búho real, huesos o cornamentas encontradas.

Cuando algún amigo durante una cena no podía dejar de mirarlas, él, siempre vigilante, se adelantaba a la pregunta y describía cómo la había encontrado en uno de sus viajes. Y mis plumas pasaban a pertenecer a una gran ave aún no hallada, pero cuyas características Otto describía con precisión asombrosa para deleite y fascinación de nuestros invitados. Yo me arrebujaaba en mí misma, ofendida y seducida por su relato; expuesta sin ser vista, temiendo ser descubierta, pero, con el tiempo, había aprendido a moverme en un rumor monosilábico de platos y vasos, servir la cena y el postre, y que si me mantenía en silencio, nadie me prestaría atención. El juego de estar presente y ausente, tan viejo y conocido, me liberaba de todos.

De niña soñaba que entre las costillas tenía un pájaro amarillo, le daba semillas y frutas, y estaba contento; pero aleteaba inquieto, y tenía que expandir mucho las costillas para dejarle espacio, y él lo ocupaba todo, tanto que no me dejaba respirar, y yo cogía mucho aire; abría la pequeña caja de esqueleto de mi cuerpo hasta que ya no podía más, y una tos seca y plumosa me asfixiaba, sentía sus plumas pegadas a la garganta, sabía que era él, que intentaba salir, que había descubierto un hueco por el que escapar... Y sentía que algo en mí se había obturado definitivamente, que no pasaría más aire hasta mis pulmones y el ahogo me ocupaba por completo, y me despertaba gritando, emergiendo del sueño con una gran bocanada, y tosía mientras me abrazaba a mi madre, que había acudido corriendo a mi habitación. Y todo en mi interior cedía, el aire entraba de nuevo libremente. Tan solo permanecía un resuello sordo en mi pecho. Pero sabía que él volvería a suceder, que él volvería intentarlo en cuanto me volviera a dormir.

Paso las horas en la Biblioteca Nacional, en el parque o en las riberas del Lago Sagrado. En la biblioteca leo o escribo. Escribo este cuaderno. En el parque me encuentro con otros pájaros. Los escucho y observo su vuelo, descifro sus mensajes y su canto, un fraseo musical cargado de armonía y urgencias. Observo la naturaleza y rastreo signos de mí misma. A veces, permito que se posen sobre mí, pero trato de evitarlo para no llamar la atención.

Hace unos meses, estaba completamente cubierta por gorriones y cuervos. Tenía los ojos cerrados, sentía el murmullo de las plumas y sus pequeñas uñas anidando en la cuenca de mis ojos; los limpiaron picoteando las pequeñas mucosidades adheridas, y después, comenzaron a ahuecar y atusar mis pestañas con sus pequeños picos y patas; por último, se instalaron con sus cuerpos de pluma ligeros y palpitantes, y el mundo desapareció bajo plumones pardos y suaves, y mis pulsaciones, cada vez más lentas, parecieron apagarse bajo el calor y la unión de muchos cuerpos pequeños: empecé a aletargarme en ellos, en su sincronía uniéndose a la mía, todos respirando como una gran ave, un gran fuelle de plumas y organismos ensamblados, hasta que los gritos y las piedras de unos chicos me obligaron a salir corriendo. Supongo que un amontonamiento de pájaros pardos sobre una figura humana sentada en un banco no puede más que aterrorizar o provocar el deseo de atacar. Desde entonces, procuro ahuyentarlos moviéndome lo suficiente para que no aniden sobre mí, y para evitar que yo desee tanto como ellos fundirme en su

plumaje.

De niña pasaba noches enteras sin dormir, de pie en una esquina de la habitación, contra la pared, asustada y alerta. Las alas abriéndose paso en la carne no me permitían dormir; el dolor, el escozor, el miedo. En un delirio quemante tenía ensoñaciones de un pájaro amarillo aferrándose a la roca de un acantilado con patitas huesudas y largas uñas, tironeado hacia el vacío, paralizado, temblando. A veces, dormía sin saberlo, con los ojos abiertos y cuando me despertaba me encontraba frente al espejo, mirándome, como recién nacida. Pequeñas garras emergieron de mi espalda, e hirientes, sajaron la carne desde el interior. Las llagas se fueron secando, se engrosó la piel y una callosidad selló lo que parecieron zarpazos en mi espalda. Pero en la pubertad, unos bultos reaparecieron, yemas ardientes, creciendo carnosos, bulbos inflamados, después, y finalmente, se abrieron en puntas blancas, picudas y alerta, cubiertas por una pelusa tan fina que parecía vegetal, aparecieron buscando el aire, olfateándolo, y todo en mí comenzó a vibrar.

Me encerraba en el cuarto de baño durante horas. Desnuda y aterrorizada, al principio. Después, envolviéndome en ellas, sedosas, cosquilleantes en la espalda, una cabellera de plumas deslizándose como un segundo yo bajo mi melena (cuyo crecimiento medía mientras se prolongaban por la espalda, se extendían en una curva precisa sobre los glúteos, y se unían y encajaban sobre mí como una doble perfecta). Y al fin, comenzó la belleza. La pluma nueva las cubrió por completo, y su flexibilidad y firmeza de junco y ave me hizo sentir completa y acabada.

Mamá trató de ayudarme y, juntas, fuimos disciplinando mis alas, aprendiendo a flexibilizarlas, a plegarlas de modo que quedaran recogidas sobre mi espalda como dos caparazones de pluma. Yo había obedecido la prohibición familiar de no utilizarlas; y se caerían por sí solas, como dientes de leche, me había dicho mi madre. Pero el tiempo pasaba, y allí seguían... De niña deseaba la compañía de otras niñas, pero siempre me alejaba de ellas. Las miraba jugar en el patio. Cuando me acercaba, se callaban de repente. Y yo me alejaba; me sentía descubierta. Creo que ellas lo percibían, y por eso me evitaban. Aprendí a ser prudente, a permanecer en una suspensión de mí misma, y a borrarle entre los cuerpos.

Un día mi madre me puso un plato de guisantes sobre la mesa, guisantes verdes, desnudos. Yo la miré y le pregunté sin hablar, porque ella sabía que los odiaba. Me dijo:

—Come.

—Hoy no pienso comer —protesté.

—Haz lo que te digo.

Y comencé a removerlos con el tenedor, con desgana, pequeñas bolas verdes se movían, aparecían unas y desaparecían, hasta que apareció una amarilla. Me quedé mirándola, con el tenedor en la mano.

—¿Lo ves? —me dijo—, es el amarillo entre muchos verdes, así eres tú. Creía que ya no sucedería, pero tú eres especial.

Un chillido de ave sonó en mi interior, pero no dije nada.

—Hubo otras antes que tú. La abuela me habló de su madre, y de la madre de su madre, y sus largas alas... Aunque ella no llegó a conocerla porque murió durante el parto, y yo que nunca

quise creerla... Mi madre me decía que era cierto, que estuviera atenta si algún día tenía hijas, y me contó qué hacer si sucedía de nuevo. Ojalá ella estuviera aquí... Yo a tu edad también sentía muchas cosas, aún las siento, y no las puedo explicar, pero ahora lo comprendo todo. Cariño, mírame, ¿os han hablado de Mendel en el colegio? —Levanté la cabeza del plato y la miré, sin comprender nada de lo que me estaba diciendo.

Le pedí a mi madre que guardara mi secreto, que no se lo contara a papá, y sé que ella se lo dijo, pero ambos fingíamos no saberlo. Mi padre, una tarde, me llevó a la huerta en la que cultivaba árboles frutales:

—¿Lo ves?, para que de este árbol nazca un árbol nuevo hay que hacerlo sufrir, y de ahí nacerá uno aún mejor.

Miré la savia reseca en los bordes del profundo corte en la carne de madera y observé la grieta en la corteza a través de la que avanzaba un tallo nuevo. Mi padre me acarició la espalda con delicadeza, y contuve las ganas de llorar. Yo buscaba explicaciones y me fijaba en los animales con desesperación obsesiva, había buscado en todos los libros sobre naturaleza en la biblioteca del colegio, y recordé las fotografías de ciervos, la gruesa piel sangrante desprendiéndose en jirones de carne y pelo de la poderosa cornamenta, y el hueso blanco y vivo al aire, para convertirse en uno nuevo cada año.

En el colegio todas las niñas estaban sufriendo cambios. Los niños, que siempre se habían mantenido alejados de nosotras, ahora merodeaban a nuestro alrededor atraídos por campos magnéticos desconocidos en un agolpamiento absurdo de cuerpos en las escaleras, en los ángulos de los pasillos, en la puerta de clase. Yo no permitía que nadie me tocara. Al mínimo roce, el dolor era extremo, y mi espalda sangraba por llagas que no cerraban. Mi madre consiguió un corsé ortopédico, una coraza para defenderme del mundo que me obligaba a permanecer muy rígida, pero que me protegía y albergaba con suficiente espacio mi secreto.

Yo soñaba que volaba, volaba sin esfuerzo nadando en las corrientes de aire, con las alas y los brazos abiertos, subía y bajaba entre las distintas capas de aire frío y caliente, me embriagaba en los colores de la luz como en un baño de mar. Volaba despierta por encima de mis compañeros en la clase de gimnasia, rozando con los dedos el techo y los fluorescentes del salón gris donde todos ellos hacían gimnasia, subía y bajaba sobre cabezas de lazos y coletas perfectas, sorteaba en zigzag las columnas y planeaba alrededor de ellas. Cuando acababa la clase, me levantaba del banco en el que había permanecido durante hora y media, y desde el que había mirado a mis compañeras hacer gimnasia, para salir andando junto ellas hacia la clase de matemáticas. Ellas, aún sudorosas y calientes; yo, rígida y plana dentro de mi corsé.

Un día, fingiendo dolor de estómago, salí del colegio antes de tiempo. Realmente me sentía enferma: la presión de las alas incrustadas en la espalda dentro del corsé resultaba insoportable, y me ahogaba dentro de mí misma. Aquel día era aún temprano, todos estaban ocupados en sus trabajos y no se veía a nadie.

Caminé por los terrenos que rodeaban el colegio, había un sendero de árboles y no más de alguna casa dispersa. Lo seguí y tomé un camino que discurría junto al río. Allí desaparecía el

suelo uniformado de adoquines y comenzaba la gravilla, piedras sueltas y fina hierba creciendo de forma desordenada, algunos dientes de león, apenas visibles si no se agitaran por el viento, y la tierra negra semioculta por la vegetación que crecía en formaciones propias y singulares descendiendo frondosamente hacia el río.

El sonido del agua me atrajo como una voz. El viento sopló con fuerza, desprendió los dientes de león, y el deseo de desprenderme yo también me desató las alas, que forcejeaban aprisionadas bajo el corsé. El viento frío de diciembre me azuzó, me mordió la cara y empecé a correr. Tiré la mochila, los libros, me quité el abrigo, el jersey, la blusa; me arranqué el corsé con desesperación: las alas se abrieron como látigos, las batí de forma espasmódica, doloridas y rígidas, las seguí moviendo, y por fin, completamente abiertas, me desplegué al viento. Me vencían hacia un lado y a otro sin poder dominarlas, perdiendo el equilibrio, pero en mi interior, una energía insuperable y elástica me iba llenando, tiraba de mi centro, hasta que un crujido pareció partirme el pecho. Sin aliento temí que se me parara el corazón, como un relámpago, mi esternón se proyectó puntiagudo, proa de barco y chasquido, se me abrieron las costillas en un grito, y sentí hasta en la última fibra de las alas la descarga que tiró de mí hacia el cielo. Las batí con fuerza y me impulsé en una ráfaga de viento. Extendí las alas cuanto pude, sentí el empuje, la resistencia y la fuerza poderosa de mi pecho y, por un momento, creí elevarme del suelo, pero no pude alzar el vuelo.

Abatida y exhausta, volví al camino a recoger la ropa y los libros. Pensé que algún día lo lograría, y de pronto, asustada, tomé conciencia de lo que acababa de hacer. Mi madre me lo había prohibido. Y me había explicado las consecuencias. La decisión muchos años postergada, había sido tomada. Mi naturaleza había hablado en una lengua, más clara y antigua que mi propio entendimiento y todo, a través de mí, ya había sucedido. A partir de ahora, yo lo intentaría cada noche.

Una voz a mi espalda emitió un gritito ahogado. Me giré y reconocí el uniforme de una niña del colegio que se alejaba corriendo. Me vestí y no paré de correr hasta llegar a casa. Me metí en la cama, me subió una fiebre altísima que se mantuvo durante una semana de delirios y sueños en la que no fui al colegio. Cuando lo hice todos se burlaron de mí. Me tocaban la espalda y golpeaban el grueso plástico del corsé. Se reían y me acusaban con el dedo, algunos movían los brazos y los agitaban con los codos hacia fuera y me rodeaban cacareando. Me acosaban manos y brazos rápidos e intermitentes cuyos propietarios no conseguía identificar.

Una niña me miraba desde una esquina del pasillo, apoyada en la pared con los brazos cruzados, no decía nada. Al cabo de un rato gritó: ¡Os digo que es verdad! Y entró en la clase dando un portazo. Yo me fui replegando contra la pared, me quedé en una esquina y finalmente me levanté el jersey, me abrí la camisa y mostré el corsé ortopédico que me llegaba al cuello, una coraza que se ensamblaba en los laterales sobre la cintura. Las burlas cedieron entre murmullos de pasillo y palabras hirientes.

Me quedé sola sentada en lo alto de la escalera del segundo piso, la señora de la limpieza llegó con el cubo y la fregona, y comenzó a limpiar los peldaños, yo iba calculando el tiempo que tardaría en alcanzarme. Me miró desde abajo mientras hacía presión con todo el cuerpo sobre el cestillo del cubo para escurrir la fregona. Si seguía haciéndolo, lo volcaría. Pero no lo hizo. Cuestión de práctica y equilibrio, pensé. Me sequé las lágrimas y bajé de puntillas sobre el suelo recién fregado hacia el primer piso; ella, con los brazos en jarras, me dejó pasar. Allí me

interceptó la directora y tuve que entrar a clase, sentarme en mi pupitre y ser una esfinge el resto de la mañana.

Otto y yo salíamos a avistar aves. Él era naturalista, a mí me hablaban los pájaros. Me rodeaban, acudían a mí, yo los veía en la ciudad y conocía sus vidas, secretas e insignificantes para otros; jilgueros posados en finas ramas de gramíneas trufadas de semillas maduras, bamboleantes bajo el peso de sus patas; los mirlos ruidosos del parque; petirrojos tímidos al amanecer; lavanderas entre la hierba y el rocío; y los gorriones pardos con sus crías de grueso plumón, siguiéndome, revoloteando a mi alrededor, reclamándome todos ellos; y los cuervos, en bandadas fijas sobre mí como zepelines lentos y sombríos. Y él, a distancia, nos observaba.

El domingo, Otto y yo fuimos al lago, las aves acudieron, allí los niños jugaban y una pareja joven se toqueteaba en un juego en el que fingían evitarse. Él me rodeó con el brazo, sentados en un banco los mirábamos, estiró las piernas, y en un suspiro de plenitud, dijo:

—Yo cuidaré de ti, menos mal que te he encontrado...

Y yo pensaba que sí, que él tenía razón, que a dónde iba a ir yo, ¿quién me iba a querer con mis deformidades secretas? Y pensé que, quizá, él también tenía razón cuando me acusaba de estar siempre quejándome, impertinente y tensa. Pero dolía. Me escocían. Me ardían las alas, y a veces se agitaban incontroladas, no las podía dominar, como si no me pertenecieran. O no las sentía y caía en un estado de tristeza y somnolencia que me mantenía aletargada durante semanas. Y allí, en sueños profundos y sobrenaturales, no ocultaba mis largos apéndices, ni me sentía atrapada, tan solo tenía que despegarme y volar sobre las copas azules de los árboles.

En casa, cada noche, veíamos juntos la televisión. Después cenábamos en silencio. Después, él recogía la cocina y me animaba a ir a la cama. Siempre en ese orden. Allí, cada noche, lo esperaba con la lamparita de la mesilla encendida, y él me llevaba una infusión. Él conocía mis sueños, y la infusión me ayudaba a dormir. Dormía profundamente.

Hace varias semanas, tres noches seguidas, soñé que entraba en la penumbra de una tienda estrecha y honda, con largas hileras de frascos de cristal en baldas a la altura de los ojos. Elegía un frasco, y una mujer vieja, con ojos de hendidura aparecía en una nebulosa, y todas las veces me decía: *Cadena de ave*. Lo tomaba con las dos manos y me lo ofrecía. Me despertaba sobresaltada y sudorosa. Él me preparaba cada noche la misma infusión, y con la taza entre las manos... *Cadena de ave, Cadena de ave...* resonaba en mí la imagen de esas palabras encadenándose, unidas en lazos que me obsesionaban y cuyo significado no alcanzaba a descifrar.

Una noche me desperté y lo vi a él, a mi lado, mirándome, su cara casi sobre la mía. Me incorporé bruscamente y él ocultó algo bajo la almohada. Sin saber muy bien por qué, rompí a llorar como un desprendimiento de tierra, y él me rodeó con su abrazo. Le pregunté qué hacía, pero no me contestó.

Empecé a tener miedo. Un miedo desconocido que me asaltaba en sueños. Empecé a gritar dormida, a golpearlo en cuanto él me rozaba, y apenas permitía que estuviera a mi lado.

Por las mañanas, cuando hacía la cama, en el suelo o entre las sábanas encontraba trozos y puntas de plumas, de cálamo cortado, esquirlas rotas, que retiraba y sacudía hacendosamente, y yo que siempre me había avergonzado por ensuciar tanto... Hasta que comprendí. Hasta que encontré las tijeras ocultas bajo el somier de la cama y recordé el gesto rápido y mecánico de su mano bajo la almohada.

Cada vez hablábamos menos, y la sospecha tiraba de nosotros como la boca de un precipicio. De noche, él me acechaba; ahora, lo sabía. Volví a soñar con el pájaro amarillo, tenía bajo sí un gran vacío negro y pendía tembloroso del borde de una roca; de pronto se soltó, elevó el vuelo y salió de mi sueño como por una ventana abierta. Nunca más volví a soñar con él. Pero sentí lo que él sintió cuando arrancó el vuelo. Y esa emoción me llenó como un órgano nuevo. Hubo un tiempo en que creí que no sobreviviría, que todo lo que me sucedía me destruiría; otra naturaleza arraigando en mí como una masa de plantas trepadoras, pero a partir de ese momento supe que yo sería más fuerte.

Una mañana, al despertar, mientras él se vestía para ir a la universidad, le pregunté por la infusión, dónde la conseguía. Acabó de vestirse como si no oyera mi pregunta. Esperé sentada en la cama e insistí, me dijo que un compañero de la facultad se la había recomendado.

—Creo que voy a dejar de tomarla —le dije—; no me hace bien, he tenido sueños extraños.

—Precisamente por eso debes tomarla, mi amor. —Y salió del dormitorio dando por terminada la conversación. Como siempre.

De niña escribía y dibujaba todo lo que sentía, también lo que soñaba. Trataba de controlar la ira batiente en mi interior, una corriente que me recorría, unos deseos innombrables, indestructibles, de algo que pujaba en mí y reclamaba su espacio y su forma.

Pero ahora, algo distinto estaba sucediendo. Había días que me sentía tan llena y asaltada por imágenes y sensaciones que no podía explicar, que lo único que deseaba era saltar al vacío y liberarme de todas ellas, dejarlas suspendidas en la azotea como excrementos chorreantes de palomas sobre las fachadas.

En nuestra nueva casa, con las ventanas cerradas, me sentía enferma y atrapada. Hasta que supe que algo nuevo se había acoplado en mí, en el lugar exacto, y había comenzado a palpitar como un segundo corazón bombeando al primero, irradiando otra sangre, y cada célula, fibra de piel, pelo o pluma vibraba en la resonancia de una marea nueva.

Me sentía turbada e inquieta y una mañana salí a caminar. De regreso a casa volví cerca del paseo de la universidad tratando de calcular la hora en la que él saldría a tomar un café, para sorprenderlo. Lo esperé hasta que salió y frené el impulso de llamarlo cuando vi que se subía el cuello de la gabardina para protegerse de la lluvia y se cubría con un paraguas negro. Pensé que no me oiría con el ruido del tráfico. Crucé la calle y lo seguí tratando de no perder el paraguas negro entre el juego de otros paraguas de la calle. El paraguas se detuvo, se cerró, y entró en una tienda. En el escaparate se exponían recipientes de té y su interior estaba repleto de botes y

frascos. Aferré el pomo de la puerta para entrar pero tras unos segundos vi cómo él desaparecía en el fondo oscuro del establecimiento. De pronto pensé que aquel hombre de la tienda no era él. Y el juego me pareció estúpido. Al desconocido no le gustaría mi sorpresa, me diría que tenía que volver al trabajo, que no tenía tiempo para juegos.

Decidí regresar a casa, volví deambulando por las calles para alargar el camino de regreso, entretenida en recoger ramitas, piedras de formas pulidas, hojas secas y papelitos brillantes de cajetillas de tabaco, plásticos, envoltorios de caramelos que llamaban poderosamente mi atención, fibras, anillas y tapones de botellas, ensimismada y ávida sin levantar la vista del suelo. Cuando llegué a casa había anochecido; él me esperaba con gesto serio, sentado en el sofá con la televisión apagada.

A la semana siguiente volví a la tienda. Entré. Me llegó un fuerte olor de raíces, bayas y hierbas. Un golpe de vida seca atrapada en frascos de cristal. Una mujer enjuta, de ojos hundidos salió a atenderme. Me saludó con la cabeza y me hizo un gesto con la mano invitándome a pasar. La tienda era cuadrada y, ya en su interior, me pareció más luminosa. En los estantes se exponían pequeñas figuras de animales o seres humanos, una mujer con cabeza de tigre con grandes mamas hasta los pies; un centauro rodeado por lazos de serpientes que manaban de su torso; peces rojos de los que emergían cabecitas humanas abriéndose paso entre las escamas con grititos ahogados; un zorro rojo con cuerpo y robustas patas de pavo real; un ave con pico de águila y piel de armiño de larga cola esponjosa, y otros animales y mezclas que no sabía identificar.

Una voz dijo a mi espalda: *Cadena de ave*. Me giré, y la mujer me señaló el frasco de cristal con el contenido de una mezcla de hierbas oscuras y azules que había cogido sin darme cuenta de que lo sostenía entre las manos. Lo abrí, aspiré el aroma conocido, y lo devolví a una balda, junto al pez abierto por cabezas humanas y otro cuerpo oscuro y contorsionado que ya no me paré a mirar.

Aquella noche tomé la infusión que él me ofrecía, aspiré el aroma agridulce y el gusto amargo que reconocí en la tienda. Esa noche soñé que los dos estábamos dormidos en nuestra cama. En el sueño me despertaba y lo veía a él, tumbado a mi lado sobre sábanas extremadamente blancas, con los ojos vendados por una tela negra, y amordazado con una tela blanca que llenaba su boca. Atado de pies y manos con cuerdas, y el cuerpo rodeado por cadenas. Pero él dormía plácidamente, y yo pensaba: ¿cómo lo soporta?, ¿acaso no se da cuenta?, porque yo sentía las cadenas de su piel incrustándose en mi carne y el ahogo de la mordaza en la boca, y la asfixia... Me desperté gritando sin voz, manoteando al aire, arrancándome unas cadenas que comprobé, ya despierta, en su cuerpo y en el mío, que ninguno de los dos teníamos.

Cucos sin hogar y otras aves perdidas me buscaban, me esperaban posados en las ramas de los árboles, otras venían a morir; aparecían sus cuerpos estirados y rígidos en la proximidad de mis calles. Aquella mañana encontré una urraca larga que me esperaba agonizante en el camino del parque; el brillante contraste del negro y blanco de su plumaje, aún vivo y acerado. Pero yo, que

no podía salvarme a mí misma, no podía hacer nada por ellos. Y, sin embargo, todos ellos me anunciaban los signos de mi muerte.

Pero él me quería, cómo me quería. Me quería porque amaba las aves. Qué mejor compañera para él que yo, un ejemplar único que anhelaba y deseaba tanto la jaula de sus brazos como deseaba huir de ella. Y lo amaba, como la necesidad de ser amada, como la necesidad de volar. Aquello que nos unía, nos separaba. Una naturaleza ambigua de contradicción y refugio donde se fraguaba y deshacía nuestro mundo de seres primitivos.

Ayer crucé la calle, dos alas blancas puntuaban el suelo como abanicos rotos desgajados de un cuerpo que quizá nunca tuvieron. Pasé entre ellas y una vez más los signos de la calle me hablaron, debía darme prisa. Busqué los restos de lo que pensé que podría ser la paloma blanca de mi ventana y los encontré no muy lejos, un desperdicio reseco sin hálito de vida ni forma de ave. Apreté el paso y las alas contra mi espalda en un estremecimiento reflejo. Otto no las vio, ni siquiera cuando se las señalaba con el dedo, conmocionada, impidiendo que él las pisara.

Hace meses que no consigo dormir, de noche el cuerpo me arde, es un fuego que arde en mi interior, que ningún frío apacigua. Me levanto, lleno la bañera y me sumerjo en agua helada. Él duerme y cuando se despierta, somnoliento, me busca si no estoy a su lado. Estoy inquieta, en tal desasosiego que no sé dónde ponerme, qué hacer conmigo misma. Las mejillas ardientes y enrojecidas me brillan sudorosas ante el espejo. Apenas consigo escribir en mi cuaderno.

Cada día estoy más inquieta, incómoda, siento en el cuerpo un deseo irrefrenable de abrirse, de expandirse, de superar sus límites. Algo se abre paso en mi interior, y mis plumas se van espesando y cada una de ellas se ahueca buscando su forma en una disposición distinta a la habitual, y siento en su raíz, en la inserción de la carne, una apertura y tirantez, un crecimiento a la contra, irritante y tenaz, y me siento crecer en una dirección nueva y poderosa, peligrosamente contraria a mí, y contra la que ya he dejado de luchar; me abandono a la rabia de estas sensaciones, al picor insoportable del plumaje erizado, y confirmo ante el espejo que una nueva capa de plumón se extiende poblando toda mi espalda hasta el final de su base, cubriendo mis nalgas, recorriendo el perineo y mezclándose con el vello de la vulva, reptando por el pubis y llenando mi vientre por completo en una oleada que asciende hacia mis pechos y me abrumba, exaltada, apenas puedo articular palabras, pensar con palabras; me llena de impulsos excitantes, imágenes invasoras, con una respiración entrecortada y febril, húmeda y ardiente, sin encontrar acomodo en ningún lugar de la casa, sin querer escuchar ni hablar, ni que él me vea o me toque; camino de un lado a otro, de un lado a otro, desnuda y excitada, con los pechos dolorosos, hinchados, los pezones dilatados y enrojecidos, buscando y evitando los envites de él, que percibe el deseo y la excitación abriéndose paso en mí, a través de mí, en un borboteo hirviente.

Todo en mi cuerpo vibra y se desgaja dolorosamente hacia algo nuevo, desconocido. He empezado a recoger todos los tejidos que encuentro en una pulsión inexplicable, y después de varios días cargando con ellos de un lado a otro, me he instalado en una esquina del salón, con las persianas bajadas, entre la pared y la librería, en un ángulo que he tapizado y rellenado con el edredón de nuestra cama, los cojines del sofá y los almohadones y todas las toallas y sábanas, las he desgarrado en tiras, colocadas a mi alrededor para asegurar la circulación del aire. En la penumbra de la habitación, arrebujada en mi nido de telas, cojines, periódicos, ramitas, papeles,

piedras y plásticos, recogidos en el parque meses atrás, me quedo a esperar, a la espera de algo que está llegando.

Sentí que mi cuerpo se expandía en una oleada brutal, y abriendo cuanto pude las caderas, acuclillada, empujé con todas mis fuerzas, y apretando las alas contra mi espalda, con el culo hacia atrás y el cuerpo volcado hacia delante, se abrió mi cuerpo, y como si un gran coágulo se desgajara, sentí desde mi interior que algo se deslizaba hacia fuera. Agotada, me aparté y vi un huevo, blanco y húmedo, caliente y tierno. Estaba cubierto por una membrana transparente y sanguinolenta que me apresuré a retirar sin saber muy bien por qué, ni qué estaba haciendo.

Después, solo me senté sobre el huevo y ya no deseé otra cosa que permanecer allí. Sentí que, al fin, había encontrado mi lugar, y cómo me ralentizaba en un rumor constante y sosegado, en una percepción subterránea en la que me fui anidando. Con cuidado de no lastimarlo, coloqué cojines bajo mis rodillas y con una elasticidad que desconocía que tuviera, abrí las caderas para acogerlo y cubrirlo. Desplegué las alas y me rodeé con ellas para conseguir y proteger el calor. Me hundí en mí misma, tranquila y bullente, en la penumbra, en ese estado extraordinario, con otro cuerpo que esperaba palpitante entre mis piernas. Me quedé quieta y empecé a incubar.

Durante meses no me moví de allí. Ni el hambre ni la sed lo consiguieron. Hacía allí mismo mis necesidades, en un aparte del nido, y me servía de ellas cuando estaban secas para reforzarlo y conseguir más temperatura.

Otto entraba silencioso y me traía agua, semillas, nueces y fruta fresca; me las dejaba junto al nido sin atreverse a hablarme o tocarme, porque para mí él ya no era nada, y él se había dado cuenta, y creo que me temía. Veía su silueta encogida, con una bandeja, a través de los espacios entre las plumas de mis alas con las que me cubría en cuanto oía el más mínimo ruido. Él dejaba la bandeja y salía. Yo había crecido en corpulencia y mi plumaje era más grueso y espeso, mis muslos se habían vuelto desmesurados y mis pechos enormes conformaban una pechuga agitada y poderosa. Cuando entraba me parecía pequeño y apetitoso como una lombriz. Temía por él, pero llegado el momento, no me importó devorarlo. Y él ni siquiera se defendió.

Pasaba el tiempo aletargada y somnolienta, plácidamente disfrutaba de mi estado. Adoraba mi huevo, mi criatura, una forma perfecta, lisa, sin fisuras, un equilibrio en armonía, consigo mismo y con el mundo, ni una arista o imperfección que rompiera el hechizo, que rasgara el aire. Un interior que guardaba un secreto, la unidad, cerrada, acabada, anhelada y palpitante entre mis piernas. Creciendo, desarrollándose para mí, fuera de mí, un algo otro, una criatura a la que dejar ir. Un ovillo de vida volviendo una y otra vez sobre sí mismo. Un circuito de vida anidada retroalimentándose a partir de su interior y mi calor. Y yo esperándola. Hasta que el huevo se rompió, y se rompió el hechizo de mi estado; pero, entonces supe que lo que saldría de su interior sería aún mejor que la forma perfecta.

Sentí cómo eclosionaba, me aparté y vi la cáscara abierta; nerviosa, me manché las manos de una sangre gelatinosa y rasgué los restos de una membrana gruesa que unía los bordes de la cáscara quebrada y me impedía ver en su interior; y ante mis ojos aparecieron dos bellas puntitas emplumadas asomando entre los bordes de calcio, y un llanto desgarrador me empujó a romper

con fuerza la cáscara para ayudar a salir a mi criatura, que amaneció al mundo con los ojos muy abiertos y las alas extendidas.

Llegado el momento, salí del nido con ella de la mano, ya casi caminaba sola. Las plumas se fueron cayendo a mi paso, desprendiéndose de mí como las hojas de un árbol. Caminé desnuda y deshojada. Miré atrás, me despedí del esqueleto trenzado en los pliegues del nido, y casi sentí lástima por él.

EL GRANERO

La casa era una vieja estancia colonial con un patio, el jardín, la glorieta, un gran ombú de copa frondosa, al que tantas veces trepé de niña junto al granero, y el pequeño cobertizo que milagrosamente aún seguía en pie. Uno siempre vuelve a sus orígenes cuando tiene miedo y, aunque allí nadie me esperaba, decidí volver.

Tras la separación, una larga agonía de arrancarme la piel capa por capa, busqué un lugar para huir del frío y pasar unos meses de verano, y quizá después, empezar de nuevo. Volver a reencontrarme con la tierra me haría bien. Tan solo senderos de tierra pisada o mal asfaltados por los que muy rara vez pasaba algún coche.

El taxi arrancó y vi cómo se alejaba desandando el camino. Después de tantos años, en el jardín, las malas hierbas crecían entre las piedras, y el muro que lo rodeaba, en parte se había derrumbado. Abrí la verja corroída y atravesé el jardín hasta la casa por un sendero de piedra oculto bajo la hierba. Dejé las maletas ante la puerta, la abrí con un forcejeo de llaves, y entré. Todo estaba cargado de polvo, trastos viejos apilados contra las paredes; grandes sábanas tapaban las ventanas permitiendo tan solo una penumbra amarillenta.

Fui caminando alrededor de la mesa robusta del comedor, las ocho sillas que la rodeaban, el sofá de piel marrón frente a la chimenea de ladrillo anunciando los huecos de los cuerpos, y lo que podrían ser restos de cenizas, o tal vez solo suciedad, en su hogar, y cada mueble, cada objeto, me llenaba de imágenes: los abuelos, el asado de los domingos, papá en el patio vigilando la carne con un gancho en la mano, mamá en el porche llamándome para comer, y la infancia libre, sin las prohibiciones de mis amigos de Montevideo, que no podían alejarse solos ni a dos cuadras de su casa.

Subí al piso de arriba, entré en mi antigua habitación, miré por la ventana. Desde allí vi la glorieta, cubierta por ramas secas, mi árbol, el cobertizo desvencijado y, al fondo, el granero. Deambulé por el resto de las habitaciones, las tres cargadas del mismo olor ácido y áspero a encierro: la de los abuelos, mis padres y la salita de costura de la abuela, en la que aún permanecían el maniquí, la máquina de coser y un baúl bajo la ventana. Lo abrí y me reencontré con los tesoros: cajas llenas de botones de diferente tamaño y color, bobinas de hilo a medio

acabar, y atados de telas, restos de cortes y patrones con los que mi abuela vistió a las mujeres del pueblo. Aquel lugar había sido mi cuarto de juegos; una náusea me estremeció por todas las ausencias.

Salí de la casa y caminé hasta el granero, abrí el portón de madera sin dificultad. Entré y respiré el olor agridulce. El olor a heno y hierba apilada me llegó con una intensidad rancia y conocida. Los pesebres donde antes pacía el ganado, dormitaban vacíos. Todo me pareció más quieto. Sentí pena por mis años de infancia jugando bajo aquellas vigas de madera.

Salí de nuevo al sol. Me acerqué al cobertizo, pero no entré. La puerta estaba atrancada. Allí dormía Manuel. El negro Manuel había pasado toda su vida con nosotros. Era un viejo cuarterón, caminaba arrastrando su pierna rígida, cada día trabajaba en el campo desde la mañana temprano hasta el anochecer. Yo lo esperaba subida al ombú, y observaba cómo entraba al granero para ordenar los aperos de labranza, guardar los sacos de semillas y recogía los animales antes de que anoheciera.

Al negro Manuel le gustaba beber. Y lo hacía con frecuencia. Sobre todo, los sábados; pero también los viernes. Bajaba al pueblo alrededor de las siete o las ocho de la tarde y ya no regresaba hasta el domingo al mediodía. Mi padre lo esperaba en el porche, lo veía llegar a lo lejos, tambaleándose, arrastrando aún más la pierna por el camino de tierra, hasta que entraba al cobertizo y escuchábamos el bufido pastoso del negro cuando se desplomaba sobre su cama. Entonces, mi padre entraba en casa moviendo la cabeza con preocupación, y todos suspirábamos con alivio, porque Manuel había regresado, porque el lunes volvería a ser el de siempre, dócil, trabajando el campo y ocupándose del ganado.

Decía el abuelo que desde que se cayó del caballo nunca fue el mismo, nadie sabía cómo pasó, pero tras la caída fue él quien remató al animal, a Bucéfalo, y fue un Manuel el que salió de la estancia aquel día y otro el que regresó. El negro nunca lo había contado, ni siquiera al abuelo. Pero todos lo sabían.

A mí me gustaba estar con Manuel, me sentaba sobre sus rodillas en el banco de madera pegado a la pared del cobertizo. Allí siempre daba el sol al mediodía, y después de comer, él se sentaba al sol con los ojos entrecerrados y fumaba un caldo de tabaco que liaba con la misma parsimonia con la que realizaba todos los trabajos. Pero había días que yo llegaba y él no me cogía en brazos, me miraba con una fijeza que me asustaba, y no comprendía. Y para cuando me di cuenta, ya se habían acabado los juegos, y yo era la señorita, y él, un empleado del abuelo.

Me senté en el banco de madera, no era más que un tronco junto a la pared del cobertizo, la hiedra parecía querer devorarlo junto a todo el recinto, pero no me importó, siempre me han gustado las naturalezas trepadoras. Me quedé un rato al sol del mediodía como hacía de niña hasta que deslizó su foco fuera del banco; entonces sentí frío y entré a la casa.

En mi habitación limpié el polvo, barrí y deshice las telarañas pegajosas tejidas en las esquinas de las paredes. Metí la maleta, aún cerrada, debajo de mi cama, pero algo metálico tintineó. La saqué y bajo la cama encontré un orinal de porcelana desconchada. Debió de ser del abuelo. Cuando nosotros abandonamos el Uruguay, yo tenía nueve años, el abuelo setenta y seis y la abuela acababa de morir. Él debió de instalarse en mi habitación. Cuando murió la abuela, solo vino mi madre. No lo recuerdo bien, pero cuando después de varios meses mamá regresó a

Madrid, por conversaciones entre mi padre y ella escuchadas tras la puerta, y la manera en que ahora me siento, sé que mi abuelo ocupó mi habitación.

Me senté en la cama sin saber qué hacer y recordé el viaje. Las maletas silenciosas en el aeropuerto tragadas al final de la cinta transportadora; vagas imágenes del lugar en que nací, al que no había vuelto desde hacía casi treinta años; el avión sobre la pista; el corazón pelado con solo unas pocas palabras para sobrevivir; voces enlatadas, irreales, ahora, como si nunca hubieran anunciado el vuelo Madrid-Montevideo; una escalera metálica y la promesa de volar y pasar al otro lado.

Por la ventana apenas entraba ya luz. Abrí la maleta y saqué el juego de sábanas que había traído conmigo. No necesitaría mantas. Las extendí sobre mi cama. Me pareció más pequeña y pobre que nunca. La blancura de las sábanas me reconfortó. Me acosté en un olor conocido, el olor de un jabón que me había acompañado desde el armario de mi casa o de la que fuera mi casa hasta unos meses atrás.

Los días que siguieron fueron silenciosos y lentos. Paseos recorriendo viejos caminos y descubriendo nuevos lugares. Pensar a solas, volver a fumar, la presión en el pecho, palabras dolorosas en la boca de quien más quería, y empezar a olvidar.

En la casa cada día me ocupaba de una zona. Pensaba en hacerla mía poco a poco, colonizando el pasado y liberándolo de la suciedad, para redescubrirla como la piel limpia de un animal cansado. Elegía un ángulo, lo limpiaba con cuidado, como se restaura una obra de arte, y restauraba mi memoria sobre las láminas de madera del suelo, veta a veta, raspando, profundizando en los surcos, y limpiaba los muebles con fruición, todas sus esquinas y bordes repasándolos con una aguja de la abuela. Abrí ventanas, arranqué cortinas engrosadas de abandono, polvo y polillas muertas. Dejé que la luz y el aire respiraran en la casa. El dolor limpia minuciosamente y la frustración arranca las malas hierbas: en una semana, la casa era casi habitable. En un mes, ya me pertenecía.

Iba al pueblo a comprar, encontré la bicicleta del abuelo. Necesitaba ir con frecuencia porque no tenía frigorífico, y en la fresquera las verduras y la leche se estropeaban rápidamente. Mariana ya me conocía y me atendía con cariño. Ella había tratado al abuelo los últimos años. Un hombre bueno, me dijo, difícil; yo no lo conocí mucho, pero siempre me gustó.

Aquella tarde recogí el pedido que ella me había preparado y fui a caminar por el pueblo. Me gustaba pasear entre la gente, ver caras, las manos y los brazos acompañando los gestos, ver la agitación en los otros y escuchar sus voces. El silencio de la casa en ocasiones me aplastaba. Estaba trabajando en mi novela y leyendo mucho, pero añoraba el ruido y las voces de los niños. En Madrid, la ventana de mi casa daba al patio de un colegio. Todas las mañanas, mientras trabajaba en las traducciones, descansaba para tomar un té cuando el griterío de niños corriendo por el patio llenaba mi casa y me anunciaba las once de la mañana. Antes creía que me molestaban y que por eso paraba de trabajar. Ahora, sé que dejaba de trabajar para mirarlos desde la ventana

y observar sus risas y sus juegos con una taza de té en la mano. Ahora también los busco y veo niños de piel oscura y ojos rasgados jugando con piedras en el camino de tierra entre casas de madera.

Entré a una tienda de artesanía y compré una fuente de madera para la fruta, la compré por la suavidad de la madera pulida, como de seda. Cuando llegué a la casa, estaba tan cansada que me senté en el porche con la compra en las bolsas y la fuente en las rodillas. Estaba agotada, el calor era húmedo y sobrante, sin hambre para cenar, me comí una de las manzanas que había comprado mirando el paisaje yermo, con el cobertizo a la izquierda, y el granero, alto y viejo, mirándome al fondo. Entré en casa, dejé las bolsas y la fuente sobre la mesa de la cocina, bebí agua, y decidí que recogería los botones e hilos de la abuela. La llené con la mezcla de colores y la coloqué sobre la mesa del comedor.

Salí al porche, me senté en la escalera, y descalza con los pies en la tierra caliente, encendí un cigarro. Las chicharras sonaban estridentes y caía la tarde plomiza y calurosa, y los jazmines del jardín despedían un olor a incendio que me abrumó; me envolvió en un sopor que me llevó de nuevo a aquellos ojos, a aquella noche. Yo no podía dormir, sentía la ropa pegada y el calor era asfixiante... Me había levantado a respirar el fresco de la noche, tenía ocho años y los jazmines del jardín despedían un olor denso y ácido. Sentí una respiración en la nuca y me giré sobresaltada, era el negro Manuel: Qué hace señorita, me dijo bajito, nada, Manuel, no puedo dormir, contesté. Él se quedó muy pegado, y sentí su calor traspasando mi camisón, tratando de alcanzar mis formas, y el olor a caña de su boca sobre mi cara. Incómoda, me despedí y entré en casa. En la cama, con la cabeza en la almohada, volví a sentir su aliento en la nuca, pero no me moví; un miedo inaugural me recorrió por entero, me quedé muy quieta. Me dormí con el olor de los jazmines en lenta putrefacción y el calor pegajoso y sofocante del recuerdo de esa noche, que ahora solo son una nebulosa de manos sudorosas y pesadilla en blanco y negro, cuya presencia se ha mantenido pegada a mí, cada noche, desde entonces.

A la mañana siguiente, el negro Manuel apareció muerto en su cama. Lo encontró el abuelo, quise correr al cobertizo pero mi madre me sujetó con firmeza a su lado. Nadie explicó nada. Y yo no supe preguntar. Manuel había amanecido con la cara aplastada por un golpe, las moscas zumbaban sobre la sangre seca. Eso lo dijo el abuelo. A mí no me dejaron verlo. El resto del día fue un ir y venir de personas que yo no conocía. Mi madre no me quitaba el ojo de encima. Al final, el abuelo me dio un cachete y me dijo: ¡Estate quieta ya, niña! Me quedé el resto de la tarde sentada en el banco del porche. Al día siguiente, domingo, fuimos todos a rezar por el alma del negro Manuel. Ese mismo día lo enterraron.

De niña me gustaba subir al ombú y quedarme horas entre sus ramas cambiantes y enredadoras, y mientras todos me buscaban observaba sus movimientos, sus voces y comentarios, las entradas y salidas del patio: iban por turnos al granero, al cobertizo o casa de los vecinos por si estaba jugando con niños de las chacras cercanas. Yo bajaba a la hora de la cena, ansiosa por saber si encontraría abrazos y caricias, si había calibrado bien el límite de preocupación al que les podía llevar para tensarlo más y más, o recibiría el castigo por mi juego de esconderme y no contestar.

Hasta que dejaron de buscarme, y el juego ya no fue divertido. Miro a los niños del patio, uno cuenta de cara a la pared, y otros corren a esconderse. Y desde mi sitio los veo a todos, pensando que no son vistos y calculando, al igual que yo hacía, el momento de salir sin ser descubiertos, sin poner en riesgo el secreto de su escondite.

Desde mi ombú escuchaba los secretos, y también observaba al negro Manuel mientras bañaba a Bucéfalo. Le pasaba una lámina larga de metal que se doblaba sobre el cuerpo robusto y brillante, y arrastraba el jabón y el agua marrón que caía con los movimientos diestros de Manuel. Y le limpiaba los cascos con un gancho, vaciándolos de tierra y yerba. Me gustaban sus relinchos y el sonido de los belfos vibrando sobre las grandes encías rosadas. El negro también tenía grandes encías rosadas y yo creía que él era también un poco caballo. Por eso cuando mató a Bucéfalo, se mató un poco a sí mismo. Igual que cuando lo azotaba borracho, se azotaba a sí mismo. Hasta que un día el abuelo lo detuvo, y entonces, él salió al galope. Ese día mirábamos cómo azotaba a Bucéfalo hasta doblegarlo, pero solo el abuelo se atrevió, se acercó al negro y le agarró la fusta del brazo en alto, y el sonido vibrante de los golpes paró desafiante entre el abuelo y el negro. Es mi caballo, dijo el negro, y se zafó del abuelo.

Contaba papá que cuando lo trajo era tan bravo que solo el negro podía montarlo, y los dos hervían juntos en la montura, una misma cosa, jinete y caballo, y los dos llegaban exhaustos y mojados por el sudor; el pelo negro de Bucéfalo humeaba y la piel del negro brillaba, o tal vez era al revés. Hasta que Bucéfalo cayó sobre él y le partió la pierna en varios trozos. El negro mató a Bucéfalo. Y desde entonces arrastraba su pierna como la bola de una condena.

La abuela me enseñaba a coser para mantenerme ocupada, yo cosía botones sobre trapos viejos como si los ametrallara. Vivíamos todos juntos, y entonces, en aquellos años sentí lo que nunca más volvería a sentir; que yo era parte de algo, de algo importante: mis abuelos, mis padres, el negro Manuel, Bucéfalo, la tierra ocre y el campo, el ganado, y mucho sitio para correr, al igual que los perros que iban y venían, que no tenían nombre, que no eran de nadie, pero todos los alimentábamos.

Mi abuela hacía pastel de papa, a mí me gustaba hundir las manos en la papa aún caliente y amasarla para lograr la pasta, y respiraba el olor de la carne cubierta, oculta bajo una superficie blanca y neutra, como sería la vida después de todo aquello. Quizá la carne, la tierra... Todo aquello fuera necesario para crecer en aquel lugar.

Mi marido nunca lo entendió, tampoco que yo dijera que era uruguaya después de toda una vida en Madrid. Pero hay cosas que no merecen explicarse, simplemente son. Como todo lo que importa. Y de aquellos años, la costumbre de andar descalza, de que las zapatillas se desencajaran de los pies, aparecieran y desaparecieran por las habitaciones, algo que él detestaba. Él tan metódico y ordenado, *tan prolijo* que decía mi madre. Él me llamaba la *gaucha pies negros*, por las plantas de mis pies siempre sucias de caminar descalza. Pero, a veces, hay que ensuciarse. Y eso, ya lo sabía mi madre.

Decidí salir de la estancia, estaba inquieta y me fui a respirar el aire de la costa. Desde niña no había regresado a Colonia del Sacramento y me serené caminando por sus calles empedradas, entre las casas bajas y humildes. Me senté en la orilla arcillosa del Río de la Plata, me descalcé y hundi los pies en el agua dulce; dos orillas de la misma agua: de un lado río, del otro mar.

Caminé por la larga playa de arena blanca de San Carlos y al final, llegué a un pequeño restaurante. Allí compartí mesa con un joven mejicano. El restaurante estaba lleno de turistas que corrían a sentarse obedeciendo las indicaciones del guía. El mejicano, muy delgado, apenas comía, pero no paraba de hablar, me aseguró ser el tataranieto de Zapata. Trabajaba en una radio local, me contó que era vidente, que se comunicaba con los ángeles y atendía a las llamadas de los oyentes. A mí no me auguró nada, y no quise preguntar.

Me preguntó si conocía el Río de la Plata; por supuesto, contesté, aunque la última vez que lo vi era el Mar de Plata; desde la otra orilla, la argentina, le expliqué, con mi marido, hace ya mucho tiempo.

¿Está aquí contigo? No, él está en Madrid.

La carne estaba seca y fría. Comí una ensalada de radichetta amarga, tomé un café rápido y acepté como regalo un llamador de ángeles, un cascabel que sonó en mi bolsillo el resto del día.

El tataranieto de Zapata y yo recorrimos juntos algunas calles, nos paramos en el callejón de los Suspiros, una calle estrecha con casas bajas coloniales de color rojizo, alfombrada de adoquines irregulares que descendían en pendiente hasta el río.

Su nombre se debe a los suspiros de los hombres que frecuentaban las prostitutas que aquí vivían, dijo una mujer que guiaba a un grupo y que se paró a nuestro lado, pero también a los presos que iban a ser ajusticiados y bajaban por esta calle hacia el río, por última vez.

A mí me pareció que desde allí se contemplaba la vista más hermosa de toda Colonia. El mejicano se dirigió al faro. Yo me quedé allí.

Al atardecer me acerqué hasta el muelle, me senté en la punta del espigón de madera, donde vi cómo un sol inmenso, encendido en naranjas y violetas se expandía y descendía por el cielo como un fuego pavoroso, y sin apenas tiempo para contemplarlo, caía a plomo tras el nivel liso de agua dulce de brillos plateados, mientras yo recordaba sus manos, su cuello, su abrazo, el aroma de su boca inaprensible. Fumé un cigarro mirando un agua turbia y marrón, desprovista ya de reflejos, con el único sonido del golpeteo de mis talones contra la madera del muelle. Lancé el cigarro al agua y deseé, como aquel sol, caer al otro lado, y me pregunté si en el lugar donde se ocultaba, el agua sería mar o río, y sobre la naturaleza doble de las cosas, desde una orilla y desde la otra.

Cuando regresé de Colonia me quedé dormida sobre la cama bajo el sopor de los jazmines entrando por las ventanas abiertas. Me desperté muy tarde, anocheceía y miré hacia la ventana, y desde la cama vi un humo denso y gris que ascendía ocultando la copa del gran ombú. Me apresuré a salir de la casa y corrí descalza por el camino de tierra. El granero ardía. Majestuoso y terrible. Estallaba en puro fuego, las maderas chisporroteaban, crujían, la vieja estructura cedía

devorada por las llamas, y el calor abrasador me golpeó la cara.

Miré en vano alrededor, pero nada, ni gritos ni voces, tan solo mi corazón contra el pecho. Me sobrecogió la pena, y el olor a heno y a hierba apilada me llegó sucio, contaminado por el humo, por las bocanadas que arrojaba el granero: un volcán que crecía ante mí y se expandía abriendo la noche, incandescente, y entonces, pude ver la escena completa, la vi en blanco y negro, aquella noche, después de que Manuel me encontrara, subí al cuarto, y sin poder dormir me asomé a la ventana y vi a mi madre, que caminaba hacia la glorieta, a dos pasos del granero, yo bajé de nuevo al jardín, cuidé de que ella no me viera, y la seguí, y ella no lo vio, pero yo sí vi sus manos negras arrastrándola hacia el granero, y contra el suelo, el cuerpo de él sobre ella, sus ojos negros y turbios me vieron, y los ojos aterrorizados de mi madre se quedaron quietos, fijos, en silencio, clavados sobre mí, en el sitio, incapaz de hacer nada, mientras él se clavaba sobre ella una y otra vez, y yo supe que aquella noche no debí salir de nuevo de casa ni asomarme a mirar por la puerta del granero, pero una vez allí no pude dejar de mirar, y como en aquel momento, el terror me paralizó, el terror nos paralizó a las dos, y el fuego, ahora, llevándose todo, la madera, el heno, el miedo; el miedo en color, revelándose en naranjas, violetas y rojos como un gran sol incendio... Y me siento en el suelo a mirarlo con los ojos bien abiertos mientras todo arde y se colorea ante mí, y se abre el foco de los cuerpos sobre el suelo, se iluminan los rincones del granero y veo las pacas de paja y los tambos de leche y el techo alto de vigas de madera que se abre hacia el cielo y todo arde y se eleva, y todo cae al otro lado del fuego.

LA OFRENDA

Aquel día encontré las uñas. Abrí el cajón de la máquina de coser donde mi madre guardaba los hilos y, envueltas en un papel, estaban. Supe que ella me había ofrecido. Dos años más tarde miré la cara de mi madre cuando salí de aquel cuartucho sucio y estrecho y reconocí la culpa en ella tras haber oído mis gritos desde el otro lado. Afuera la miré con el odio que aún me quedaba mientras sentía el dolor profundo y la vejación. Le juré que jamás la perdonaría.

Ayer preparé un paquetito con las uñas recién cortadas de mi hija mayor. Me tiemblan las manos, y una punzada oscura y terrible me atraviesa. Desde este momento ya nunca estará a salvo, yo tampoco. El día ha llegado. Le digo que vamos a dar un paseo, las dos solas. Caminamos junto al río y el agua acalla todos los sonidos, la hierba alta roza nuestras piernas y yo miro cómo se entrelaza; sisean las hebras verdes, se pegan a sus tobillos y reptan por sus rodillas y muslos. Cuando llegamos me mira con ojos que no entienden, se abre la puerta y la hago entrar, se detiene y esta vez sé que lo ha comprendido; la empujo con fuerza al interior.

Acuden a mi casa. Yo abro la puerta y una joven entra. Estoy nervioso, alerta; ya las he oído junto al río. También las he olido. Recuerdo a una de ellas, la otra tiene un olor distinto pero igual a la primera. De un empujón entra en mi casa. En realidad es un cuarto con suelo de tierra y sin ventanas. A través de una rendija de adobe veo el mundo; es estrecho y alargado. No sé desde cuándo estoy aquí, ya lo he olvidado. Tampoco sé por qué. Supongo que hago lo que debo porque ellas siguen viniendo y yo repito, una y otra vez, lo único que sé hacer. Las necesito, supongo que ellas a mí también. Estoy cansado. Me gustaría salir de aquí, pero tengo miedo.

Espero ante la puerta cerrada. Ahora yo estoy de este lado y sé lo que sucede en el interior. Espero atenazada, espero que se abra la puerta y mi hija aparezca. Algunas no regresan. Espero que salga y me odie y me insulte, como años atrás yo a mi madre, que sobreviva.

No sabemos, nadie, ninguna mujer en qué momento comenzó la ofrenda, pero todas seguimos repitiéndola, recorriendo el mismo sendero verde de yerba y agua para entregar a nuestras hijas. Para no ser devoradas todas aceptaríamos entregar a nuestras hijas no nacidas. Si yo hubiera tenido conciencia de quién sería mi hija, si entonces hubiera tenido nombre, piel, rostro, entonces, me hubiera dejado devorar allí mismo, lo hubiera suplicado.

No sé a cuándo se remonta el pacto ni quién fue el primero en sellarlo, pero estoy segura de

que fue un hombre. Tal vez por salvar una mala cosecha o expiar una culpa o por salvarse a sí mismo. Los hombres del valle son ajenos. No sé si lo saben, lo supieron y lo han olvidado o fingen no saber. Nosotras callamos, por vergüenza y por culpa. Mi hija menor se devora las uñas. Intuye que pronto será la siguiente. A ella tengo que salvarla.

Mi madre me sujeta de la mano. Estamos de nuevo ante su puerta. Yo aterrorizada, ella rígida como un árbol. Silencio, dice cuando mi boca se abre buscando una palabra. Abre su bolso y aparece una extraña flor. Una flor blanca de grandes pétalos abiertos, con un corazón malva como una vulva, malva oscuro y carnívoro, abierta como una copa de vino. Después abre un paquetito de papel y deja caer en su interior las uñas cortadas de mi hermana. La deja en el suelo de tierra, ante su puerta.

Vámonos, me dice y me agarra de la mano con urgencia. Mis piernas tiemblan entre las hebras de yerba que me reconocen y mi garganta se cierra, enfundada en mi cuello, estranguladora. Volvemos a casa en silencio, desandando viejas pisadas. Las dos tenemos miedo.

A la mañana siguiente, mi hermana tras el desayuno, vomitó una larga y pesada trenza de hierba negra como la pez. Salió por su boca como una enfermedad. Mi madre la enterró en la parte de atrás de la casa, como el aborto mudo de una criatura no deseada. Después mi madre volvió a entrar en casa y nos dijo, mañana lo entregaré a él.

Él siempre está acosándonos, sabe que no podemos afrontar la deuda. Entra en casa y se pasea como si todo le perteneciera. Ordena a mis hijas que le sirvan caña y a veces me obliga a acostarme con él. Si no accedo, se sienta en el banco del patio y lía un cigarro envolviendo la maldad entre sus dedos, lo aprieta hasta que doma el tabaco dentro del papel y entonces saca una lengua larga y viscosa con la que sella, definitivamente, papel, tabaco y tiempo, y siento esa lengua pegada a mi espalda que me recorre como un largo escalofrío de repugnancia.

Hoy me mira, da unos golpecitos en la base del cigarro contra la madera del banco. Me mira de arriba abajo y enciende el cigarro. Golpea ahora su mano el banco de madera, «a mi lado», dice la mano. Me siento y él se aprieta contra mí. El tiempo ha acabado, me dice, ya sabes lo que quiero, en realidad todo me pertenece, solo tengo que coger lo que es mío: ¿no ha sido así desde siempre? Tu marido lo sabía, siempre fue un infeliz. Y su mano trata de alcanzar mi pecho dentro de la blusa. Me levanto. Tengo algo para ti, le digo. Esta noche te llevaré a un lugar que no conoces, pasaremos junto al río, si eres paciente, te gustará. Él me mira, sonrío con la boca torcida, da una calada larga al cigarro, paladea unas palabras y acepta: en la ribera del río los amantes gimen con más fuerza, dice, y se pasa la lengua de reptil por los labios viejos. Esta noche te espero junto al palo borracho del campo alto, le digo. Y me alejo con la furia con la que una mosca se desata de la tela de araña.

Por la noche lo esperé junto al palo borracho. De su tronco abombado cubierto de espinas, manaban en cascada flores blancas y rosas prendidas a sus ramas, que me cobijaban con un olor a putrefacción y vida que bullía preñado en su interior. Caminamos junto al río que nos recibió con aguas crecidas, en ellas resonaba y me hablaba su voz, y la hierba comenzó a sisear y a trepar por los pantalones de hombre que yo guiaba; entonces, comencé la ofrenda, y entonces, lo eligió a él. Al llegar abrí la puerta y lo empujé. Ahora voy, le dije y cerré la puerta con fuerza. Me quedé a esperar. Escuché con el corazón apretado. Nada se oía. Salió tembloroso y pálido al cabo de un tiempo que no supe medir. Me pareció un hombre más viejo y más niño. ¿Ya está? Le pregunté. Él me miró y rompió a llorar. Me sentí libre por primera vez. La ofrenda había entregado el testigo.

Tendrás que traer a tu hijo, le dije. Me miró con ojos vacíos. Regresamos juntos; y por fin separados. La ribera del río, silenciosa y plana.

Cuando él entró supe que mi tiempo había llegado. Por fin había sucedido. Yo sería liberado y saldría de este encierro de siglos, así que hice lo que debía hacer por última vez, consciente de que era la última. Pero esta vez yo me entregué a él. Cuando salí al otro lado sentí el miedo del recién nacido. Miré atrás y vi mi cuerpo vencido en el suelo de tierra, y lo añoré por conocido y propio, pero sentí el pequeño corazón humano, ahora palpitando en mi interior, y la torpeza del cuerpo del hombre en el que me encontraba. Lloré de miedo y pena. Pero entonces aquella mujer que yo conocía me dijo, ahora tendrás que entregar a tu hijo. Yo no contesté. Porque ahora todo había terminado y solo esperaba que aquel cuerpo de hombre no durara demasiado. Caminé junto al río y todo se fue aplacando a mi paso. Ya no harían falta más cantos de las aguas del río ni las yerbas hablándome del camino. Y respiré un aire cálido y grande, que parecía venir de muchos sitios.

Hay veces que paseo junto al río y sin quererlo mis pies me llevan hasta él, a la vieja casa. Sombras oscuras resuenan en su interior pero cuando me acerco y pego la oreja a las paredes, nada se oye, tan solo un silencio de caracola en el laberinto del oído, el vacío de la respiración agitándose bajo la piel. Entonces sé que solo hay sombras en mi interior y el recuerdo de un día ya vencido.

Cuando él murió todo quedó en silencio. Nadie supo cuándo ocurrió, solo que el río se detuvo, los animales callaron; no se oían ranas, chicharras ni el zumbido incesante de las libélulas entre los juncos, los pájaros no volaban. El tiempo era un silencio verde de agua detenida que sobre todos pesaba. Los bueyes no volvieron a levantarse y se dejaron morir en sus camas de paja, y los campos abandonados fueron cubriéndose de maleza.

Junto al río un enjambre de hierbas fue devorando la casa, comenzaron a arañar los muros y poco a poco fueron atravesándola con gruesas nervaduras de junco. La casa se fue deshaciendo como un terrón de arena. Un día, ya no estaba. Después, todo aquel lugar se deshizo y nada volvió a brotar. Tan solo una arena fina fue cubriéndolo todo, como polvo de alas de mariposa. El palo borracho floreció en una copa de algodón perpetua, sus espinas cayeron, y el tronco volvió a ser liso y nuevo.

Miro a mi hija, los rizos en su nunca tierna que nunca será sometida. Veo cómo corre entre la yerba alta del río con su varita de punta de estrella en la mano y alas de alambre y tul a la espalda. Vamos, mi vida, le digo, llegamos tarde a casa. Veo a mi hija saltar y el movimiento de sus alas me recuerda el de otras alas muchos años atrás. La mariposa entró por la ventana y cayó en la caja metálica de la cocina donde se almacenaba la parafina, vacía en ese momento. Mi abuela la tapó con el sonido metálico de un platillo. Yo me acosté guardando mi secreto. Al día siguiente entré en la cocina muy temprano, todos dormían y la luz de las cortinas lo velaba todo. Destapé la caja donde esperaba liberar a la mariposa y observar su vuelo al levantar la tapa. Pero cuando lo hice encontré un lecho claro como el agua de aceite de parafina, en el que la mariposa flotaba con las alas deshechas. Junto a la cocina, en la encimera de mármol blanco vi la foto de un hombre joven que nunca antes había visto montado a caballo, y al lado, una vela ya consumida.

En aquel momento, observando la mariposa empapada en aceite, comprendí la tristeza de mi

madre, aquella densidad aceitada de pena que pesaba sobre ella desde que mi padre desapareció. En ese momento, se levantó de la cama y apareció descalza en la cocina, la trenza gris deshecha sobre los hombros. Comprendí el dolor, la pena y la culpa, así somos las madres secretas.

Aquel día, por primera vez después de muchos años, regresé a aquel lugar, entré en nuestra casa y busqué el libro que mi madre ocultaba en un hueco bajo el suelo de su habitación. Levanté dos tablas que se movieron bajo la presión de mis dedos. Recuerdo haberlo visto en manos de la abuela sin comprender qué era. Lo saqué del escondite, envuelto en una tela vieja, valoré su peso desproporcionado. Era un libro del tamaño de una pequeña Biblia, sobado por las manos de mi abuela, de mi madre y por otras manos que ya no estaban. Comenzaban las crecidas del río, el viento agitaba la vegetación y mi abuela susurraba palabras junto al fuego de la cocina de leña. Se balanceaba con intensidad, sus labios no dejaban de moverse y mi madre no nos dejaba molestarla con nuestros juegos. Se hacía de noche y nos íbamos a dormir. Mi padre nos llevaba a la cama en brazos y mi hermana y yo trepábamos para conseguir el lugar más alto sobre sus hombros. Mi madre abría la portezuela metálica de la cocina, azuzaba el fuego con un hierro largo, y metía más leña. Después la cerraba con la misma solemnidad con la que hubiera clausurado una época. A mi abuela, apenas la tocaba, tan solo un roce con el dorso de la mano en la mejilla arrugada. A la mañana siguiente la encontrábamos dormida, con el libro abierto sobre las rodillas, exhausta y pálida. Mi madre la despertaba con dulzura y la acompañaba a su cuarto. Dormía todo el día y reaparecía hambrienta al día siguiente a la hora de cenar.

Me senté en la cama de mi madre y hojeé el libro con cuidado, de su interior un papel doblado cayó y se prendió al cordón de uno de mis zapatos. Estaba doblado en partes iguales. Lo desplegué y vi las líneas oscuras de las dobleces trazando una cuadrícula perfecta de ocho casillas. En cada una de ellas, solo una palabra. Las leí en voz alta sin comprender y en mi voz sonó una letanía de palabras extrañas. Después, tal y como decía el reverso del papel, encendí incienso, empañando con un velo blanco la casa, de norte a sur primero y después siguiendo el recorrido del sol. Esperé a que se ocultara. Luego, en la penumbra, abrí la puerta metálica de la cocina y metí, junto a madera vieja, el papel y el libro hasta que logré que ardiera. Aquel día fue la última ofrenda de mi familia. Otros deberían encontrar su puerta. Después hice las maletas y regresamos a la ciudad. A casa, sin mirar atrás.

NÓMADAS

Mi familia y yo vivíamos en un barco. Crecí en el mar con mis padres, mi hermano y Dingo. Mi madre me enseñó a leer, sumar, restar, dividir y multiplicar. Todo lo demás lo aprendí del barco. Viviendo. Cuando llegábamos a un nuevo país, no era un país, no era más que cualquier puerto al que bajar a por comida, descansar, pasear por los mercados, oler la costa y sus calles, ver los árboles, los animales, la gente y sus colores, la música de sus palabras, que no eran otro idioma, eran palabras nuevas que entremezclábamos con las que ya sabíamos, igual que mezclábamos la comida con la que ya teníamos en nuestro barco, el Uluru. Y todo sabía bien, y sonaba bien, simplemente nos lo llevábamos a la boca.

Pero Dingo nunca quería volver al mar. En tierra estaba tan excitado con los olores, los ruidos, la gente, que tenía que atarlo con la correa y sujetarlo muy fuerte para no perderlo o que me arrastrara con él. A veces, lo soltábamos y corría enloquecido por los espacios abiertos como si mordiera el aire o corría entre los puestos de los mercados persiguiendo y tratando de agarrar a los niños por los tobillos. Yo creo que pensaba que ellos eran como Billy y yo. Así que casi nunca lo soltábamos. En una ocasión persiguió tanto a una cabra que esta murió y tuvimos que pagarla, y casi perdemos a Dingo, que nos miraba satisfecho moviendo la cola; lo había conseguido y era para nosotros. Yo lo sabía, pero cómo explicárselo al pastor que exigía matarlo.

Dingo y yo dormíamos en mi litera. Aunque casi no cabíamos y, de madrugada, él bajaba al suelo porque juntos, incrustados el uno en el otro, nos despertábamos constantemente, y también a Billy, en la litera de abajo, que protestaba enfadado, pero no le hacíamos caso, y cada noche Dingo subía de un salto ágil y bajaba con un bufido torpe.

Nunca habíamos ido al colegio.

A veces nos encontrábamos con otras familias que también viajaban. Largábamos anclas siempre que podíamos y con los barcos enfrentados el abordaje era una fiesta de un barco a otro, y compartíamos la comida, un poco de esto y de aquello, y espera, creo que me queda algo de... y todo junto era nuevo, rico y escaso. Quizá por eso extraordinario. Hasta que papá murió y mamá, Billy y yo volvimos a tierra.

La primera vez que fui al colegio tenía doce años, mi hermano con dieciséis consiguió trabajo limpiando barcos en el puerto. Mamá se quedó en casa de la abuela, atrapada en un mareo de tierra firme y náusea permanente de casi veinte años navegando. La abuela nunca lo había

entendido. Un día papá llegó y mamá, simplemente, lo siguió, tomó el mismo rumbo. Y desde entonces nunca había regresado.

A mí me molesta estar quieto tanto tiempo. En el barco siempre estabas moviéndote, siempre había algo que limpiar o arreglar. Y no importaba qué llevaras puesto para hacerlo o si estabas descalzo, eso lo decidía el mar o el barco, el Uluru. Me molesta tanta ropa, y tantas cosas y gente alrededor. Nunca habíamos ido al colegio aunque yo, una vez, estuve con mi madre, cogido de su mano, y lo miramos desde fuera: había niños en un patio de asfalto. Ella me preguntó, ¿quieres venir aquí con estos niños? De pronto todos dejaron de jugar y se apelotonaron ante una puerta estrecha, parecían ovejas como las que perseguía Dingo, y deseé que estuviera allí para azuzarlo. Le contesté que no. Y le pedí que volviéramos al Uluru con papá, Billy y Dingo. Ella me dijo que no les contara nada de lo que habíamos visto.

En el barco, aprender era todo el día, cualquier momento o lugar. No había que ir al colegio ni salir de casa porque todo era uno, el Uluru, nosotros y el mar. Cada uno sabía qué tenía que hacer para mantenerlo a flote sin perder el rumbo, y el colegio podía ser el momento en que decidíamos pintar, leer, escribir, mirar mapas o hacer preguntas y charlar sobre las respuestas. Recuerdo a mi madre sentada en cubierta, con un cubo entre las piernas, pelando patatas y tomándome la tabla de multiplicar mientras caían las peladuras enroscadas; o a mi padre cerca de los mandos, poniéndome divisiones interminables en mis cuadernos de espiral; o cómo dibujaba sobre las cartas de navegación con un compás y jugaba a hacer para mí formas de conjuntos y círculos perfectos que a veces se convertían en flores extrañas y gigantes. El mundo era liso, llano, perfecto.

A mí me gusta el colegio. Un descubrimiento lleno de pasillos y salas, un laberinto sin horizonte los primeros días. Después, los libros y los profesores. Cada uno sabía de una cosa, y solo podíamos preguntarles cosas de esa cosa. Es muy raro; pensaba que ellos sabrían más que mis padres. Poco a poco he descubierto que saben mucho de algunas cosas pero nada de casi todo. Aun así, me gustan.

Echo de menos a mi padre. También a Billy. Desde que trabaja apenas habla y cada vez está menos en casa. Tal vez porque no está papá. Siempre habían hecho todo juntos. Solo con una mirada de mi padre, Billy ataba un cabo o miraban al mismo punto en el mar. A mí me gustaba observarlos, también a mi madre, que era la única mujer del mundo. Y ella sabía cosas que nadie sabía. Sabía conseguir que todos estuviéramos bien, incluso cuando ella y papá no lo estaban.

Había veces que un silencio se apoderaba de nosotros. Empezaba en papá, después era mamá; nos aplastaba a todos, y Dingo se quedaba muy quieto con el hocico pegado al suelo. Mi hermano y yo sabíamos que teníamos que esperar y obedecer en todo. En un barco hay poco sitio donde esconderse. Pero siempre estaba el mar. Podías nadar o bucear o sentarte a pescar. A veces el espacio entre el mar y el cielo era tan pequeño que solo podías saltar por la borda. Cuando papá lo hacía, nadaba muy lejos, y algo pesado parecía levantarse de nuestras cabezas, y todos respirábamos estirando mucho el cuello y el cielo se levantaba sobre nosotros como una pegatina que al fin se despega. Entonces, a veces, mamá lloraba. Se sentaba con las piernas colgando por la borda, mirando a papá y se ponía muy recta, con la mano sobre los ojos como una visera, y seguíamos su mirada y apenas distinguíamos el punto de brazadas que era nuestro padre alejándose del Uluru. Y todo esto, podía durar días o semanas, y cada vez nos quedaba una franja más estrecha de existencia.

En el colegio, yo soy el mejor de la clase. Y al parecer es raro. Pero en el barco habíamos aprendido que todo había que hacerlo bien. Era nuestra responsabilidad. Ahora también lo es el colegio. Y recuerdo a papá, y creo que él lo sabrá. Que yo soy bueno. Que intento ser el mejor en lo que hago. Como en el barco, en el Uluru. Además aquí todo es más fácil. Solo tienes que sentarte y escuchar. No tienes que descubrirlo por ti mismo. Papá no nos decía nunca las respuestas.

A mamá le pasa algo. Había empezado a salir de casa, a pasear con la abuela, a hacernos los bocadillos de la merienda, a preocuparse por mi pelo, mi ropa, mis libros del colegio, y a preguntarme, como hacía en el Uluru cada noche, ¿Y hoy qué has aprendido? Nos sentábamos en cubierta en las noches cálidas y Billy y yo le contábamos lo que habíamos aprendido ese día. Siempre había algo. Papá nos escuchaba fumando, entrecerrando los ojos en cada calada. Y sonriendo satisfecho, también miraba el cielo, y a veces, nos interrumpía para mostrarnos alguna constelación, aquella es la del *Emú en el firmamento*, y al igual que trazaba en los mapas nuestro destino en el mar, dibujaba con su dedo el cuerpo alargado de un emú volando en sombras oscuras en el cielo. Parábamos para mirar el emú oscuro y gaseoso sobre nuestras cabezas, recortándose en la capota de estrellas, y continuábamos navegando, y él nos hablaba de los emús y del otoño y de las largas distancias para conseguir sus huevos, y retomábamos lo que fuera por cualquier lugar, por la punta de cualquier palabra o idea. Y lo mejor era el silencio de todos, compartiéndolo juntos antes de ir a dormir. El calor de Dingo en los pies y el aire del mar, a veces húmedo y cálido, a veces húmedo y gélido; pero siempre la sal en los labios antes de dormir.

Mi madre ya no quiere salir de casa. Hace meses. El médico cree que es una alergia al sol, le pica todo el cuerpo y ella dice que siente alfileres bajo los rayos. Al principio se protegía con un paraguas celeste. Después nada. Nosotros tampoco. Estamos en casa, ella cada vez más pálida. Antes salía al porche, ahora ya no.

Leo *Moby Dick* en clase de literatura. Me aburre profundamente, profunda y marítimamente, un aburrimiento insondable, como *Moby Dick*. In-son-da-ble. Desde que vengo al colegio he aprendido muchas palabras nuevas. Yo prefería mirar los delfines y nadar con ellos, observar los tiburones solitarios, con su aleta de cuchillo o los bancos de sardinas, grandes masas plateadas; los verdeles, que pescábamos cuando podíamos, cuando reverberaba el agua e íbamos a por ellos, excitados y hambrientos, y Dingo aullaba mientras nosotros saltábamos al agua, sin atreverse a seguirnos, con las patas rígidas y tensas sin saber qué hacer, ensordeciendo el sol y el agua y los brillos plateados con sus deseos. Mi madre le tapaba el hocico con la mano, y yo podía concentrarme y sumergirme, y distinguía el cuerpo de mi hermano envuelto en una densa malla de cuerpos de plata y esmeralda, pequeños látigos verdes y vibrantes que nos rodeaban, y se abrían para hacernos hueco y volvían a completar el vacío que nosotros dejábamos, y por un momento nos uníamos a ellos. Entonces no lo sabía pero ahora sé que eran como nosotros. Hasta que Billy y yo heríamos la malla y aparecíamos en la superficie con las redes llenas y tensas.

Comíamos pescado, a veces carne. Pero era raro comer animales con pelo, parecían más humanos que los humanos, y conseguir una buena redada era lo mejor del mundo. Y aquel día

estábamos muy hambrientos, hacía días que no comíamos nada más que avena y leche en polvo. Ahora los recuerdo golpearse en la cubierta de madera con ruidos sordos, saltando con violencia y boqueando, y a Dingo, sujeto por mi padre, tratando de cazarlos; a veces pescábamos atunes y el agua se llenaba de grumos de sangre y algo vergonzoso se avivaba en nosotros cuando papá los remataba en cubierta.

La señorita Morrison me llama la atención y dejo de golpear con el lápiz sobre el pupitre. En la clase de historia la señorita Morrison, que se llama Emma, dice ahora que las sociedades se dividen en sedentarias y nómadas, que después llegó la agricultura y también había cazadores, y que los nómadas recolectores eran los más primitivos. Supongo, entonces, que nosotros éramos nómadas y recolectores, y también pescadores y parece que también primitivos. A mí me gustaba que fuéramos primitivos y nómadas que recolectábamos lo que encontrábamos a nuestro paso si nos parecía bueno o útil.

Creo que papá no fue siempre así. Un día le oí a mamá burlarse de él y de la corbata tan fea que llevaba el día en que se conocieron. Usó corbata durante un mes solo para conocer a mamá. Ella se reía y se llevaba la mano a la boca y nos contaba que llegó en sandalias, pantalones por el tobillo mostrando unos pies extremadamente grandes y oscuros, y un rostro acalorado, comprimido por una corbata ancha y brillante de color burdeos. Su pelo rizado y quemado por el sol parecía anaranjado y su cara de tierra aborigen transpiraba mientras las aletas de su nariz ancha se abrían y cerraban como un fuelle. Así llegaba, le pedía a mi madre un café y un enorme trozo de tarta de limón y se quedaba en una mesa, mirándola toda la tarde.

Papá la seguía por las mañanas cuando ella iba al colegio con los libros apoyados sobre el pecho y ella fingía no darse cuenta. Papá la observaba por la ventana mientras daba clase y ella veía, aparentando no verlo, a aquel hombre acompañado de un cachorro de dingo que la miraba sin hablarle desde hacía días, y mamá se preguntaba por qué no le molestaba, por qué le gustaba que estuviera allí. Y por qué al contrario que otros chicos del pueblo, él le sostenía la mirada y no disimulaba su interés por ella. Hasta que un día comenzó a hablarle, y ella lo siguió. Como Dingo, como todos nosotros. Sin más explicación que su fuerza, su presencia rotunda y primigenia tan contagiosa como una enfermedad.

Más tarde, también le contaría a mi madre que ya no había tierra para ellos y que él había decidido salir al mar. Y mi madre quiso salir de las cuatro paredes de la cafetería de la abuela y dejó el colegio en el que daba clases por las mañanas. Tan solo un verano, le dijo a la abuela. Pero una vez que empiezas a ver el mundo ya no puedes parar.

Moby Dick aparece dibujada en una lámina de mar quieto con olas de cartón. Ya no tiene los grandes espacios azules ni el sol en el cuerpo, pero ahora yo soy la ballena, quien sigue el barco del capitán Achab. También soy Jonás en el fondo del mar y en la tripa de la ballena; y me gusta aún más: habitar la ballena y cruzar el mar en su vientre, respirando el borboteo de su cabeza e hibernar rodeado de su cuerpo inmenso protegido por grandes huesos semejantes al casco de un barco, como los corsés de las señoras de los libros de historia, que se llamaban ballenas, y entiendo que les gustara tanto, tanto como a mí estar rodeado de un barco-hueso navegando por el océano.

En el colegio también me di cuenta de que me gustan más los animales que las personas; creo que por eso estudiaba tanto, para que me dejaran en paz. Cada día me dejan más tranquilo. Y me gusta. Dingo un día cayó al mar. No volvió. Nadie se dio cuenta. Aquel día comprendí muchas

cosas. Me lo imaginaba entre los delfines o subido en el caparazón de una gran tortuga; luego ya no pude seguir haciéndolo. Simplemente no estaba. Él fue el primero, pero aún no lo sabíamos. Después papá, y ahora solo quedo yo. Supongo que para contarlo. Y los imagino a todos, navegando en el barco-hueso de mi ballena, surcando el océano. Desde entonces, he aprendido muchas cosas, y yo cuido de mamá, y la abuela cuida de mí.

A Dingo no le gustaba el mar, ni el barco, pero éramos su familia y nos quería. Dingo se llamaba Dingo porque eso es lo que era. Llegó con papá en el Uluru. Lo llevó con él cuando dejó atrás las tierras ocres y rojas de su casa. Papá decía siempre que hay que llamar a cada cosa por su nombre, y Dingo, era un dingo. Apenas ladraba, en realidad aullaba, cuando empezaba emitía unos aullidos lastimeros y todos dejábamos lo que estábamos haciendo para escucharlo. A veces yo lo animaba y aullábamos juntos en alta mar, jugando a cantar sonidos, juntando gritos con palabras y sonidos improvisados. Nos dejaban hacerlo, papá a veces se unía a nosotros, y entonces, algo único vibraba en los tres y nos atravesaba como a un mismo instrumento. Empezábamos poco a poco, yo llamaba a Dingo a mi lado, e imitaba su aullido y él comenzaba con pequeños alaridos masticados, como si quisiera articular palabras, yo inflaba y ahuecaba la boca como él los lados de su hocico, y de mí salían sonidos desconocidos y nuevos, y yo lo imitaba de nuevo añadiendo variaciones que salían de mi garganta, de mi estómago, desde la punta de los pies, nos estirábamos y crecíamos con nuestros cantos que nos devolvían a las tierras naranjas, a los cuerpos de barro y ceniza, y a los hombres de tierra que tal vez éramos sin saberlo, de los que nos escapábamos mar adentro, aborígenes de agua, de pelo crespo y narices anchas sorbiendo horizonte azul y mar a bocanadas.

Una vez estuvimos en un acuario donde había belugas. Billy yo nadamos con ellas, y su piel suave y húmeda se estremecía con nuestras caricias. A las belugas las llaman canarios de mar porque cantan cuando hablan, tienen un lenguaje secreto que solo ellas conocen, los sonidos salen por dos huecos de la cabeza, y las sientes como el ronroneo de grandes gatos blancos. Abrazo a Dingo mientras aúlla, toco su pecho blanco, junto mi cabeza con la suya, y vibramos como belugas, y por un momento creo que hablamos el mismo idioma que ellas.

Un día, Billy subiendo a un cabestrante, se enganchó por un cabo y se quedó colgado del cuello. Mi padre subió corriendo y lo desenganchó, yo me quedé mirando, después lloramos durante el resto del día, a ratos y a escondidas. Creíamos que el Uluru no lo resistiría. La marejada duró dieciséis horas y cuando no vomitábamos temblábamos de miedo y frío. Mi padre era duro y todos queríamos estar a la altura de sus expectativas, de lo que él esperaba de nosotros. Tuvimos que sortear un arrecife, y después paramos el motor. Fondeamos en una cala a esperar a que amainara. Mi padre quería zarpar al amanecer y nos dijo que no nos esperaría si no estábamos listos a primera hora de la mañana. Fue nuestra primera noche solos en tierra. Dormimos debajo de una barca en la playa. A la mañana siguiente nos despertó golpeando la quilla. La pintura agrietada cayó sobre mi cara por los golpes de su mano. Dingo metía el morro por el hueco entre la barca y la arena y escarbaba con las patas. A mí me gustaba subirme a lo alto del mástil, ver el mar y sentir el viento en el cuerpo y el pelo enmarañándose. Así que salimos rápido de nuestro escondite y zarpamos sin rechistar.

Yo escribía en una vieja máquina Olivetti que me había comprado mi padre. Aquella mañana escribí en mi máquina la primera cosa realmente importante, que mi padre nos repetía casi a diario, y que por eso ya no oíamos: cada uno de nosotros es responsable de todos los demás. En el

barco somos uno. Aquel día lo comprendí, y escribí la frase muchas veces, muchas, muchas veces hasta llenar muchas hojas, tal vez para no olvidarlo o para obligarme a recordar que mi descuido tuvo la culpa de que Billy casi se ahorcara. De noche Billy y mi padre se quedaron en cubierta bebiendo unas cervezas. Mi madre y yo bajamos a dormir a nuestros camarotes. Ellos siguieron bebiendo. Al día siguiente Billy tenía el labio partido y papá un morado en la frente. Nadie dijo nada. Fuera lo que fuera se lo tragó el mar. No podíamos permitirnos no hacerlo. Teníamos que seguir navegando. Hay unas normas que deben cumplirse en las familias, igual que en nuestro barco. Nuestra familia era nuestra tripulación, y la tripulación la familia. Cuando parte de ella se fue por la borda, la tripulación, el barco, nosotros, también lo hicimos. Cuando pasó la época de los huracanes, salimos a mar abierto y el viento infló las velas y nos llevó lejos.

Mi padre un día paró el motor y nos dijo: Las estrellas son lo único que un marino necesita para navegar. Aquella noche llegamos al canal de Panamá, era 1961. Habíamos navegado 15.621 millas y atravesado el Ecuador. Esperamos la luz en silencio. Al amanecer, el canal apareció: un inmenso corte de tierra por el que nos deslizábamos, sentimos que atravesábamos el tiempo y conquistábamos un nuevo mundo.

En casa de la abuela nos dimos cuenta de que no sabíamos quiénes éramos. Sin el viaje, sin el mar, el Uluru, sin papá. Ya no éramos nadie. En la cama a veces oigo un largo chirrido, un llanto ancestral de mamíferos, sonidos marinos; el mar está lleno de voces. Yo las escucho boca arriba en mi cuarto, con los ojos cerrados, a veces meto fuerte los dedos en los oídos y canto con la boca cerrada, y los sonidos reverberan dentro de mí, y en el fondo del mar oigo muy lejos sirenas de barcos.

Y recuerdo el día que me sumergí y apareció un tiburón ballena, nunca había visto uno tan cerca, tanto que al principio no pude distinguirlo hasta que se acercó aún más y se quedó quieto, suspendido en el agua a pocos metros de donde yo estaba. Veía la proa del Uluru por encima de mi cabeza, pero lo elegí a él. Me acerqué despacio, extendí la mano y lo pude tocar. Sentí ganas de llorar. Subía a la superficie a buscarme y su energía, su enorme lomo pardo de motas blancas era como un barco antiguo ascendiendo. Permanecimos así un tiempo que por valioso y escaso me pareció sin nombre. Por las noches, extendiendo la mano fuera de la cama y siento el tiburón ballena con sus motas blancas y su cuerpo surcado de vetas; emerge como un barco y me lleva en sueños, a mí y a mamá, que llora en la habitación de al lado.

Los días pasaban lentos en el Uluru. A veces en un adormecimiento marino, el balanceo en el agua, el sueño, el sol, la sal, nos iban invadiendo a todos, un silencio apenas roto por algún desigual golpeteo del agua contra la quilla. Vivíamos en un horizonte plano, sin tiempo ni relojes. De noche en mi litera recorría de nuevo cada cabo, cada golfo y de nuevo otro cabo, repasando una piel cazada a la tierra. Antes, despierto o dormido, yo continuaba navegando, ahora solo cuando sueño.

Los primeros días en tierra fueron los peores. Parecía que la tierra se meciera bajo mis pies y mi cuerpo se acompasaba con ella, a un lado y a otro, siguiéndola sin encontrarla en su vaivén. La náusea era inevitable y el mareo un estado de ánimo. Y ni siquiera me acercaba a la playa, porque me ponía más triste.

Billy no viene al colegio. Me hubiera gustado que lo hiciera, pero me dejó solo. Mi madre quiso acompañarme como aquella vez cuando miramos el patio desde el otro lado de la verja, pero esta vez yo no quise, para que no me avergonzara en mi primer día de escuela. Así que crucé

el patio yo solo. Sin mirar a nadie mientras las cabezas se giraban a mi paso y oía el golpeteo desigual de los balones que dejaban de sonar. Eché de menos a Dingo.

A Billy de niño se le olvidaba leer. No recordaba que la *m* con la *a* es *ma*, apenas reconocía las letras y mi madre se sentaba con él en cubierta, los libros abiertos, desparramados por el suelo con dibujos y grandes letras, y comenzaba a dibujar las vocales en una pizarra de tres patas que tenía para enseñarnos. La montaba como si una tijera se abriera de un salto y la cara negra chirriaba bajo las manos ágiles de mamá que escribía primero una hilera de vocales y debajo una cuadrícula de casillas vacías, y le pedía a mi hermano que escribiera la letra rellenando cada casilla, poniéndole el rabito a la derecha para la *a*, sin rabito para la *o*, media casilla para la *e* y luego cerrarlo como la luna menguante, la *u* como un horizonte vacío donde guardar el sol. Le ayudaba mi madre guiando su mano, y la *i* se apoyaba a un costado de la casilla, redondeando su ángulo izquierdo para después ponerle un puntito como la bandera de un mástil. Poco a poco iba recuperando las letras y las palabras aparecían: *ama*, *mamá*, *me*, *mi*, *oso*, *osito*... El sol iba calentando nuestras espaldas para cuando mi madre empezaba a leerle a Billy el *Doctor Osito*, su cuento preferido, y también el mío. Y entonces, Billy decía que de mayor sería médico. Yo escuchaba con envidia sabiendo que todas esas atenciones no eran para mí, pero yo las disfrutaba aún más que Billy. A mí me fascinan las palabras, las letras aparecían de la nada sobre una cuadrícula negra de tiza blanca. Donde antes no había nada, las manos de mi madre; siempre reveladoras.

Hasta que fui al colegio por primera vez nunca pensé que hubiera otra mano que seguir en la pizarra. Ahora miro las manos de muchas personas y ninguna me interesa. Supongo que a Billy, entonces, no le parecía un conocimiento necesario. Supongo que en nuestro mundo de agua donde solo estábamos nosotros, a él no le hacían faltan signos extraños; pero nunca olvidaba cómo tensar un cabo en el momento preciso, ni los nombres de los pájaros de nuestras travesías, o los peces que pescábamos. No olvidaba nunca un buen lugar para fondear o dónde había un banco de arena. Para eso Billy era el mejor. Yo me movía por instinto en el Uluru, pero no tenía la agudeza, la alerta natural con la que Billy se guiaba. Él siempre estaba plenamente concentrado en la tarea que estaba haciendo. Yo, a veces, me distraía y me ganaba una buena reprimenda de mi padre o un coscorrón de mi hermano.

Todo esto era estar en el mar, la libertad elegida; un horizonte de colores líquidos y vibrantes. Escuchar el agua sacudida, abierta por la proa y observar los arcoíris sucesivos en las aguas abiertas a los costados como miniaturas del mundo en una ola.

Llueve, miro por la ventana, la pizarra está llena de números y fracciones, el señor Williams escribe de espaldas y muestra su calva; el agua sucia de los charcos del patio, hay pequeños resplandores en las ondulaciones del agua. Solo hay que estar atento. Entonces aparece el milagro. El señor Williams borra la pizarra y arrastra con su manga fracciones e incógnitas.

La libertad de no estar en ninguna parte, de no pertenecer a tierra firme, de no pertenecer a nada. A veces nos habría gustado que nuestro padre no nos hubiera sometido a ese nomadismo. A veces, la libertad también era una cárcel, una cárcel móvil y cambiante, pero de la que no se podía huir. Pero en realidad ninguno soportábamos permanecer en tierra mucho tiempo. La tierra era un horizonte frecuentemente anhelado del que deseábamos huir una vez que lo alcanzábamos. Después de los primeros días de ver calles, casas, plazas, el bullicio de la gente, comprar ropa y comida, empezábamos a sentirnos salvajes de agua salada, incómodos e inquietos y con una

sincronización muda cargábamos el Uluru y zarpábamos levando anclas con el alivio de escapar de una sartén al fuego.

A mi madre le gustaba ir a la peluquería, mezclarse con otras mujeres y observarlas por la calle, pero creo que enseguida se sentía intimidada y que, como nosotros, deseaba volver al mar. Cenar cansados y tranquilos, buscar noctilucas que se iluminaban con el chapoteo de nuestros pies por la borda, o medusas centelleantes varadas en la arena de la orilla, volver a dormir en el mar y recuperar el equilibrio en su silencio y su sonido.

Un día empezamos a desear la tierra. Billy y yo y Dingo. Ahí empezaron todos nuestros problemas. Ahora que estamos en tierra, anclados en el asfalto, comprendo que nuestro sitio era el mar, pero que ya nunca podremos volver. Ahora ya no pertenecemos al agua.

A veces papá cogía el didgeridoo y se ponía junto a nosotros a bramar y entonces nuestras voces y bramidos llegaban al otro lado del mundo, y el Uluru crecía y se elevaba sobre el nivel del mar como una montaña sagrada.

Mamá nos decía que Dingo llegó con papá, que Dingo era un cachorro y no sabía nadar pero seguía a papá a todas partes pegado a él y nunca lo perdía; después tampoco sabía muy bien, ni le gustaba el agua.

Papá me dijo que los primeros hombres llegaron en los barcos y que eran más aborígenes que nosotros, y más que los propios aborígenes, solo que de otro lado, pero cuando hicieron tierra se olvidaron del agua, de sus barcos y del lugar de donde vinieron. Así generación tras generación hasta nosotros, cuarteados como la tierra, que salimos a beber al mar. Los dingos también llegaron con ellos y también se quedaron. No mi padre, ni Dingo. Pero él decía que su memoria era más antigua y que por eso recordaba, y recordaba tanto como inventaba. Cuando mi madre le decía que no nos llenara la cabeza de historias él decía que solo recordaba, y que inventar es recordar pero sin saberlo.

Cuando papá saltaba por la borda y nadaba lejos Dingo esperaba inquieto en cubierta, contrariado. Pero aquel día saltó y no volvió. Papá llegó mojado y mudo. Así varias noches. Mudos y mojados. Llorando a Dingo. Papá bramó durante horas con el didgeridoo y entró en trance, y a mí me daba miedo y me puse aún más triste. Parecía que nunca más querría volver con nosotros. Se aferraba el didgeridoo con las manos, y con los pies rodeaba la estrecha trompa, y soplaba y soplaba y bramaba cada vez más hondo y más largo, sus mejillas se inflaban y desinflaban, y pasaron las horas y su frente oscura se llenó de sudor y de escamas de sal que brillaban con el sol. Pero yo no tenía sonidos ni palabras para pedirle que volviera. Y se hizo de noche, y su voz vibraba en nuestro interior, vibraba el Uluru y vibraba el mar. Cuando paró, abrió los ojos y dijo que su espíritu se había sanado.

Había algo en él que nos daba miedo, a mí me daba miedo, y creo que también a mamá, en su manera de explorar los límites y en la intensidad de cada cosa que hacía; por eso todos lo seguíamos, y entonces la vida tenía sentido y era eso. Ahora es una decadencia de minutos escurriéndose sobre tierra seca.

Mi padre no tenía miedo de morir en el mar. Tenía miedo de morir como lo hizo. Solo, en una cama de hospital. En una cama atornillada al suelo. Nosotros no llegamos a tiempo. Y después nos atrapó la tierra firme, nos sofocó su consistencia, su gravedad, un magnetismo del que no pudimos zafarnos sin papá. Pienso que como Dingo, papá también saltó por la borda y nunca más volvió. Y entonces todo me parece más fácil porque ellos no tenían miedo de nada y ahora están juntos.

Billy un día decidió dejar de limpiar barcos y subirse a uno de ellos. No hemos vuelto a verlo. Manda postales, no escribe nada, pero sabemos dónde está. Mamá y yo seguimos esperando, pero no sabemos muy bien qué.

Suena el timbre, cuando el señor Williams se gira, todos ya se han levantado, solo quedo yo sentado en mi pupitre. Cruzo el patio en sentido contrario al de la mañana. Echo de menos a Dingo. La abuela me espera en la puerta de casa. Mamá está en la sala con las persianas bajadas. Me siento a su lado y le cuento lo que he aprendido. Ella finge escucharme y me acaricia la espalda. Cada día está más blanca y más lejos. Cada día te pareces más a tu padre, me dice acariciando mi pelo encrespado. Miro a la abuela, desde la puerta me sonrío, entra y me entrega un plato con un gran trozo de tarta de limón.

LA LIMPIADORA

FLa limpiadora limpia, aspira, ordena, prepara la comida. Llega y es su orden, su universo y su reino. Yo en la cama, postrada, la oigo en un trajinar sincopado en el que no tengo cabida. Escucho cómo despierta a mi hijo, cómo le susurra palabras que no distingo desde mi cama, se acerca la voz por el pasillo cuando lo lleva en brazos hacia la cocina y se aleja esa voz cuando ya solo oigo el sonido de las puertas y cajones de la cocina mientras le prepara el biberón, como intuyo que ahora está haciendo.

Ayer me pareció oírla decir, «ya está aquí mamá», mientras él lloraba por el cambio de pañal de la mañana. Un pinchazo me atravesó el estómago como un acto reflejo recordado, un impulso defensivo que alertó mis músculos para sacarme de la cama, pero nada de eso sucedió, y allí continué postrada mientras una soga de alambre se cerraba sobre mi cuello. No me atrevo a preguntarle, pero creo que quiere ocupar mi lugar, usurparme a mi hijo, no sé si puedo o debo preguntarle, al fin y al cabo, ¿quizá estuviera mejor con ella? Si ella hubiera sido su madre. Cuando se va, mi hijo llora desconsolado y ni mi voz ni los brazos de su padre lo calman.

Temo que cuando crezca me odie. Aparece en la puerta con él en brazos, peinado con colonia, aunque ella sabe que yo no quiero que lo haga y me lo muestra desde la puerta:

—¡Hola, di hola! —Y agita su manita con la suya, y cuando le pido que lo deje a mi lado, justo, él, agitado, demasiado, por su mano, comienza a hacer pucheritos y ella: —Ay, no, mi amor, no llores, no llores—, y se lo lleva por el pasillo desapareciendo de mi alcance. Berta, le pido, tráeme al niño, por favor. Oigo su llanto, al de unos minutos ya no lo oigo, y después aparece ella como una institutriz de película de terror, y me dice que ya lo ha acostado. Lo veré más tarde. — Ahora tengo que ocuparme de usted, ya sabe— replica con voz servicial y acusadora.

Comienza a asearme; retira la sábana hacia atrás y deja mi cuerpo inerte al descubierto. Lo observo como una pieza más del mobiliario de la habitación; comparo su aspecto con el que tiene la cómoda sobre la que hemos colocado una televisión y entre su naturaleza de madera muerta y mi cuerpo no encuentro muchas diferencias. Ella pasa una esponja húmeda por mi cara y cuello y el olor del jabón de bebé que utiliza para hacerlo y el agua tibia con hilos suaves que se deslizan por el cuello, me reconfortan y me recuerdan y me entran ganas de llorar y en ese límite insoportable ya desciende por mi pecho, el vientre, se ocupa de los brazos, desde las manos, los huecos de los dedos, sube por las muñecas, axilas y ya solo soy la superficie de madera que

observo, el largo de mis piernas por el que se desliza con un trapo húmedo para limpiar el polvo. No sé cómo he aceptado a esta intrusa en mi vida, en mi hijo, en mi cuerpo. Me concentro en cada momento, en que cada minuto es la meta que tengo que alcanzar para llegar al siguiente minuto de existencia. Y clavo el hito de superviviente; un minuto más, pienso, como una escaladora que asciende el Kilimanjaro anhelando las nieves perpetuas y llegar al leopardo congelado. Pero, hasta entonces, pienso en mi hijo y en resistir la ascensión de mi existencia horizontal, minuto tras minuto. La escalada, ahora, es una cordada estática. ¿Si al menos me hubiera caído escalando tendría algún sentido?

—Ya está, señora. —Y escurre la esponja con la mano, de la que chorrea el agua en la palangana que retira de mi lado y sale por la puerta. Después regresa y me peina y me echa colonia, como a mi hijo. Yo me dejo hacer, ¿qué otra cosa podría hacer? Me agota, me consume enfrentarme a ella. Enfrentarme a ella, yo, que estoy en sus manos, yo que la espero en la madrugada insomne a que entre por la puerta con su olor a calle y frío y despierte a mi hijo, que sea mis manos, mi nariz, mi boca, y que me lave, me peine y alimente como a otro bebé más. Y en la necesidad y en la aceptación anida también la culpa, como una serpiente venenosa que ha abandonado la madriguera y, al volver, otra se ha apropiado de sus huevos y se revuelve contra sí misma, se retuerce y se muerde inoculándose el veneno paralizante, y es entonces, la presa, el ratón agónico, asfixiándose en su propia saliva.

Yo ya se lo había dicho:

—Berta, no le digas al niño que ya ha llegado mamá, yo soy su madre.

—Sí, señora —me había contestado con cara inexpresiva. Y cada mañana la oía decirse: «Ya está aquí mamá, no pasa nada, tranquilo, mi amor». Susurrándole a la oreja palabras que lo envolvían en una tela de araña de amor y traición, envolviéndolo en la tela de araña como lo envolvía en la toalla después del baño. Mi marido llegaba por la noche y nuestro hijo ya estaba acostado. Yo esperaba a que cuando creciera él fuera quien lo rescatara, él, padre; él, que lo guiara de nuevo hasta mí y le enseñara a elegirme entre la otra, la intrusa, que le transmitiera esa afinidad instintiva o electiva por la que mi marido me había elegido a mí entre todas las mujeres y que mi hijo lo aprendiera de él, a elegirme, a ser yo el punto, el lugar de llegada y no un paisaje al que ver pasar desde los brazos de otra mujer, como por una ventana.

Pero de momento, para mi hijo, mi marido apenas era algo o alguien molesto asomado a su cuna por las noches. Ella se ocupaba de acostarlo antes de que él llegara.

—Espere un poco más, Berta, a que llegue Richard, seguro que no tarda, haga el favor. —Pero ella, asentía con la cabeza, con el niño en brazos desde el vano de la puerta y balanceándose sobre un pie y otro se alejaba.

Al rato, escuchaba las llaves en la puerta y la conversación en voz baja: estaba agotado el pobre, en los brazos se me dormía, tanta lástima me dio que ya lo acosté, señor Richard, se le vencía la cabecita para un lado...

—Tranquila, Berta, está bien, iré a verlo a la habitación.

Yo contenía la respiración para escuchar mejor, sin las interferencias de mi cuerpo y las últimas pisadas se escuchaban por la madera del pasillo, una pausa y la puerta se cerraba y Richard que entraba en la habitación a darme un beso que yo deseaba morder como una perra rabiosa, y le escupía:

—¡Pero cómo no te das cuenta?!

—¿El qué? —Me miraba confundido y no podía soportarlo, no podía aguantarme, y tenía que hacerlo para no enzarzarnos en una discusión en la que era siempre yo la que salía perdiendo.

Quise morderme la lengua dentro de mi boca y tragármela. Me eché a llorar y me aguanté. Pensé en el Kilimanjaro, la ascensión sin aliento, la falta de oxígeno y las pulsaciones apretándome, apretando mi cerebro, las sienes palpitantes y el leopardo congelado, el leopardo que no siente, la madera que no siente, el cuerpo que no siente.

(Y me digo soy madera no siento nada soy madera no siento...).

El consuelo que no siente y su mano acariciando mi cara y mi cuello, la superficie de mis párpados temblorosos, y me fui aflojando como la nieve derretida.

Recordé a mi madre durante su ingreso. Ella la había cuidado, la había limpiado, la había velado por las noches en las que ninguno podíamos quedarnos, yo entonces, embarazada no podía pasar todas las noches en una butaca de hospital. Y ella nos pareció la mejor candidata: dispuesta, educada y con experiencia.

Después vino el accidente, quién lo iba a esperar, un día cualquiera, un reventón, la carretera mojada y un autobús. Mi bebé fue prematuro pero se salvó, yo también; pero, no. Desde entonces ella se ocupaba de nosotros. De todos nosotros. Era rápida, eficaz, silenciosa y pulcra. Sabe lo que necesitas incluso antes de que tú misma te des cuenta o sientas esa necesidad, y la satisface y se anticipa y es la reina de su reino, y de forma contradictoria, nosotros somos sus vasallos, extensiones y propiedades sobre las que ejerce sus dominios, y es perfecta y es mezquina. Es la reina. Es la intrusa. Es la limpiadora.

Cuando llega mi marido es un hada tierna y servicial a la que agradecer el bien y la belleza que procura: el limpio olor, las flores en los jarrones de cristal immaculado, los aromas del guiso de ternera y verduras, meloso, en la justa temperatura para ser servido, y nuestro bebé, lustroso, tranquilo, bien alimentado y durmiendo en su cuna. Yo peinada, perfumada, las sábanas y el edredón de la cama estirados sin una arruga, perfectamente simétrico y ajustado. Y las sondas limpias, perfectas, dispuestas y ordenadas. ¿Qué más se puede decir? A veces, cuando ella sale a pasear a nuestro hijo yo grito, grito con todo el cuerpo, con toda el alma, con todo lo que creo que puedo hacer salir por mi garganta, que emite un rugido sin sonido. Después, llega la jaqueca y exhausta me quedo dormida.

Hoy tenía mucha plancha, el niño lloraba, le he pedido que lo trajera a mi cama y lo ha dejado junto a mí. Mi niño se ha calmado, juega con sus pies, descubre sus dedos. Y yo le cuento todo esto para que sepa llegado el día a quién elegir. Que me oiga, que me huela, para cuando llegue el momento, no se confunda y sepa desliarse de la tela de araña y llegar hasta mí. Mientras tanto, espero.

Al principio, me agradaba que ella durmiera junto a mi cama, ahora la aborrezco y la temo y la necesito. Aún ahora de noche, cuando duermo, me despierto aterrada y siento su presencia sobre mí, su aliento sobre mí y el peso de una almohada sobre mi cara que nunca ha llegado, y que sin embargo, siento cada vez que me vence el sueño. Entonces, me debato contra él, para estar despierta, y desde mi sueño me digo *¡despierta!* Y trato de moverme y mi cuerpo paralizado me lo

impide y el sueño se cierra sobre mí y no consigo despertarme hasta que Richard me acaricia la cara y seca las lágrimas que empapan mi cara, el cuello y el borde de mi cuerpo que ya no siente, donde todo muere en madera. Madera mojada.

Supuse que el cambio era justo, en la sedación de la morfina, la culpa, su mano sobre mi frente, la culpa, el terror de la parálisis, mi bebé en la incubadora, mi marido de cara ausente. Y ella, limpiando mi piel, mi sudor, mi pecho inflamado, y mi cuerpo tumefacto, abotargado e inútil. Cómo pude aceptarlo. Después fingía no saberlo, no recordarlo. Pero las dos sabíamos y jugábamos las cartas del mismo juego. No podía decirle nada a Richard. Cómo explicarle. Era lo justo, y lo mejor para todos, había dicho ella. Y yo entonces, lo creí, con ella libando de mis heridas, día y noche sobre mí, que mi hijo, aun si yo sobrevivía, estaría mejor con ella.

Empiezo a tener sensaciones. Algo nuevo, sé que es difícil, me lo advirtieron, pero siento pulsiones eléctricas que no sé precisar. Hace meses que empecé la rehabilitación, y comienzo a descongelar al leopardo porque hay un fuego nuevo, una hoguera despertando. Ella lo sabe y la carrera ha comenzado. La ascensión al Kilimanjaro, alcanzar la cumbre, desde donde contemplar vencido el llano. Y mis piernas ven y saben, se alargan, se cubren de manchas y vello pardo y dorado, y se agitan en sueños y bajo las sábanas se extiende la sabana, se mueve y ondula, y la habitación gotea y el sonido del agua en un gorgoteo de glaciario en movimiento avanza, y siento su lengua de hielo blando entre las piernas y las paredes de hielo se expanden, se deshacen en un sol jaguar que se abre luminoso ante mí, y de la cama, al fin, salta el leopardo llameante.

Mi niño da los primeros pasos, yo lo admiro sentada en mi silla. Ella, por fin, recoge sus cosas, con una maleta sale por la puerta. Mi niño la llama:

—Mamá.

—Aquí estoy, mi vida. —Y mi marido lo pone en mi regazo.

Hoy, como llegó se ha marchado, silenciosa y sibilina, sin hacer ruido, pero temo que se quede acechante en nuestra puerta. Lo he advertido en la guardería, en el comedor. Nadie, absolutamente nadie, excepto yo o mi marido, está autorizado para recoger a nuestro hijo en ninguna circunstancia. Y cuando mi niño, mi cachorro, crezca, para entonces, seguirá las huellas del leopardo, y cortaré a zarpazos los hilos de la tela de araña.

MUJERES HOMBRES ENREDADERAS

A Silvina Ocampo

Y llegaron las raíces y mis ramasbrazo enrollándose a su cuerpo, envolviéndolo, reptantes sobre él, se iban deslizando, entonces, estranguladoras amantes, mis extremidades; hojas susurrando adioses de deseos consumidos, bocas voraces, ávidas las yemas, las lenguas y su piel clara cubierta de mi verde, marrón corteza madera; hambre, hambre de hombre devorado.

Siempre supe que acabaríamos así, destruyéndonos. Pero no esperaba este final. El día que comenzó, yo estaba con un vaso de leche en las manos: ella se inclinó sobre él; un movimiento imperceptible; algo que busca algo, ¿o tal vez no? ¿Solo un gesto imaginado? Las bocas de la orquídea parecieron relamerse: caras blancas con bocas y ojos violeta. Las hojas, carnosas lenguas de clorofila, temblaban grandes y abiertas.

Días más tarde, cuando acabé de amamantar a Julia me acerqué a la ventana. Allí estaba ella. Sobre el mueble, vi con claridad, esta vez sí, la raíz verde y carnosa como un dedo estirándose que se introdujo en el vaso de leche de mi mano; después, libó. Y yo hipnotizada, mirándola. Dejé el vaso y me fui. Al volver, el vaso vacío, derrumbado sobre la superficie de madera; leche goteando; la planta quieta, silenciosa.

Julia lloraba cada noche a la misma hora. Miguel dormía tranquilo. Yo me despertaba, me levantaba e iba junto a la cuna. La observaba y esperaba hasta que ella se despertaba. Hasta que comenzaba a llorar. Para que aprendiera. Que supiera reclamarme, que su instinto de llamada no se quedara anulado por mi presencia anticipada a sus necesidades. Le daba el pecho sentada, en su habitación, con luz tenue, yo también adormilada con ella. Cuando terminaba, iba a la cocina y me preparaba un vaso de leche.

Aquel día la vi moverse, acercarse a mí como un pulpo verde arborescente y enramado con tentáculos florales abiertos, boqueantes, se deslizó sobre la encimera reptó por mi brazo; sentí cómo se acoplaba a mi pecho, sobre la camiseta de leche mojada, enroscándose suavemente en movimientos vegetales y crujientes, hasta que finalmente comenzó a succionar de mí. Toda ella se quedó prendida al pecho. Suspendida, en su naturaleza aérea, la sentía poco a poco arraigando en mí. Y la dejé quedarse.

Se apretaba contra mí para dejar espacio a Julia cuando la cogía en brazos. Se enredaba en mi cintura, se retorció y reptaba, se enramaba por mi cuerpo, en una perfecta tensión, de blandura y fuerza. A veces, separaba la camiseta y desde el hueco de mi escote, la miraba plácidamente enrollada sobre sí misma sobre mi vientre o mi pecho, con sus raíces gruesas, suaves y brillantes, de un verde vivo, vivísimo.

Dejé el trabajo. Me quedé en casa. Con ellas. Julia daba sus primeros pasos. Ella también. A solas, las tres; las dejaba gatear, mezclándose entrelazadas. Ella dormía conmigo. Cuando me despertaba ella siempre estaba sobre mí, una red de nervios vegetales, raíces, hojas y flores desde la cabeza a los pies.

Un día sentí un punzón atravesando mi costado. Era ella. Ya no tenía más leche. Me estaba sondando para alimentarse. Lejos de asustarme, el dolor me produjo un placer de entrevisiones de vértigo, de selva palpitando en mi interior, densidad vegetal y boscosa de árboles retorcidos, lianas peludas, helechos gigantes, aves, hiedras trepadoras, hojas de formas altas y redondas, costillas de Adán inmensas, del origen de todo, de mí misma, de la tierra negra y húmeda, de larvas, lombrices, ciempiés, raíces, ramas, hormigas rojas... Todo comenzó a estar en mí, a recorrerme feroz y salvajemente silencioso. Y todo lo vi y me penetró en un instante tan largo y breve como la creación del mundo.

Cada día avanzaba un poco más, abriéndose paso en mi interior, con la mano notaba sus gruesas raíces como cordones bajo la piel del costado, rodeando la cintura, extendiéndose por el vientre, ascendiendo, envolviéndome en un gran abrazo trepador de ramas bajo la piel; incrustándose, arraigando en mi carne, buscando los huecos entre mis órganos y cerrándose sobre ellos. Y llegaron los días sin noches porque todas las horas eran un sopor, un continuo indiferenciado de sueño expandido y letargo.

Las palabras me fueron abandonando, y percibía el aire y la luz como una miríada de cristales vibrantes. Después, pequeñas burbujas verdes fueron abriéndose paso, abriéndose camino en los poros de mi piel, dolorosísimos primero, como ojitos tensos asomando. Después, hojitas cerradas que yo acariciaba sobre la superficie de la piel en relieve, apenas un halo verdiazulado, y un estremecimiento al roce de agudas terminaciones nerviosas en carne viva de escamas verdes; insoportable la caricia a la contra. Apenas perceptibles. Solo la aspereza al tacto, la hipersensibilidad arbórea, vegetal chirriando.

Aquel día, cuando él llegó a casa lo arrinconé en el pasillo y lo enredé. Lo envolví en el gran tegumento que era mi cuerpo y con los días me incrusté en él, y con el hambre de un silencio nunca hablado, bebí su savia y arraigué en él horadándolo, nutriéndome, ensalivándolo.

* * *

Julia me poda una vez al año. Al final del verano. Se mantiene alejada de mí. En el jardín me riega con cautela. A veces siento ganas de llorar, pero ya no puedo. Veo las nubes pasar. Y los inviernos. En mi interior un rumor de follaje y sonidos ronronean crocantes, y yo lo oigo a lo

lejos, muy dentro de mí; la fertilidad constante en una llamada que no cesa y se duplica y redobla una y otra vez en una generación implacable de muerte y renacimiento.

Cuando nos quedamos solas, Julia se ocupó de mí. Qué otra cosa podía hacer. En un rincón umbroso del salón, me quitaba las hojas secas, me hablaba, me contaba de su día, me cuidaba y abonaba, podaba las varas secas, retiraba las flores mustias. Fuimos creciendo juntas. Ella se dormía sobre mis hojas y yo la arrullaba envolviéndola de noche con un entramado de raíces y tallos fortaleza. Julia me sacó al jardín cuando quedó en estado. Aquí el mundo sigue. Y la vida, en el interior de la casa se ha desplegado. Pero cuando crezcan, vendrán a mí. Y yo les estaré esperando.

LAS GESTANTES

Me dijo que estaba embarazado. No era justo, ¿por qué había sido él y no yo? Él estaba desconcertado pero una profunda emoción le iluminaba la cara como una banda de luz. Pensé, también entonces, que ahora ya no podría dejarle, que tendría que permanecer a su lado hasta que nuestro hijo naciera. Porque ahora también era mío, un *nuestro*, como una exhalación de la tierra, una bocanada telúrica que lo había atravesado a él. A él que no lo esperaba. Si hubiera sido yo la gestante podría haberme ido. Pero ahora esa bocanada, la densidad de un ser latiendo entre ambos era una fuerza gravitatoria que me ataba a él, me anclaba al preciso lugar en el que me encontraba, mientras él misteriosamente, se llevaba una mano a la cadera y la otra a su abdomen tenso y liso. Creo que ambos pensábamos ¿qué pasará ahí adentro a partir de ahora? ¿Cómo se destensará y cederá ese almacén de músculos, de gruesas fajas de somier sosteniendo lo que a partir de ahora será el lecho de mi bebé? Y me gustaría estar allí para acompañarlo mientras crece. Pero tendría que quedarme fuera a mirar cómo aumentaba el abombamiento de mi pareja.

Vimos cómo crecía cada día, yo con una mezcla de envidia y alivio. Su abdomen iba cediendo espacio. Y un día llegó a nuestras vidas. Entonces, él murió y nos quedamos solas.

Ahora solo quedamos ella y yo. En la ciudad todas se apartan a nuestro paso. Hoy es el cumpleaños de mi hija. Su primer año. Ella ha sido la primera. He decidido acabar con las miradas y los gestos verdes, mostrarla a todos. Al fin y al cabo es como nosotras, solo que tiene su cara y eso la convierte en alguien diferente.

Cuando me uní lo elegí por algo inexpresivo de su cara. Nada concreto, no una nariz, una mirada o una boca... No era nada en él, era lo que había en él como una promesa, como el anuncio de lo que está aún por llegar, y aparece en un destello fugaz e inaprensible al que no he podido dotar de sentido hasta mucho tiempo después, como en el enorme esfuerzo de recordar un sueño que llega de forma inesperada para abrirse y decir un secreto preñado de entrevisiones.

Así lo vi entre los demás, que no me parecieron personas, tan solo figurantes de un decorado de maniqués años 50, esperaba en el mostrador a que lo atendieran, mi compañera había ido al almacén, yo me acerqué y lo miré viendo más allá de él, sus manos jugaban con una papelito con cuyos pliegues hacían un ruido como morse, y de él manaba un mensaje que ni él ni yo aún podíamos descifrar. Pero al igual que en un sueño en el que todos somos el mismo y nos vemos desde dentro y desde afuera, salí de detrás del mostrador, lo tomé de la mano, lo llevé a mi

apartamento y sobre la cama de la que sería nuestro dormitorio, hicimos el amor. Me subí sobre él a horcajadas y galopé un gran viaje de melenas y cuerpos desmadejados hasta que rota, me desmoroné sobre él. Cuando nos despertamos, turbados y como si saliéramos de una resaca, nos despedimos y no volvimos a vernos hasta que él regresó y preguntó por mí.

Mi compañera me dijo: hay un tío que está cañón y pregunta por ti. Al salir, lo reconocí, pero me pareció otro. Y a partir de entonces comenzamos a conocernos. Pero ya todo había sucedido y los meses que siguieron no eran más que un efecto de todo lo anterior. Yo me sentía ansiosa por quedarme y por marcharme de su lado. Soñaba con aves multicolores que llegaban a playas blancas, y las cubrían con un manto de plumas que se volvían arenosas, negras y granates. Las aves avanzaban hacia un mar que se reblandecía como un chicle gomoso en el que finalmente todas ellas se quedaban atrapadas. Hasta que una voló hacia mí y se posó sobre mi hombro, al girar la cabeza para mirarla vi un escarabajo negro sobre la camisa blanca de mi hombro, que ya no era el mío sino el de una niña que caminaba alejándose de mí, que lo cogía con sus dedos se lo recolocaba sobre el hombro comprobando que aún seguía allí, y caminaba de espaldas con una corona de margaritas sobre la cabeza. La seguí tratando de alcanzarla, pero cada vez estaba más lejos, y se volvía más y más pequeña hasta que casi no pude ver más que un puntito parpadeando.

Así fue como la vi en la primera de las ecografías, solo un puntito pequeño y parpadeante sobre fondo negro, y yo sabía que estaba viniendo a través de él. Yo solo había escuchado su llamada y la esperaba hasta que regresara.

Cuando llegó, tenía la misma cara inexpresiva y bella que él. Yo sabía que algo nuevo estaba sucediendo, pero nadie podía ponerlo en palabras. El nacimiento fue un corte limpio. Todo fue un corte limpio a partir de ese momento. Un corte para las gestantes, para mí, y para las nuevas que estaban por venir. Un corte que es un comienzo, una marca que dice, aquí está el origen, y por eso cortar y crear es lo mismo. Y de ahí, a partir de ahora, vendremos todos. Pero crear, cortar y crear también alumbra destrucción y tuvimos que huir.

El miedo a su luz, a su naturaleza hipnótica, de hombres y animales que se arracimaban a su alrededor, fue el comienzo de nuestra huida. En esta playa del Caribe, donde las olas, la luz, lo oscuro y la blancura coexisten y se alimentan mutuamente, hemos cortado los árboles necesarios para nuestra casa sobre un suelo de tierra, con los restos hemos hecho una gran hoguera en la playa, miles de aves multicolores llegan al atardecer. Ahora solo esperamos la llegada de todas las demás.

Cae la noche 900, llega la oscuridad que clarea con nuestra gran hoguera. Hoy la hemos encendido con rastrojos de palmeras y cáscaras de cocos que forman una montaña más alta que nuestros dos cuerpos, el humo que genera es tan alto que oculta el cielo, pero entre las estrellas brillan otros ojos que observan, que ya están viniendo. El aleteo del mar se vuelve acariciador sobre la arena, y mi hija y yo esperamos, junto a nuevos pobladores de la isla, fundar un tiempo nuevo.

AGRADECIMIENTOS

Las madres secretas es el resultado de diferentes momentos de escritura en los que cada uno de los cuentos que componen este libro fue apareciendo a lo largo de varios años. Este proceso ha sido un camino compartido con compañeros del Taller literario de Ramiro Pinilla, a quienes deseo transmitir mi agradecimiento por su generosidad. Especialmente, a Ramiro, a quien con humildad me atrevo a llamar amigo. Él no llegó a conocer todos los cuentos de esta colección, pero su aliento me impulsó a creer en mi escritura. Quiero expresar mi profunda admiración, gratitud y afecto hacia él.

Mi agradecimiento a las atentas lecturas de los cuentos y los valiosos consejos de Jon Bilbao y Vicente Huici. A Andrea Alfaro, mil gracias por las risas cómplices y su amistad. A Adriana Romano, compañera infatigable de letras, por su ayuda, siempre. A todas las personas con las que he compartido la emoción y la aventura de escribir, como Mabel Andreu y Araceli Martínez. Y a David Aliaga, mi editor, sin quien este libro no sería posible.

A mi madre, siempre a mi lado, que me descubrió el poder de las palabras y el deseo de narrar.



MÓNICA CRESPO (Bergara, 1974) es profesora en la UNED e imparte Talleres de escritura creativa desde el año 2000 en distintas instituciones, centros culturales y en los Talleres de escritura creativa Fuentetaja en Bilbao.

Es licenciada en Sociología, ha cursado estudios de Doctorado y CAP en Lengua y Literatura. Obtuvo una Beca Predoctoral del Gobierno Vasco con la que realizó una Estancia de Investigación en el Instituto de Literatura Hispanoamericana en la Universidad de Buenos Aires, donde estudió literatura y escritura creativa.

Se ha formado en numerosos talleres en Buenos Aires, Madrid, Barcelona, en la Scuola Holden de Alessandro Baricco, con la beca de escritura *Mymigrantstory*, y en congresos pedagógicos de escritura creativa en Turín, Finlandia y Praga organizados por la European Association of Creative Writing Programmes.

Las madres secretas es su primer libro de cuentos.